Botánica oculta

Joan Perucho





Botánica oculta

Joan Perucho





BOTÁNICA OCULTA

JOAN PERUCHO



En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far

Ilustración de la cubierta: Dibujo de mandrágora, estilo fantasía, basado en las películas de Harry Potter.

Primera edición: julio de 2020
Primera edición en e-book: julio de 2020

Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-4769-2

Producido en España

JOAN PERUCHO: EL MAGO QUE VEÍA MÁS ALLÁ DEL ESPEJO

Al gran escritor italiano Alberto Savinio (Atenas, 1891 - Florencia, 1952), de obra y creencias literarias muy paralelas al catalán Joan Perucho (Barcelona, 1920 - 2003) y también al que fuera su buen amigo el gallego Álvaro Cunqueiro (Mondoñedo, 1911- Vigo, 1981), raros experimentadores de lo fantástico en territorios tradicionalmente muy pegados a lo real, le gustaban tan poco las enciclopedias convencionales que decidió crear una a su manera: «Me siento tan poco a gusto con las enciclopedias –manifestó– que me he hecho una propia, para mi uso personal. También Schopenhauer estaba tan descontento con las historias de la filosofía que se creó una para su uso personal».

Con esa lapidaria declaración, Savinio dio paso a una de sus más célebres, imaginativas y exquisitas creaciones: La nueva enciclopedia, en la que trabajó durante cuarenta años, hasta el mismo momento de su fallecimiento. Una enciclopedia llena de ironía, finísima inteligencia y capacidad infinita de disfrute, que rápidamente se convertía en un autorretrato: el autorretrato de alguien disconforme con los saberes irrefutables y tradicionales; alguien que percibía que en la llamada «razón» siempre, sin cesar, se abrían grietas insólitas y apasionantes, imposibles de no ser observadas, admiradas, escudriñadas o incluso vislumbradas con espanto. Y, si no con espanto, al menos con un leve escalofrío, como le gustaba siempre subrayar al gran y añorado escritor que fue Joan Perucho.

Por otro lado, hay que decir que aquella enciclopedia ideada por Savinio cumplía mucho con las reglas, por así llamarlas, mantenidas por Perucho en sus escritos. Por un lado, como buenos ilustrados ambos, mostraban siempre un enorme respeto por las lecturas absorbidas en una vida de larga erudición. Es decir, por todo aquello que se consideraba

normalmente como signos de sabiduría y conocimientos irrefutables. Pero, por otro, amantes del juego literario y de los campos infinitos abiertos por la imaginación, también mostraban una no menos fascinada comprensión e interés por los saberes menos aceptados, o al menos más puestos en duda, por la universalidad académica y canónica. En todo ello persistía sin descanso un infatigable y perenne sentido del humor que hacía de la lectura de cualquiera de sus textos un verdadero regalo y una experiencia inolvidable.

Del mismo modo, a la manera de Savinio, en ese plano de reelaboración de obras, diccionarios o enciclopedias admiradas, Joan Perucho decidió dedicar en su día también su personal homenaje al genio visionario que fue Paracelso. Como diría el poeta, narrador, crítico literario y de arte, memorialista e incatalogable ensayista y articulista que fue Perucho –uno de los más grandes autores de nuestro tiempo sin duda, incluido por Harold Bloom en su Canon occidental–, en el prólogo a su libro Botánica oculta o el falso Paracelso, de 1969, su obra tenía mucho que ver, desde el inmenso respeto y admiración que le provocaba el modelo original, en ofrecer una respuesta, a su manera, al fascinante e ingente trabajo del que sería el padre histórico, el primer y originario pilar, de la muy maravillosa y sorprendente Botánica oculta. Estamos hablando del médico, alquimista, teórico de las «fuerzas sobrenaturales» y cirujano innovador, así como filósofo de la naturaleza y personaje central del Renacimiento europeo, el gran humanista suizo Paracelso (1493-1541). De él sobrevivió una extensa y variada obra de contenido no sólo médico, sino también astrológico, teológico y metafísico. En esa obra inmensa, impregnada toda ella por la «magia natural» propia del Renacimiento, se encontraban ya inscritas algunas de las ideas principales y más innovadoras que iban a impulsar, o al menos a prefigurar, las búsquedas ulteriores de numerosos médicos. Doctores y experimentadores de todo tipo que seguirían el camino iniciado por Paracelso en el análisis de las enfermedades, en la extracción de principios activos presentes en determinadas substancias, en el uso de ciertos medicamentos «químicos» o bien, de forma muy revolucionaria, en remedios y curas de carácter «psicoactivo».

Paracelso dio el paso decisivo desde la medicina del romano Galeno (citado igualmente en la obra Botánica oculta de Perucho) hacia la medicina moderna basada en la bioquímica. Con ello desestabilizó los majestuosos y

sagrados templos hasta entonces conocidos del saber galénico y aristotélico, abriendo la vía a la fisiología experimental. El homenaje que le hace un autor contemporáneo de enorme erudición y bagaje cultural como fue Joan Perucho, impregnado de literatura por los cuatro costados, y más que nada con alma de poeta por encima de todas las cosas, es realmente cautivador y deslumbrante en cada pequeño rincón y capítulo de este espléndido volumen. Un libro que tenía por centro los relatos de plantas, más o menos mágicas e improbables, así como un diccionario final de algunas de las especies más conocidas. Dotado de una ironía que se conjuga sin cesar con un amor sin límites por las formidables piruetas que proporciona una fantasía e imaginación desbordantes, hablara bien de la legendaria mandrágora, de las domésticas rosa y mejorana, de un ansiado talismán antidiablos como la apamarga, de la maliciosa y seductora dama del velo negro, de «las plantas mágicas de Barcelona» reseñadas escrupulosamente por fray Gerundio o de la llamada «planta bebé», Botánica oculta se convertía en un libro tan admirable como singular dentro de toda la amplia producción literaria de Joan Perucho.

Si tuviéramos que elegir, dentro de su muy nutrida, variada y versátil obra, quizá la sección, o apartado, por así llamarlo, que conforman tanto su Monstruario fántastico (1976), igualmente de extraordinaria originalidad, como su Botánica oculta, posiblemente ambos representen de lo más cautivador, adictivo y emblemático de su quehacer. Libros que, junto a otros suyos importantes y de gran proyección en su día, como fueron el Libro de caballerías (1957), Las historias naturales (1960) o Las aventuras del caballero Kosmas (1981), lo revelaron, entre otros muchos publicados en vida, como un autor prácticamente único e inimitable en su época. Y su gusto por lo fantástico y las aventuras más descabelladas, repartidas entre las más diversas épocas y continentes; su ironía, que jamás descansaba, dejada caer a través de apuntes breves y sutiles, con giros inesperados y carcajeantes, de una comicidad apoteósica, lucirían en Botánica oculta con todo su esplendor.

Poeta en sus inicios, y se puede decir que a lo largo de toda su vida, la poética de Juan Perucho sería siempre, fundamentalmente, la de lo invisible y lo intemporal. Ya fuera en sus libros de poemas, en sus prosas de variada inspiración o en sus relatos fantásticos, como es el caso, por poner sólo unos ejemplos, de Diana y la mar muerta (1953), Galería de espejos sin fondo (1963), Rosas, diablos y sonrisas (1965), Nicéforas y el grifo (1968),

Los emperadores de Abisinia (1989), Historias secretas de balnearios (1972), Museo de sombras (1981), Los laberintos bizantinos o un viaje con espectros (1984), Los misterios de Barcelona (1988), Detrás del espejo (1990), El basilisco (1990) o Los jardines de la melancolía: Memorias (1993), se trata siempre de una poética y una obra de inspiración sumamente libre, que mezcla géneros sin cesar. Una poética y una obra que destruye de forma ininterrumpida, desde el comienzo de su trayectoria, todos los conceptos y reglas firme y trabajosamente levantadas por el andamiaje estricto de lo académico y racional, en ambientes dominados de forma constante por el realismo y la literatura costumbrista.

Porque ¿qué representaba para Perucho a fin de cuentas lo fantástico? Es decir, ese gusto por lo maravilloso, que nunca, desde el principio, abandonaría a este gran autor en lengua catalana que, salvo en contadas ocasiones, siempre se tradujo a sí mismo al castellano. Él mismo se responderá en el texto La montaña que habla, de su libro Rosas, diablos y sonrisas: «A mí me parece que lo que en el fondo representa toda la literatura fantástica es la pura y simple reivindicación de la poesía y lo maravilloso ante la racionalidad excesiva de la vida. Me parece que el elemento fantástico es aquello que hace salir al hombre de lo habitual, de lo cotidiano, de lo antifantástico». O, si se prefiere, de lo antirrealista. Así lo declara en su prólogo a Botánica oculta: «El mundo de las plantas mágicas es un mundo fascinante, extraño y antirrealista». Las hay que lo son por sus numerosas cualidades y propiedades, pero las hay también que lo son «por su misma naturaleza inverosímil». Estas últimas, nos aclara Perucho, «son las que más repugnan a los racionalistas y tienen la virtud de sacarlos fuera de quicio».

Para encuadrar mínimamente la marginalidad y excepcionalidad en su día de Joan Perucho, hay que recordar el momento en el que irrumpió en el panorama literario no sólo español sino también europeo. En aquellos tiempos, los años de la posguerra, tanto él como su gran amigo, el citado Álvaro Cunqueiro (cuyas dos primeras novelas, de género fantástico, Libro de caballerías y Merlín y familia coincidieron, sin conocerse aún, en el año 1957), lo mismo que Dino Buzzati o Italo Calvino en Italia, destacarían como auténticos titanes solitarios enfrentados al neorrealismo, o realismo a secas, en el que muchos de sus compatriotas se hallaban mayoritariamente instalados, marcando en gran medida el gusto del público de la época. Todos ellos se enclavaban en una órbita rebelde, inasible e indomesticada

que giraba indistintamente, de atrás a delante o contemporáneamente, en torno a autores geniales como Queneau, Gómez de la Serna, Edward Lear, Sterne, Swift y, si no, sobre las ironías y creaciones fantásticas de Borges y también de Bioy Casares, o sobre esos sarcasmos demoledores que reconstruyen los mundos imaginarios de un Stanislaw Lem. Como otros grandes contemporáneos –Borges, por ejemplo– Perucho practicará de forma magistral la yuxtaposición culturalista, las parodias y bromas de una imaginación iluminada y paradójica, que construye y a la vez diluye historia y obras en una mezcla sistemática de recopilación, reinterpretación, giros y círculos interminables. Mentes sumamente libres y en movimiento perpetuo, estos autores rebasan el género, devoran lecturas, percepciones, pensamientos y sentidos del juego literario. Se les podría llamar anarquistas respetuosos, muchos de ellos precursores del surrealismo y las vanguardias de este siglo, o bien experimentadores, en general, de mundos híbridos, siempre entre «dos orillas»: la realidad y la fantasía. Es decir, todo lo que de continuo collage, hermafroditismo, fusión y experimentalismo artístico ha vivido nuestra época.

Repartidos entre historias fascinantes protagonizadas por plantas, flores y vegetales de toda especie, o a través de microbiografías entre reales y simuladas de los más diversos personajes históricos o de ficción –ya fueran Nerón, Juliano el Apóstata, san Jerónimo, Maquiavelo, el duque de Rochefoucauld, Isabel II, Jasón y su vellocino de oro, el escritor y ocultista italiano Emilio de Rossignoli, el dramaturgo francés René de Obaldia, Cecil B. de Mille y su película El mayor espectáculo del mundo, el mago Belarmino de Arriaza, el general Custer, los cronistas de Indias, los diversos eruditos españoles del XVIII establecidos en Italia o la célebre Madame Blavatsky y su brillante seguidora Annie Besant–, abundan en Botánica oculta algunos de los protagonistas preferidos por Perucho. Protagonistas que yo llamo, genéricamente, «eruditos de lo maravilloso», y que eran una de sus marcas más reconocibles. Eruditos y aventureros, viajeros e investigadores al mismo tiempo, pertrechados de los saberes y curiosidades más extravagantes y estrafalarias, no temían afrontar los más arriesgados desafíos que el destino pusiera en su camino. A Perucho le apasionaban ese tipo de «hombres dotados para el estudio», como el capitán Damiâo Mascarenhas, que parece salido de un relato de Joseph Conrad, de su bello relato La planta de los barcos, protagonizado por una planta parásita, de naturaleza mágica, que atacaba a los barcos, envolviéndolos cual

«cefalópodo vegetal» o calamar gigante a lo Julio Verne. Antes de que lo dijera el gran etnólogo Leroi Gourhan, se debe la siguiente aseveración al inquieto y valiente capitán Mascarenhas, capaz de descubrir e investigar «las realidades más inverosímiles que muchos se resisten a admitir»: «El descubridor, considerado aisladamente como individuo escogido, no revela en suma sino el desarrollo excepcional de las cualidades fundamentales del hombre de acción. Salvo en algunos casos en que actúa por orden y realiza su viaje como si hubiera tomado parte en una batalla o tratado un negocio, se encuentra en él la huella del ensueño de evasión: es hijo de un marino o sobrino de un oficial, ha leído con predilección relatos de conquistas o sencillamente ha soñado ante el mar o ante una barraca de feria». Por no hablar también del pertinaz profesor alemán Herman Werner, especializado en licantropía, que, tras su viaje al Cáucaso, logró encontrar la llamada «marifasa», planta mágica que florecía por la noche en las heladas estepas. Trayéndosela consigo de regreso a Berlín, Werner la utilizó para tratar a sus pacientes licántropos.

Pero entre creaciones fantásticas más o menos incomprobables, o al menos no formalmente reseñadas en los diccionarios y guías convencionales, las fuentes citadas en sus relatos por Perucho, aquí y allá, sin cesar, son numerosas y de una admirable riqueza: desde Plinio y su Historia Natural, pasando por la Agricultura general de nuestro gran agrónomo renacentista Gabriel Alonso de Herrera, hasta el famoso médico y cirujano del Imperio romano Galeno de Pérgamo y su Methodus Curativa; así como el Diccionario infernal del ocultista y demonólogo Collin de Plancy, los estudios sobre La brujería en Barcelona de fray Gerundio, la Re Rustica del escritor y botánico hispanorromano de Cádiz Lucius Columella, Andrés Laguna y sus comentarios a la Materia médica de Dioscórides, el Manuale Exorcistarum del franciscano Candido Brognolo da Bergamo o la gran ocultista Blavatsky y su Glosario teosófico.

¿Y qué decir de las magníficas e impagables protagonistas de estas historias, esas plantas mágicas de prodigiosas y cambiantes cualidades, entre lo positivo y digno de elogio y lo temible y lo destructivo? Las plantas descritas por Perucho, como los seres humanos (a algunos de los cuales llegan a imitar, tomando sus formas y apariencias) nos llevan a un universo tan variado como variadas son sus características, poderes y especialidades dentro del campo de la magia. Especialidades algunas de ellas de enorme extravagancia y sofisticación, como era habitual encontrar, en no pocas

ocasiones, en los relatos y aventuras escritos por Joan Perucho. Por un lado, tenemos a las plantas domésticas, muy populares y apreciadas en usos cotidianos, culinarios o como adornos disputados en nuestros jardines de pueblos y ciudades. Ahí estaría la muy admirada y dulce rosa («no hay poeta en el mundo que se estime que no haya escrito un poema sobre las rosas»), también inspiración de los rosacruces; los ajos (olor preferido del emperador Vespasiano y elemento antivampírico de gran eficacia); el lánguido y romántico sauce llorón, cuyo recorrido oscila entre la China ancestral, Shakespeare, los fantasmas de Henry James y los relatos de vampiros de Le Fanu; la higuera, muy apreciada en épocas intolerantes para tapar las vergüenzas de las estatuas de Miguel Ángel o del Louvre; el famoso y noble laurel de Petrarca y Apolo, cuya estima «no sólo es erudita, sino que también está enraizada en el corazón de lo popular»; la mejorana, cuyas propiedades para la invisibilidad fueron descubiertas por uno de los magos preferidos de Perucho, nacido en Medina del Campo, Belarmino de Arriaza, en su Manual de Hechicerías; y, por fin, las habas, verduras de muy mala fama en la antigua Roma, denostadas por Pitágoras porque, según decía, «tenían sangre y pertenecían por tanto al reino de lo animal».

Perucho se extiende en el posible grupo de las plantas declaradas formalmente mágicas, de singulares propiedades, con relatos divertidísimos e irresumibles de por sí, que harán cada uno por separado las delicias del lector. Ahí está la suplicante (planta-orfeón que canta); la zapadora, planta erudita e ilustrada que se revela como una voraz lectora; el ghol, que tiene la cualidad de cambiar violentamente los comportamientos de aquellos a los que atrapa, conformando en torno a ellos «una fina película, brillante y translúcida», como fue el caso de un vietnamita que, no sabiendo español ni apenas inglés, de repente «cantó flamenco andaluz» para poco más tarde arrojarse desde el Big Ben; la triunfalina, planta propia de los moralistas y del pensamiento reaccionario, desaparecida en la actualidad, como sucede con muchas de ellas, y que llegó a escribir un instructivo y desternillante Catecismo para las muchachas; la veloz, planta mágica «sentimentalmente monárquica», muy amiga de la emperatriz Sissi y protagonista de un graciosísimo y genial relato de aventuras, con Livingstone y el doctor Doolittle de figuras estelares; la carnívora, conocida por los lectores de Perucho a través de las aventuras del naturalista barcelonés Antoni de Montpalau y el vampiro Onofre de Dip, protagonistas ambos de su novela Las historias naturales; la feroz strigiles, planta maldita y arma de Estado

capaz de las más terribles venganzas, tan agresiva como el árbol llamado olocanto, conocido por sus apariciones históricas en diversas revoluciones, o por fin el ch'i, planta inventada y pintada por el rey y pirotécnico Chung-ting, de la dinastía Shang, muy apreciada en especial por Marco Polo en su viaje a China. A su regreso a Europa, se nos informa, el famoso viajero italiano se trajo de forma clandestina un ejemplar, dando así comienzo a un largo recorrido de dueños de tan ansiado vegetal, desde Napoleón al gran amigo de Perucho, el escritor Néstor Luján.

Aunque no podemos dejar de reseñar las más audaces creaciones –a modo de leyendas fantásticas recogidas por Perucho, reelaboradas hilarante y libremente por su inagotable imaginación y dotes irónicas–, que son esas plantas que adquieren monstruosamente la condición antropomorfa. Ahí estaría la dulce amiga, planta de raíz andrógina, sumamente intrigante y sensual, según se nos dice, oriunda de Arabia y amantes sucesiva e insaciable de un gran número de hombres y mujeres poderosos, desde la emperatriz de Rusia a Luis XV. En la Primera Guerra Mundial reaparecería en su país de origen, según constata T. E. Lawrence en su conocida obra Los siete pilares de la sabiduría. Pero también estaría la temible planta mágica dama del velo negro, oriunda de Tasmania y de características canibalescas, seductora y enigmática, que, disfrazada con un siniestro velo negro, se acababa comiendo a sus incautos pretendientes. O por fin la planta bebé, protagonista de «la tierna historia» o relato muy kafkiano de terror que tiene como centro una metamorfosis sucedida en un plácido hogar holandés de comienzos del siglo XX.

En cualquiera de estos asombrosos y poéticos relatos, llenos de prodigios y sucesos inesperados, de humor e ironía a raudales, el lector actual disfrutará a la manera de un espectador intemporal de magias y portentos que lo transportarán de un escenario a otro, de un vertiginoso viaje a otro más tranquilo que bucea en libros y enigmas del pasado. Verdades sobrenaturales, estremecimientos por lo que se ve y lo que no se ve, que «no les ocurren a todos, ni todos lo detectan», como siempre decía Perucho. Sólo algunos –«los que poseen el sentido de lo maravilloso y poético»– serán los elegidos, nos dice una y otra vez este autor a lo largo de su obra. Los que no adivinan sombras ni verdades ocultas, los que no presienten ni perciben nada más allá de lo material y físico, ningún misterio escondido más allá del espejo; los que carecen de estos turbulentos universos interiores, de estas «verdades poéticas», de una existencia

paralela, profunda y espiritual, eran para Perucho «dignos de la mayor compasión». Así definiría a los que habitaban el universo chato y único, cotidiano y ramplón, de lo masivo y codificado, «sin imaginación»: «Hay mucha gente que no ha visto en su vida un fantasma […] Es gente que no tiene imaginación ni gusto por el riesgo y la aventura. Pasan por la vida sin darse cuenta de lo que se pierden. Prefieren, naturalmente, un coche y una segunda residencia cómoda; disfrutan, felices, del consumismo y de su egoísmo. Esto equivale a una vida a ras de suelo. Es triste». De hecho, George Steiner, el gran teórico de la literatura de nuestros días –junto a Harold Bloom, gran defensor y valedor de la obra de Perucho, ambos recientemente desaparecidos–, siempre mantuvo que asistíamos a una suerte de «desmayo de la imaginación». Ante el hecho sorprendente de que haya actualmente cuatro cubos de basura en la Luna, decía Steiner, «no ha surgido ningún Rabelais, Swift o Juvenal para contarlo».

Mercedes Monmany

BOTÁNICA OCULTA

PRÓLOGO

El mundo de las plantas mágicas es un mundo fascinante, extraño y antirrealista. Con ellas podemos curar evidentemente un mal de piedra o una diarrea galopante, deshauciados ya por la ciencia; pero también podemos volar por los aires con la Veloz o cocinar divinamente con la ayuda y la práctica de un misterioso Ch'i. Deberíamos, sin embargo, guardarnos de algunas plantas diabólicas que pueden abrir puertas y ventanas y penetrar silenciosamente en las alcobas.

Con ello queda dicho que existen dos clases de plantas mágicas. Las que lo son por sus propiedades y las que lo son por sí mismas, por su naturaleza inverosímil. Estas últimas son las que más repugnan a los racionalistas y tienen la virtud de sacarles fuera de quicio. Nosotros hemos hecho relación de unas y otras, dedicando la primera parte del libro a las más importantes. Luego, en un largo apéndice, informamos sucintamente de las demás, sin pretender agotar, ni mucho menos, el tema.

Finalmente, este libro constituye un homenaje a los magos que atesoran el saber antiguo y, de entre ellos, de manera muy principal, a

Paracelso, padre de la Botánica oculta, y sin cuyas enseñanzas este libro jamás hubiese podido ser escrito.

EL IMPERIO, LOS MAGOS Y LA STRIGILES

Cuando Juliano el Apóstata arrojó de su rostro la careta del catolicismo y se proclamó pagano, lo hizo afirmándose a sí mismo mediante el taurobolium, rito que, haciendo aspersiones de sangre de toro, pretendía borrar el carácter que imprime el bautismo. En realidad, no hacía más que seguir las directrices que le había inculcado el infame eunuco Mardonio impulsándolo al neoplatonismo, a los discursos de Libanio y a las lecciones de Máximo de Éfeso. Como es sabido, dictó muchas disposiciones contra los cristianos e incluso quiso restaurar el antiguo culto público de Apolo, mandando, como medida previa, trasladar las reliquias de san Bábilas. La gente se agolpó ante el palacio imperial cantando el salmo 96: «Confundantur omnes qui adorant sculptilia et qui gloriantur in simulacris suis»; el salmo 113: «Simulacra gentium argentum et aurum...». Juliano se puso pálido de rabia y, rompiendo un vaso que sostenía entre las manos, juró vengarse. Lo primero que dispuso fue que se azotara allá mismo a la matrona Pubila y a las vírgenes que andaban por la calle cantando los salmos de protesta.

Luego retirose a sus habitaciones y después de escribir un párrafo de su obra Galileas, en la que desplegaba su refutación de san Cirilo, recibió al eunuco Mardonio, el cual le propuso la restauración –para corromper a los cristianos– de las calendas de enero, fiestas licenciosas, ya criticadas por Tertuliano en el siglo II. Accedió a ello Juliano, pero san Atanasio, que había vuelto del destierro, contraatacó eficazmente:

Esa loca impiedad que observa los días, se une a los augures y se persuade de que si la nueva luna de enero se pasa en la alegría, la abundancia y la malicia, debe asemejársele todo el resto del año. Se encienden fuegos en las plazas públicas, se adornan de coronas las puertas de las casas. ¡Pompas del diablo, insensatas puerilidades! (Homilía XXIII, «In eas qui novilunia observant».)

Asimismo, Prudencio nos ha dejado un elocuente alegato contra estas fiestas que algunos cristianos del siglo iv celebraban para honrar, mediante

la observación de los auspicios y con disolutos festines, las calendas del mes de Jano, y deplora «una censurable tradición restaurada que, partiendo de los antepasados, llega a sus últimos descendientes, cuyos irreflexivos corazones no saben romper la cadena de una superstición ya caducada». («Contra Symmach», I, 1, vers. 136 seqq.):

... Jano etiam celebri de mense litatur
auspiciis epulisque sacris, quas inveterato,
heu miseri! Sub honore agitant, et gaudia ducunt
festa kalendarum...

Las censuras y el fracaso de la política de Juliano el Apóstata sumieron a éste en una ira sorda y asesina, haciéndole temblar las mejillas de indignación cada vez que se enteraba de un triunfo cristiano. Mardonio le propuso entonces utilizar la Strigiles, planta maldita que se criaba en las tierras donde cayó el maná, como venganza del diablo al éxodo de los israelitas. Esta planta mágica, parecida a una gran ortiga, y como ella provista de lacerantes espinas, localizaba a los enemigos de su dueño y los mataba sin compasión. Con la Strigiles suprimió Juliano a los cristianos Macedonio, Teódulo y Taciano, no haciendo más víctimas a causa de su propia muerte, acaecida frente a los persas el año 363. Dícese de Juliano el Apóstata que cayó exclamando: «¡Venciste, Galileo!».



La Strigiles volvió a usarse años más tarde en controversias religiosas, pues aunque Eutropio, el chambelán (asimismo eunuco) de Arcadio, pudo conseguir la elección de Crisóstomo como obispo de la nueva Roma, la crítica abierta del gran moralista ofendió a la emperatriz Eudoxia y a la corte. Eudoxia entonces mandó una Strigiles contra Eutropio, y éste apareció una mañana desplomado sobre la mesa del comedor, víctima de horrorosas mutilaciones. Murió en actitud de orar, las manos hacia el cielo y el rostro vuelto hacia Oriente.

La Historia no registra más apariciones de la Strigiles utilizada como arma de Estado. La última referencia que tenemos de ella la encontramos en el siglo XIX, y hace alusión a la despiadada guerra que, a partir del año 1886, tuvo lugar entre dos magos eminentes. Stanislas de Guaita (jefe de los Rosacruces) y el exabate, o abate renegado, Joseph-Antoine Boullan (jefe de los Satanistas), que vivía en concubinaje con una exmonja llamada Adela Chevalier. El marqués de Guaita trataba a su enemigo de «pontife d'infamie, basse idole de la Sodome mystique, goétien de la pire espèce, homme misérable et criminal, sorcier et fauteur d'une secte immonde», declarando que el sistema de Boullan conducía: 1.º, a la promiscuidad sin límites, a la ambigüedad del impudor; 2.º, al adulterio, al incesto, a la bestialidad; 3.º, al incubismo y al onanismo erigido en actos inherentes al culto, en actos meritorios y sacramentales.



A partir de entonces, se declaró lo que se ha llamado «la guerra de los magos», y Boullan fue declarado culpable por un Tribunal de Iniciados. Se notificó el fallo a Boullan, y éste comprendió que su sentencia de muerte sería ejecutada por procedimientos mágicos. Entonces contraatacó, lanzó maleficios y conjuros; hizo lo que pudo para defenderse, ayudado por J. K. Huysmans, que lo consideraba un santo.

La guerra duró varios años, en el transcurso de los cuales a Boullan se le aparecieron fantasmas y le ocurrieron cosas terribles. Lo que más le inquietaba era encontrar espinas como de ortiga entre los pliegues de su ropa interior, sobre todo en los calzoncillos, y muchas veces éstas se clavaban impensada y dolorosamente en la carne de sus partes delicadas. La situación fue empeorando, y llegó a encontrar espinas incluso en la comida. Un día, Boullan falleció dando grandes gritos e intentando sacarse inútilmente un collar de Strigiles que le rodeaba con ferocidad el cuello. Sobre su lápida funeraria se grabó lo siguiente:

J.A. BOULLAN
NOBLE VICTIME

Manos piadosas cuidaron al principio de su tumba. Luego, el tiempo la agrietó y corrió la voz que, desde una de sus grietas, surgía la terrible Strigiles. Sin embargo, no es seguro, y toda esta apasionante cuestión ha caído ya irremisiblemente en la más profunda noche del olvido.

LAS HABAS

Siempre han tenido mala reputación las habas, y aunque Diógenes Laercio nos dice que Aristóteles escribió un tratado sobre ellas, lo cierto es que ya la diosa Ceres las excluyó de entre los ricos productos de la agricultura. Pitágoras, que era un vegetariano furibundo y cascarrabias, afirmaba que las habas tenían sangre y pertenecían por lo tanto al reino animal. Esto le costó la vida, pues un día, cuando era perseguido por sus enemigos, no quiso atravesar, en su desenfrenada carrera, un plantío de habas por no pisar a estos enigmáticos seres con sangre, y se dispuso a dar un rodeo. Pero lo alcanzaron y lo asesinaron miserablemente junto a las habas.

En Roma, éstas eran miradas con muy malos ojos, y no se podía tocarlas ni nombrarlas siquiera. Dícese que los «lemures», o sombras vagabundas impías, arrojaban por las noches puñados de habas dentro de las casas al objeto de acarrear el infortunio y la desgracia a sus moradores. Tuvieron, no obstante, una función política, pues las votaciones para decidir un asunto se hacían con habas blancas y habas negras. Hay lugares en que era y es costumbre encender hogueras de San Juan en campos de habas para que éstas maduren pronto. En la España de Cervantes también se hacía así; y las mozas se ponían en la ventana con el pelo suelto y un pie dentro de un balde de agua, atento el oído al primer nombre de varón, pues éste sería el soñado marido:

Yo, por seguir mi intento,
los cabellos doy al viento,
y el pie izquierdo a una bacía
llena de agua clara y fría,
y el oído al aire atento.

Las habas han tenido una importancia decisiva en el celebrado Gateau du Roi, y M. Cheruel escribe que, en Francia, era costumbre, desde tiempo inmemorial y por una tradición que se remontaba hasta las saturnales de los romanos, servir, la víspera de Reyes, una torta en la cual se encerraba un haba, que designaba al rey del festín. La torta de Reyes se comía en familia, y era ocasión de estrechar los afectos domésticos. Las memorias de madame de Motteville afirman que sacábase la torta de Reyes incluso en la mesa de Luis XIV.

Esta noche –escribe– la reina nos dispensó el honor de enviarnos una torta a madame de Bregy, a mi hermana y a mí: la partimos y bebimos a la salud con el hipocrás que nos hizo traer. Otro día, para divertir al rey, la reina quiso separar una torta, y nos dispensó el honor de hacernos tomar parte con el rey y con ella. La hicimos reina del haba, porque el haba se encontró en «la parte de la Virgen». Mandó que nos trajeran una botella de hipocrás, que bebimos delante de ella, y le obligamos a beber también un poco. Quisimos satisfacer las extravagantes locuras de aquel día y gritamos: «¡La reina bebe!».

En Botánica oculta, la decocción del haba (faba vulgaris) es buena contra el mal de piedra. El emplasto de su harina resuelve los tumores de las partes sexuales. La harina de habas es excelente, según Paracelso, contra las quemaduras del sol y las escaldaduras producidas en las entrepiernas. Para ello se restriega la parte enferma, durante diez minutos o más, y luego se aplica una compresa de la propia harina. Las flores de esta planta llevan la marca de los infiernos, según la escuela de Pitágoras. Las habas, recolectadas a fines de octubre, están bajo los auspicios de Escorpio con Mercurio. El fruto es de Saturno y de la Luna.

En el Testamentum Fratrum Rosae Aureae Crucis puede leerse lo siguiente:

Ahora tomad las cenizas de unas habas, o bien las cenizas de un animal, pájaro o lagarto, o bien las cenizas del cadáver en descomposición de un niño; quemadlas al rojo, introducidlas en una vasija grande de cristal, de modo que cubra bien toda la materia, y cerrad herméticamente la vasija, que colocaréis en sitio cálido. Al cabo de tres veces veinticuatro horas, la planta aparecerá con sus flores; el animal o el niño con todos sus miembros,

resultados que algunos utilizan para vastos experimentos. Estos seres son, no obstante, criaturas puramente espirituales, ya que al agitar o enfriar la vasija no tardan en desaparecer. Si se deja el recipiente en reposo, vuelven a aparecer, lo cual resulta un espectáculo maravilloso digno de admirarse. Un espectáculo que nos permite asistir a la resurrección de los muertos, y nos muestra cómo todas las cosas de la Naturaleza volverán a tener figura después de la resurrección universal.

Aparte de sus propiedades mágicas, las habas son guisadas divinamente en Cataluña, como casi todo el mundo está dispuesto a reconocer. Hay también un decir: «son habas contadas», y una canción –«Las habas verdes»– muy popular durante la segunda guerra carlista:

Ayer me dijiste que hoy;
hoy me dices que mañana,
y mañana me dirás
que de lo dicho no hay nada.Como pueden ustedes ver, es ésta una canción desengañada y amarga, de un aplastante pesimismo. Hoy la llamaríamos una canción comprometida.

EL OLOCANTO

El olocanto es un árbol que anda, de instintos terribles y destructores, muy peligroso, pues ataca especialmente al hombre mediante un aguijón retráctil y veloz de unos tres metros de longitud. Fue descubierto por san Jerónimo cuando hacía penitencia en el desierto, un día de mucho calor y en el que resultaba una bendición del cielo hallar un poco de sombra, fresca y rumoreante. De la desconocida existencia e imagen del olocanto se ha aprovechado, recientemente, el escritor inglés John Wyndham, montando, en su novela The day of the triffids, la peregrina y fantástica figura del trífido, planta que vejatoriamente reputa industrial, pero que, no obstante, llega a dominar al mundo. Salimos al paso de esta vulgar invención para restablecer el verdadero origen de esta gran planta o arbusto, cuyo nombre histórico, como hemos dicho, es el de olocanto.

Crónicas bizantinas muy antiguas pretenden que Simón el Mago tenía ya un olocanto para su uso particular, que llevaba atado al extremo de una pértiga, notablemente más larga que el aguijón del fiero vegetal, y dichas

crónicas pretenden que, con él, Simón el Mago tenía amedrentado al emperador Nerón, el cual, el día que, por vez primera, lo vio, tuvo un susto tan grande que se atragantó con el hueso de una ciruela que estaba comiendo, y ello con tan mala fortuna que casi se ahoga miserablemente a no ser por el médico griego Philotetes, que desobturó rápida y hábilmente la regia garganta. Nerón, que como ustedes saben, además de refinado, era un reprimido sexual –sea esto dicho con la venia del padre Jordi Llimona–, juró vengarse, cuando se terciara, con un lujo delicado y elegante.



Sin embargo, como ya he adelantado al principio, fue san Jerónimo quien, por primera vez, se encontró cara a cara con un olocanto que vagaba distraídamente por el desierto de Chalcis, en donde el santo ejercía de anacoreta. La sorpresa fue mutua. El horrible vegetal, que se sustentaba sobre tres raíces-patas y andaba con un movimiento de vaivén –hacia atrás y hacia delante– verdaderamente abominable, se detuvo, y algo debió prevenirlo de la excepcional condición del santo, pues se arrastró humildísimo a sus pies. Jerónimo le alargó un cuenco de leche de camella, que fue ingurgitado con precipitada delectación, tras lo cual el olocanto desapareció velozmente más allá de una colina, después de hacer tres corteses reverencias. A san Jerónimo le dio mucho que pensar esta extraña aparición, y quedó marcado por ella toda su vida, como es posible observar en la Altercatio Luciferiani et Orthodoxi y, sobre todo, en su polémica con Rufino a propósito de Orígenes, traducida en su De Principiis y en la célebre y vehemente carta que dirigió a Rufino tratándole de mentiroso, doblado, perjuro y aun hereje.

Por las noticias que tenemos, el olocanto se dirigió después a Antioquía, lugar donde realizó una espeluznante matanza con su mortífero aguijón. Los eruditos estiman que es a esta catástrofe a la que se refiere el poeta Meropius Pontius Paulinus, más conocido por Paulino de Nola, cuando escribe:

Ecce repente mis estrepitum pro postibus audit
et pulsas resonare fores, quo territus amens
exclamat, rursum sibi fures adfore credens...
ser nullo fine manebat
liminibus sonitus...

Parece ser que muchos magos malvados han utilizado el olocanto para fines execrables, como lo son los asesinatos a mansalva, provocar la locura frenética, etcétera. Lo cierto es que el olocanto aparece muy de tarde en tarde, lo máximo en grupos de tres, y en



sitios muy distantes unos de otros. Apenas se sabe nada de su naturaleza, salvo que le gusta la música y, modernamente, el fútbol, pues en 1932 se vio surgir, por encima de las graderías del estadio San Siro de Milán, la cresta de un olocanto, mientras se celebraba el encuentro entre el

Arsenal de Londres y el Inter. La policía lo buscó y lo rebuscó sin resultado alguno, y la prensa internacional criticó duramente a las autoridades fascistas, cuya falta de previsión y diligencia había estado a punto de provocar una hecatombe. Sin duda, el olocanto se disimuló en un jardín o un parque público, mientras pasaban las patrullas de policía, bomberos, camisas negras y «balillas» entonando épicamente la giovinezza, en espera de que llegara la noche para salir al campo.

Aparte de las salidas históricas del olocanto (hundimiento del Imperio de Occidente, el saqueo de Roma por Carlos V, la derrota de Napoleón en Waterloo, etcétera), hace unos días se ha señalado su presencia en París, a raíz de las huelgas revolucionarias. Su espantable imagen se localizó en los barrios de Menilmontant y en Saint Germain des Prés, sin duda dispuesto a todo. Las desgracias pudieron evitarse merced a la reacción conjunta de los estudiantes y las fuerzas del orden –único momento de colaboración–, lo cual puso en fuga a los árboles asesinos. Por cierto, que uno de ellos, al parecer de carácter melancólico y sensible, fue hallado en el vestíbulo del cine Boul-Mich cuando contemplaba los procaces fotogramas de una película muy sexy japonesa. Se produjo entonces una gran confusión, debido a la cual el olocanto pudo huir disfrazado de policía. Hay quien asegura que incluso se apoderó de un coche patrulla, lanzándose vertiginosamente a través de las barricadas. Si ello es cierto, tendremos una prueba de que el olocanto, además de peligroso, es un ser dotado de una alarmante y superior inteligencia.

LA HIGUERA

El poeta Bartrina, que era hombre dado a la grandiosidad de los silogismos, se puso un día a pensar con potente inspiración. El resultado fueron unos versos cuya engañosa sencillez turbaba y turba, aún hoy día, a nuestro pudor más íntimo. El poeta se preguntaba:

¿Qué escándalo ha precedido
a la invención del vestido?

Metafísicamente hablando, el tema es profundo. Sin embargo, la gente con espíritu historicista nos dirá que, ya desde niños, la historia sagrada nos ha informado sobre las circunstancias de tal escándalo. Lo cierto es que el

criterio erudito más divulgado afirma que las desnudeces diabólicas –perspicazmente entrevistas por Bartrina– fueron cubiertas con hojas de higuera y, sólo más tarde, con las de la vid. Así lo atestiguan, aparte de las fuentes literarias y desde los tiempos más remotos, las esculturas que están en los museos y las pinturas de los grandes palacios, aunque algunas veces haya tenido que aplicarse la censura en ellos, como en el caso de los frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, que fueron adecentados, según órdenes recibidas del papa Paulo IV, por el pintor Daniello Ricciarelli, llamado Il Braguettone (el pantalonero). Otros casos ha habido, tal el del duque de La Rochefoucauld, a la sazón director de Bellas Artes, que mandó poner calzoncillos de latón y hojas de higuera «de bronce» a los desnudos de su museo; o el caso de la duquesa de Castries, que hacía decir misas dos veces por semana en Saint-Germain l'Auxerrois «para que el fuego del cielo consumiera los cuadros del Louvre, y sobre todo las desnudeces que sobresaltan la moral». Como se ve, a esta señora no le bastaban las hojas de higuera, ni las de viña, ni las camisetas de estuco, ni los calzoncillos de bronce, ni nada. Su criterio era un criterio cerrado e intransigente, triunfalista.

La higuera, aparte de estos usos, es muy reputada por los higos, es decir, por sus frutos. Los higos son considerados como el alimento por excelencia, y no sólo eso, sino como el primer alimento cronológicamente hablando, pues su invención es atribuida a Baco, el dios del vino y la alegría. Carlos Mendoza, inefable autor de La leyenda de las plantas, nos dice que «sin duda por el carácter alegrillo de la higuera, empleábase su madera para tabla de ciertos semidioses non sanctos». Esto no quiere decir, según el mismo autor, que no se hayan construido también santos de higuera, como lo prueba aquel irreverente y apostrófico cantar:



Santo que fuiste higuera,
yo de tus hijos comí;
los milagros que tú hagas
que me los planten aquí.

La higuera estaba consagrada a Hermes y a Juno, y protegía los casamientos, razón por la cual una de las ceremonias nupciales consistía en ofrecer higos puestos en una copa. Un detalle importante es que Rómulo y Remo fueron amamantados por la loba, precisamente bajo una higuera. Sin embargo, hay lugares en que la higuera es mirada con malos ojos, creyéndose que es visitada por el diablo, codicioso de sus frutos. En Sicilia es tenida por maldita; se ve un diablo en cada una de sus hojas y se invoca:

Spiritu di ficu, e diavulu di nuci,
tanti pampini siti, tanti diavuli vi faciti.

Gubernatis, otra autoridad en la materia, escribe que «en Avona existe esta superstición: piénsase que no es prudente tenderse a la sombra de la higuera en las horas calurosas del verano; el que quiere correr este riesgo, verá comparecer ante él a una mujer vestida de monja que, con un cuchillo en la mano, le obligará a decir si quiere tomarlo por la punta o por el mango; si responde que por la punta, será muerto enseguida; si dice que por el mango, tendrá todo linaje de buenas fortunas». Añade este autor que la funesta influencia ejercida por la sombra de la higuera puede combatirse de una manera muy sencilla: hácese un pequeño corte en el árbol y se comen

tres hojas. Si uno tiene suficientes tragaderas, puede tumbarse tranquilamente bajo el frondoso ramaje de este árbol.

Todas estas noticias hacen referencia a la higuera común, a la ficus carica. Pero hay también la ficus indica y la ficus religiosa, que son tropicales. Muy grandes y siempre verdes –dice madame de Saint-Meunier–, están provistas de raíces adventicias formando arcadas que se propagan en todos sentidos y a gran distancia del suelo. Estas raíces, al crecer, forman otros tantos troncos, y sobre estas columnas naturales los indianos elevan pagodas. «La famosa higuera de Nerbuddah ocupa una superficie de dos mil pies de circunferencia, sobre la cual se cuentan trescientas veinte columnas».

Para terminar, diremos que el viajero inglés Cameron encontró en el África tropical unos árboles, que llamó «higueras-sicómoros», de tan vastas proporciones que a la sombra de uno de ellos pudieron cobijarse más de quinientos hombres.

LA SUPLICANTE

Cuando el capitán Jacques Duvillier avistó, a bordo de la fragata Tonerre, una nueva isla en el mar de la Sonda, decidió llamarla «L’île des tortues» en consideración a que éste era un nombre poético y también a que, sin duda, debía de haber muchas tortugas en la isla. Arribados a la costa y fondeada la fragata en una pequeña ensenada, el capitán Duvillier y los hombres de la tripulación no encontraron rastro de tortugas, pero en cambio se enfrentaron con unos terribles y soñolientos dragones, llamados varanos, de casi cuatro metros de longitud, que rugían espantablemente. Otras maravillas hallaron en la isla, tales los nabos-calabaza, los mosquitos gigantes, los pájaros-sierra y los perros danzantes que poblaban abundantemente la intrincada maleza. La isla era de una fertilidad lujuriosa, pero algo indefinible los sorprendía e intrigaba. Algo que el capitán Duvillier definió como un «aura musical».

Llegada la noche, ocurrió lo imprevisible. Hallábase la marinería en la cubierta del Tonerre, celebrando la anexión de una nueva isla para Francia y bebiendo aguardiente de cerveza, cuando al bretón Saint-Séverin, cocinero del barco y hombre de voz aterciopelada y profunda, le vinieron ganas de cantar el Roi Dagobert, cosa que hizo muy inspirado mientras la tripulación le contestaba el estribillo. De pronto, se oyó un gran chapoteo en el agua,

justo a estribor, emergiendo acto seguido un alto macizo de algas ondulantes, formando un solo cuerpo, el cual se enderezó a considerable altura, destacándose en su centro un alga de mayor tamaño y color rojo. Luego, ante la estupefacción de todos, aquel extraño vegetal marino se puso a cantar, repitiendo con entusiasmo las mismas estrofas del Roi Dagobert, pero tal como lo haría el más perfecto orfeón, pues el arbusto rojo conducía el canto con voz de tenor, mientras los demás se integraban en coro matizado. Cuando llegó la última estrofa, este conjunto orfeónico adquirió suavidades y delicadezas sin cuento, susurros emocionados y delicuescentes. Al cabo de unos momentos, después de una pausa en la que recogió los aplausos del valiente capitán Duvillier (la tripulación estaba petrificada por el asombro y el miedo), la enorme planta cantora, haciendo gala de una erudición musical y folclórica poco común, empezó a entonar una canción galante de Guillermo IX de Aquitania, conde de Poitiers (1071-1127), la que empieza:

On m’appelle Maître infaillible,
la femme qui m’a eu un soir
le lendemain veut me revoir.
Dans ce métier, je puis le dire,
je suis tres fort...

El concierto duró varios días y, como la planta-orfeón no tenía raíces, era muy pacífica y sólo le importaba cantar, el capitán Duvillier la hizo arriar a bordo, donde la acomodó en una gran cuba llena de agua que se construyó febrilmente. La planta o árbol-orfeón permanecía sumergida al fondo y salía únicamente así que oía cantar a alguien. Entonces escuchaba, respetuosa pero impaciente, para lanzarse enseguida a repetir la canción. Lo malo es que seguía después con todo el repertorio y no había forma de detenerla.

Llegado a Francia este fenómeno de la naturaleza, fue trasladado al Jardin des Plantes, de París, donde los botánicos lo estudiaron, pero adujeron que esta planta era ya conocida con el nombre de «Suplicante», pues habló de ella el negociante lionés Philippe Sylvestre Dufour en su libro Traité nouveau et curieux du café, du thé et du chocolat. Ouvrage également nécessaire aux médecins et à tous ceux qui aiment leur santé,

publicado en 1685. Dufour decía que nada hay comparable como tomar café sentado en un arrecife oyendo un concierto de canto de la Suplicante.



Sabido ya su nombre, la Suplicante hizo las delicias de los parisinos que acudían en tropel a escucharla en el Jardin des Plantes, pero fueron tantos los abusos y vejámenes a que fue sometida (todo el mundo quería esquejes de este vegetal) que, al cabo, Luis XIV mandó trasladar la Suplicante a palacio, donde fue custodiada celosamente. Cuando Federico Guillermo I, el rey sargento, se entrevistó con Luis XIV, éste quiso reservarle una sorpresa y, en efecto, a mitad del banquete ofrecido batió palmas, abriéndose unos cortinajes y entrando, arrastrado por los lacayos, un pesado carromato con una enorme cuba encima. Luis XIV dirigió una significativa mirada a Felipe de Orleans –que habría de ser regente justo un año después–, el cual con mucha pompa empezó a cantar un fragmento de Soeur Monique, de Couperin, músico que estaba de moda en la corte. Inmediatamente se alzó la Suplicante repitiendo el fragmento y

extendiéndose en un arcaico repertorio de Carmina Burana, lo que dejó anonadado al rey sargento.

La incuria de los tiempos hizo desaparecer las trazas de la Suplicante, pues a la postre, muerto Luis XIV, resultó muy impopular en la corte de Luis XV, el nuevo rey, a causa de los gastos que suponía hacer traer de El Havre el agua de mar necesaria para la planta cantora, lo cual se hacía dos veces por semana en una carreta de bueyes. La última noticia fidedigna que se tiene de ella es que actuó en el Teatro Apolo de Madrid, la noche del estreno de La Verbena de la Paloma, del maestro Bretón, que fue el 18 de febrero de 1894; pero actuó de tapadillo, tras los decorados y las bambalinas, para no alarmar imprudentemente al público.

Ahora, Salut les Copains ha resucitado la cuestión, pues la Suplicante acaba de grabar un disco con los Beatles, y parece ser que hay posibilidades de que actúe en el próximo festival de Eurovisión representando a Indonesia.

En cuanto a su naturaleza, muy poco conocida, sólo se sabe que se alimenta de las miasmas del agua del mar –es decir, del pláncton– y, no estando sujeta a ninguna clase de represión sexual, se reproduce libremente por esporas.

EL LAUREL

El laurel es noble, como así lo atestigua el Laurus nobilis que le conceden los botánicos, y, además, con un punto de severidad elegante, propicio a las sienes coronadas por la poesía o por algún que otro sutilísimo y docto saber. El elegante Petrarca, por ejemplo, fue coronado con el sagrado laurel durante la Pascua del año 1341, en Campidoglio, después que Roberto de Nápoles examinara la melancólica rosa de sus méritos. Entonces se le apareció a Petrarca una «dama más bella que el sol» y, decepcionadoramente, no era Laura, sino la Gloria. Petrarca, espiritualmente atenazado por el tedium vitae, puso los laureles a los pies del altar de san Pedro, para luego, en la alta noche desvelada, poner, en su Secretum, estas palabras llenas de sabiduría: «Vanitas vanitatis et omnia vanitas».

La estimación del laurel no es sólo erudita, sino enraizada también en el corazón de lo popular. Así, en un repertorio de preferencias afines, un cantar andaluz formalmente nos informa:

Entre los árboles todos,
se señorea el laurel;
entre las mujeres, Ana;
entre las flores, el clavel.

No sabemos quién pudiera ser Ana, mujer, no obstante, evidentemente excepcional. El pueblo es muy raro que se equivoque. Pero del laurel –y los claveles– sí tenemos los conocimientos necesarios, y ratificamos la aseveración popular.

En primer término, diremos que el laurel mereció, entre los griegos y romanos, la consideración de sagrado, y los sacerdotes paganos solían hacer asperges con una rama de laurel. M. Lenormant dice, en su Diccionario, que en un vaso griego puede verse un centauro con una gran rama de laurel, de la cual penden un cuadrito pintado y un pájaro. Carlos Mendoza, el autor de La leyenda de las plantas, sugiere que esto recuerda la costumbre que hay por aquí el Domingo de Ramos de ir a bendecir ramos de laurel y palmas, de la que penden rosquillas, confites y otras golosinas.

El laurel está íntimamente unido a la figura y al culto de Apolo, y así premiábanse con «laurineas», o coronas de laurel, a los vencedores en los juegos en honor a dicho dios. Las célebres pitonisas del templo de Apolo Délfico comían trabajosamente hojas de laurel antes de pronunciar sus oráculos, y en Creta, tierra de la legislación, consultábase siempre el laurel profético antes de promulgar ninguna ley. Cuando Escipión asaltó la devastada Cartago, lo hizo llevando en una mano el cetro y en la otra una rama de laurel. A partir de la Edad Media, el laurel fue el símbolo del saber dilecto y, haciendo un juego de palabras entre baccalarius (señor de una tierra) y baccalaureatus (bayas de laurel), se pasó al título de «bachiller».

En lo que respecta a las propiedades mágicas, ya Paracelso nos habló largamente del alma de las plantas y, concretamente, de la del laurel. Incidiendo en el tema increíble del alma de los vegetales, el famoso doctor Du Prel, después de una disertación sobre la palingenesia, nos cuenta que en un centro espiritista una médium inglesa, miss D'Espérance, obtenía la materialización de un espíritu que se hacía llamar Yolanda. Durante una de sus materializaciones, el fantasma pidió una botella, agua y arena; metió el agua y la arena dentro de la botella y colocó ésta en el suelo, describiendo a su alrededor algunos pasos circulares; puso luego unas semillas de Ixora

crocata y de Anthurium Schezarianum encima de un pedazo de tela blanca y se retiró hacia el gabinete negro de donde había aparecido. Instantáneamente se removió algo dentro de la botella, y Yolanda mostró una planta con sus hojas verdes, sus raíces y sus capullos. La botella fue echada por los suelos y el fantasma entró de nuevo en el gabinete negro. Cuatro o cinco minutos transcurrieron, todo lo más, y los asistentes, en número de veinte, pudieron examinar a sus anchas las dos pequeñas plantas, de unas seis pulgadas de altura, guarnecidas de flores frescas y brillantes. Relaciones parecidas pueden leerse en los libros de Tavernier (Voyage en Turquie), de Du Potet (Journal du Magnétisme), de Gouguenot des Mousseaux (Les hauts phénomènes de la Magie), etcétera.



En el Diccionario de Rodolfo Putz, redactado según las enseñanzas de Agrippa, Alberto Magno y Dioscórides, se nos dice que hay que distinguir entre el laurel cerezo (Prunus laurus cerasus) y el laurel común (Laurus nobilis), señalando que el primero es uno de los vegetales que más se utilizan en los trabajos de hechicería, como lo demuestra el siguiente conjuro practicado por los brujos cuando quieren perjudicar a una persona. Toman una cazuela de pequeño tamaño, la llenan hasta el borde con aceite de oliva; cogen, a la hora de Saturno, tres ramitas de laurel cerezo y las colocan, formando una cruz de Caravaca, sobre la superficie del líquido. Pronuncian, por último, con el corazón henchido de odio, la imprecación malvada, y esperan, con la convicción más absoluta, que los efectos de su crimen no tardarán en manifestarse. Y, desgraciadamente, es así.



La denominación latina de «laurel noble» indica la diferencia que existe entre éste y el anterior. Las propiedades del laurel común son carminativas, digestivas, estomacales y nervinas. Las hojas tiernas de laurel, machacadas, son excelentes contra las mordeduras de animales venenosos.

El jugo de sus hojas, tomado a dosis de tres a cuatro gotas diluido en agua, provoca la menstruación, corrige los desarreglos del estómago, disminuye la sordera, cura el dolor de oídos y quita las manchas del rostro.

En las artes culinarias, el laurel se usa en diversidad de guisos, especialmente en el estofado de carnes. El Dictionnaire des Gastronomes, sin embargo, recomienda prudencia, por lo subido de su sabor y perfume. Es un dato que no debe olvidarse.

LA CARNÍVORA

Si el naturalista barcelonés Antoni de Montpalau no hubiese aclimatado, en el jardín de su palacio, a la carnívora, y no hubiese estudiado posteriormente sus fantásticas propiedades, hoy nos veríamos huérfanos de todo conocimiento acerca de este árbol mágico. El hecho tiene su importancia. Montpalau, que fue nombrado miembro de la Academia de Ciencias en 1824, adquirió la carnívora poco tiempo después, comprándola a un aventurero franco-sirio llamado Mohamet Leblanc que, a su vez, la había robado a un tratante de camellos con negocio en Trípoli. Éste aseguraba que la carnívora fue descubierta por Alí Bey, príncipe fabuloso que hoy, dado el excelente estado de las ciencias historiográficas, podemos

identificar con nuestro compatriota Domingo Badía, natural de Barcelona y al servicio secreto de Godoy.

La cuestión era que la carnívora, desarraigada de sus lugares de origen, había perdido buena parte de sus terribles propiedades y, aunque Montpalau la abonaba regularmente con excrementos de caballo, sólo comía ratas y conejos, y aún a horas fijas y con una cierta desgana. Nuestro naturalista sospechó enseguida que la planta había degenerado y resolvió buscar un ejemplar en buenas condiciones, por lo que se dispuso a emprender un largo viaje de investigación científica. Por el momento, sólo sabía que la carnívora vive hincando fuertemente sus raíces en el suelo y que, para atacar a las víctimas que se hallan a su alcance, despide un perfume turbadoramente adormecedor mientras sus hojas producen una vibración extraña. Cuando la víctima está semialetargada, la carnívora hace descender su follaje sobre ella y, cubriéndola, la devora y digiere en el acto, dejando sólo el esqueleto mondo y lirondo.

Montpalau partió para el África ecuatorial y, desembarcando en el continente, recorrió la selva, sorteando toda clase de peligros naturales así como las emboscadas que le tendían los nativos. En Luanda descubrió, por fin, a una gigantesca carnívora meciéndose con el suave viento del atardecer, la cual había devorado parte de la expedición de Mungo Park, pues sus esqueletos se hallaban sentados bajo la funesta copa del árbol en actitud de celebrar un banquete. Como los esqueletos llevaban puesta la ropa que habían utilizado en vida, Montpalau coligió, con fascinante precisión científica, que la carnívora sólo devora la carne de las víctimas, desdeñando los accesorios: ropas, calzado, armas, etcétera. Nuestro científico desarraigó la planta mágica mediante un ingenioso procedimiento, a saber: construyendo un tejadillo protector para sus hombres y amordazando el follaje con recios y grandes lienzos.



Antoni de Montpalau siguió la pista de las posibles variedades de la carnívora, trasladándose al continente americano, y allí, concretamente en

el Perú, encontró los restos de la expedición del capitán Alonso de Contreras que, en el filo del siglo XVII, se había perdido en la selva y no había regresado jamás, salvo el capitán. En realidad, fueron víctimas de la carnívora, pues sus esqueletos estaban ostensiblemente recostados en el tronco del árbol. La novedad que presentaba el ejemplar americano respecto al africano era su color rojo con fuerte pigmentación amarilla. También pudo estudiar el barcelonés las propiedades del agave, ya que pendiendo del cinturón de uno de los cadáveres se halló un manuscrito, más tarde atribuido a Francisco López de Gomara (erróneamente, desde luego), que decía lo siguiente:

Tiene hasta cuarenta hojas, cuya hechura parece de teja, que son anchas y acanaladas, gruesas al cimiento y fenecen en punta. Tienen uno como espinazo, gordo en la comba, y van adelgazando la halda. Hay tantos árboles de éstos, que son allá como acá las viñas. Plántanlo, echa espiga, flor y simiente. El tronco sirve de madera y la hoja de tejas. Hacen lumbre y muy buena ceniza para lejía. Córtanlo antes que mucho crezca. Y engorda mucho la cepa. Excávanla por de dentro, donde se recoge lo que llora y destila, y aquel licor es luego como arrope. Si lo cuecen algo es miel; si lo purifican es azúcar; si lo destemplan es vinagre, y si le echa la ocpatli es vino. De los cogollos y hojas tiernas hacen conserva. El zumo de las pencas asadas, caliente o exprimido sobre llaga o herida fresca, sana y encorece presto. El zumo de los cogollitos y raíces, revuelto con zumo de ajenjos de aquella tierra, guarece la picadura de víbora. De las hojas hacen papel, que corre por todas partes para medicinas y pintores. Hacen asimismo alpargatas, esteras, mantas de vestir, cinchas, jáquimas, cabestros y finalmente son cáñamo y se hilan.

Del continente americano pasó Antonio de Montpalau a Oceanía y comprobó que allí la carnívora era de una estatura más reducida, presentando una coloración azul celeste. Su perfume asimismo era distinto, y su vibración más melódica. Un detalle importante, captado inmediatamente por el naturalista, era que los pájaros se posaban confiadamente sobre las ramas del funesto árbol sin que les ocurriera nada en absoluto. De ahí la deducción de que la carnívora asiática y la oceánica tenían propensión al lirismo y a los valores espirituales de la Naturaleza.

Dio fin Montpalau a sus pesquisas y, regresando a la patria, determinó la existencia de tres clases básicas de la carnívora: africana, americana y asiática, haciendo regalo de diversos especímenes a los museos europeos. Luego redactó una comunicación a la Academia de Ciencias y publicó un libro titulado: La carnívora. Su alimentación y conservación según los altos principios de la Botánica.

Poco después de fallecer Montpalau, nuestro ilustre compatriota (testó en Barcelona el año 1870), y pese a las precauciones y vigilancia con que los museos tenían sujeta a la carnívora, con el tiempo ésta fue plantada clandestinamente en otros lugares. Así se sabe que, en el año 1898, lord Stanhope compró a un horticultor una selección de plantas y arbustos para su mansión de Surrey, ignorando que entre los mismos había un ejemplar de la carnívora. Transplantada ésta al jardín, lord Stanhope invitó al día siguiente al premier británico a tomar el té, colocándose la mesa precisamente bajo la carnívora. Cuando llegó el primer ministro y el mayordomo le hizo pasar al jardín, un espectáculo macabro se ofreció a sus ojos: el esqueleto de lord Stanhope aparecía sentado, con las piernas cruzadas, el cráneo cubierto por la chistera y llevando, entre los dedos, un humeante cigarro. La carnívora, satisfecha, ronroneaba como un gato en lo alto, mientras uno de los palafreneros, desde las cuadras, cantaba los versos de Burns:

My heart’s in the Highlands,
my heart is not here;
my heart’s in the Highlands,
a-chassing the deer...

Este suceso dio la señal de alarma, y los gobiernos dieron órdenes severísimas para suprimir la planta atroz. Siguiendo los itinerarios de Montpalau, se organizaron expediciones de exterminio que dinamitaron una multitud de carnívoras hasta suprimirlas casi por entero.

Desde entonces, subsiste una forma muy rudimentaria de esta planta, y sólo ataca a pequeños insectos y lombrices. Pero parece que la mosca es su bocado preferido, deglutiéndola con un espasmo voluptuoso y sorprendente.

EL SAUCE LLORÓN

Una frágil dama se pasea con un abanico. Lleva un extraordinario tocado y sus pasos resuenan, breves y rápidos, junto al sauce llorón: su rostro, de ojos oblicuos, aparece blanco de polvos de arroz. La dama se detiene ante un puente de plata. Bajo el puente serpentea un río celeste y lleva en sí un rumor de campanillas y suspiros, deseos y palabras, brisas y sonrisas. La dama ha desaparecido.

Ahora, el cielo está mojado. Despegándose de él, una bandada de patos salvajes vuela hacia el lento ocaso del sol. Un joven guerrero reprime el ansia de su corcel y, con la mano haciendo visera sobre los ojos, contempla el horizonte. De su espalda pende un hermoso carcaj. El aire es dulce junto al sauce llorón, y vuelan flores de naranjo, hierbas perfumadas, honores y proezas. El guerrero ha desaparecido.

Bajo una colina crece la flor de loto. Un hombre sabio se halla absorto en su meditación y el viento mueve suavemente su vestido. Todo o nada; y lo que se cierra, antes es preciso abrirlo. Piensa también este hombre que lo mejor para el pez es que permanezca en el fondo del agua. Todo está quieto. El agua. El sabio y el sauce llorón han desaparecido.

Este mundo, que parece arrancado de una página del Tao-Te-King, tan delicadamente extraño y oloroso, es el mundo de la sabiduría y la poesía chinas, pero también el del sauce llorón, árbol sagrado. Este árbol es en China el símbolo de la inmortalidad y de la eternidad, y así nos lo dice el Diccionario Imperial de Kuangh-hi. En las Memorias sobre las estaciones del King-tsu leemos que los campesinos, cuando se volvían hacia el sol para ofrecerle el sacrificio a la puerta de sus casas, colgaban antes que nada una rama de sauce llorón al lado de la puerta y disponían la comida, consistente en vino y carnes secas, en la dirección a que se inclinaba la rama. Siendo el sauce el emblema de la inmortalidad, no es extraño que se emplease en las ceremonias funerarias, cubriéndose el ataúd con ramas de este árbol. Según las Noticias de Ling-lung, los emperadores de la dinastía Tang se purificaban con un baño el día Changki y ofrecían a sus cortesanos unas ramas de sauce con las siguientes palabras: «Llevadlas, a fin de evitar las miasmas envenenadas y las pestilencias». Se le atribuían también otras propiedades maravillosas.



En Roma, el sauce llorón estaba dedicado a Juno y era considerado un remedio potentísimo contra las hemorragias y los abortos. Cuando Jasón fue a la conquista del vellocino de oro atravesó la pradera de Circe y halló un bosque de sauces coronados de cadáveres. Los botánicos han llamado al sauce llorón Salix babylonica, en razón de su prosapia hebrea, como así lo atestigua el Super flumina Babylonis.

Cuando presos pasamos
los ríos de Babilonia sollozando,
un rato nos sentamos
a descansar llorando,
de ti, dulce Sión, rememorando.
Allí de descontentos
colgamos de los sauces levantados
los dulces instrumentos
que en Sión acordados
solían tañer a Dios salmos sagrados.

Es fama que el sauce llorón ocultó a la Sagrada Familia cuando ésta huía de la persecución de Herodes. Otra versión afirma que el sauce llorón dejó caer sus ramas justo en el momento de la flagelación de Jesús.

El autor del Malleus Maleficarum dice que en Suabia se practica un conjuro el día 1 de mayo: acuden las muchachas al bosque, antes de salir el sol, para recoger ramos de sauce y, cantando en círculo, lo cuelgan en los establos, creyendo que por todo un año quedarán las caballerías preservadas de maleficios. En un viejo tratado que hallé en mi casa de Albinyana,

titulado El tesoro de las maravillas secretas, hay transcrito un «secreto de la jarretera, o ligas para los viajeros», que reza así:

Recogerá un poco de hojas de sauce en el tiempo que el sol hace su entrada en el primer grado del signo de Capricornio; las dejará secar un poco en la sombra; y, habiendo hecho jarreteras o ligas con la piel de una liebre joven, es decir, habiendo cortado la piel de una liebre en correas, de dos pulgadas de ancho, hará un redoble, en el que coserá dichas hojas, cuyas ligas pondrá en las piernas; no habrá caballo que pueda seguir mucho tiempo a un hombre de a pie que sea provisto de semejantes ligas. Si se hace mear (con perdón) encima de sus piernas a una joven muchacha virgen antes de salir el sol, no solamente será aliviado del cansancio del día anterior, sino que también hará este mismo día mucho más camino que de ordinario sin cansarse.

Añade el autor de este libro que sabe, por haberlo leído en un «escrito viejo de letras góticas», que hay otras muchas formas de hacer ligas mágicas; por ejemplo, con piel de lobo adolescente y escribiendo con sangre: «Abumalith Cadas ambulabit in fortutudine cibi illius».

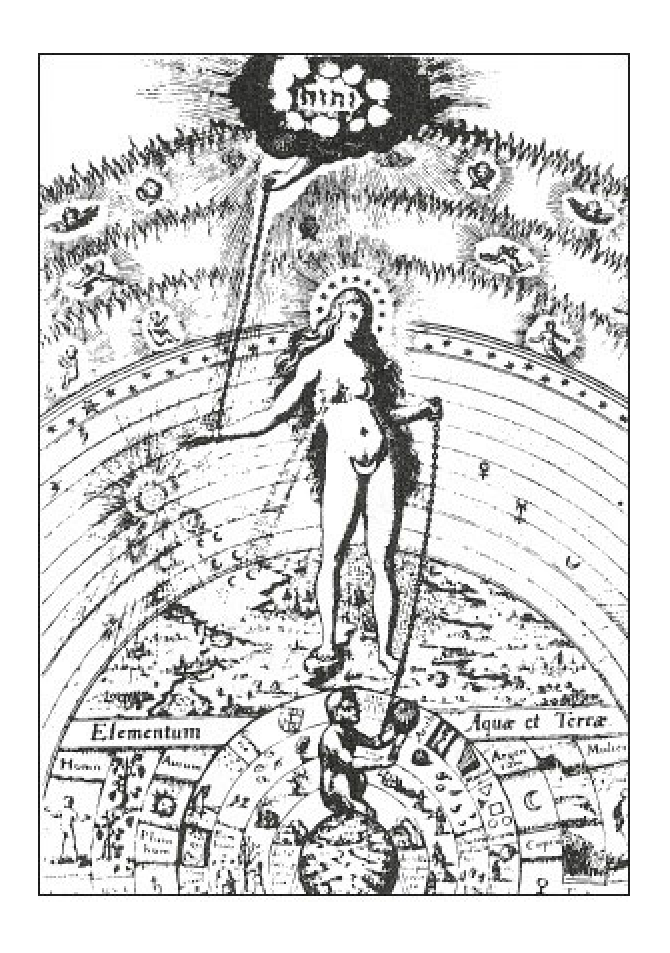
Sin embargo, el sauce llorón es un árbol romántico y, aunque Shakespeare haya dedicado, por boca de Desdémona, delicados elogios al sauce, siempre lo asociaremos al romanticismo francés, que es el más evanescente y desmayado. Modernamente, han escrito sobre los sauces Henry James, en su novela de fantasmas, y Sheridan Le Fanu, especialista en vampiros, que hace decapitar a la bella y diabólica condesa de Karnstein junto a las tumbas y al pie de un sauce llorón.



LA ZAPADORA

La zapadora es una planta muy desarrollada, de color ceniciento, que aclimató en Polonia Stanislas Leczinski, el rey que, más tarde, fue duque de Lorena en Nancy. La hizo traer del Afganistán formando parte de un cargamento de especias y perfumes de Oriente. Esta planta muy pronto se reveló como una voraz lectora de manuscritos e infolios, y complacíase escribiendo epístolas morales y tratados de retórica en la penumbra de las bibliotecas de los grandes conventos. Atenta observadora de la vida de las comunidades religiosas, escribió el célebre alegato De Represione, en el que, por vez primera, se ponía de manifiesto una abominable forma de represión sexual, fomentadora de la ignorancia. Desde luego, el tratado fue quemado públicamente por la Inquisición con harto dolor de la zapadora, que, desde entonces, proclamó en sus epístolas morales que su doctrina era tergiversada en la recta interpretación de las palabras y sólo sería comprendida en el futuro. En aquella ocasión, la sapientísima planta zapó tres kilómetros de Varsovia, hundiendo dos barrios enteros y agrietando la fachada del bello palacio real.

Este hecho determinó su nombre de zapadora y reveló una de sus características fundamentales, pues lo cierto era que, así que esta planta se sentía hostigada o contrariada o simplemente contradicha, se hundía bajo tierra y abría largas galerías que provocaban socavones sin cuento y también temblores parecidos a inesperados terremotos. Era muy sensible y tímida, y cualquier cosa podía ofenderla y provocar la zapa, cosa que se quería evitar a toda costa. Por ello, puede decirse que, desde que se ha tenido conocimiento de ella, ha sido una planta mimada por toda clase de bibliotecarios y abades, los cuales han puesto a disposición de la zapadora incluso lo que se llama el «infierno» de las bibliotecas. Gracias a estas decisiones, y siendo la zapadora copista infatigable, hoy nos es dable leer, aunque sea bajo mano, obras como Las noches de Gamiani, Fanny Hill y la más reciente Histoire d’O.



No se sabe por qué razones la zapadora se propagó por Italia, pero nos ha dejado bellísimas descripciones de sus monumentos artísticos y literarios, en forma de cartas dirigidas a un hermano imaginario. Estas cartas fueron publicadas en 1785 por Antonio de Sancha, atribuyéndolas a nuestro compatriota, el jesuita expulso Juan Andrés, famoso autor del Origen, progreso y estado actual de toda la literatura, obra que escribió en italiano y cuya edición española está dedicada al primer secretario de Estado y despacho de S. M. Don Joseph Moñino, conde de Floridablanca, a la sazón bajo la terrible influencia del célebre brujo Belarmino de Arriaza.



La zapadora conoció bien a los eruditos españoles del XVIII establecidos en Italia, y en los cinco tomos de las Cartas nos da noticias de Gallissá, Pla, Conca, Larraz, Aymerich, Requena, Montagón, «cuyo Eusebio se está ahora imprimiendo ahí», Campcerver, Gustá, etcétera. De Roma dice con gran soltura estilística que «paré en casa de Eiximeno, bien conocido aquí y ahí. Traté también mucho con Masdeu, amigo desde Gandía; pasaba éste todas las mañanas en la biblioteca de los Padres Dominicos, y vivía el resto del día muy metido en su obra, que se publica ahí en castellano, traducida por Arana, antes que se imprima aquí el original italiano. En la biblioteca del Colegio Romano concurrí algunas veces con Diosdado, que estaba haciendo varias correcciones y adiciones a don Nicolás Antonio. Traté también bastante con tres hermanos Julianes de Cataluña, que pasaron después a Santa Fe, y que ahora cada uno está trabajando su obra. Más frecuentemente trataba con don Tomás Belón, que estuvo en el Perú con varios otros. Conocí entonces a Hervás, el autor de la obra de la Idea del Universo, del que ha impreso ya 17 o 18 tomos, y todavía le quedan varios que imprimir; reside éste en Sesena, pero entonces se hallaba en Roma confiriendo, singularmente con los de Propaganda,

acerca de las lenguas sobre que versan los tomos que ahore imprime. En Roma está por ministro el señor don Josef Nicolás de Azara, y es respetado no sólo por su carácter, sino por su talento, saber y gusto. Yo no pude ver su galería, porque entonces se estaban preparando las estancias para ella; pero oí celebrar varias antigüedades y cuadros suyos, particularmente los de Mengs, Murillo y Velázquez. Tampoco estaba en orden su biblioteca, pero sólo una vez, que lo hallé colocando en ella sus libros, vi varios clásicos griegos y latinos de las mejores ediciones, algunos raros y todos bien conservados, y pude formar juicio de que realmente será una selecta librería».

Tras estas noticias, que tan eruditamente ha aprovechado en nuestros días el padre Batllori (del cual, sea dicho de paso, esperamos impacientes la edición de las cartas del papa Borja), la zapadora se trasladó a América del Norte, en el territorio que hoy es Estados Unidos, y se afincó en Boston y, más tarde, en San Francisco, ciudad que destruyó, zapándola el 18 de abril de 1906, después de una controversia que tuvo con el escritor Henry James, que la acusaba de atribuirse la paternidad de Las aventuras de Arthur Gordon Pym, obra evidentemente de Edgar Allan Poe.

El más profundo misterio vela la naturaleza de la zapadora. Parece ser que su coriáceo follaje está dotado de un movimiento de rotación que le permite perforar la tierra rápidamente, alimentándose sólo de la polilla de los libros. Modernas investigaciones afirman que muchos de los socavones que se producen en las grandes ciudades son debidos a momentos de mal humor de la zapadora. Estos boquetes suelen tragarse incluso a pintarrajeados autobuses, grandes y sólidos como fortalezas.

LA MANDRÁGORA, I

Maquiavelo escribió La mandrágora, y muchos han supuesto que este astuto escritor del Renacimiento no sólo conocía las propiedades nefastas de esta planta, sino que las utilizaba en contra de sus enemigos, que eran muchos. Lo horrible de la mandrágora empieza con su imagen, pues las raíces de la misma semejan propiamente a un hombre desnudo, a una especie de homúnculo, y de ahí el nombre antiguo de «antropomorfon» y de «semihomo» con que también se la conocía. Sus propiedades son mágicas y eróticas, y han dado lugar a numerosas interpretaciones folklóricas,

especialmente italianas, como la que se da en una canción piamontesa, que empieza:

Canta il gallo,
risponde la gallina,
madonna Donesina
si mette alla finestra
con mandrágora in testa,
etcétera.

Otra versión nos cuenta tristemente la pasión amorosa de Rosina, que murió por amor a causa de un brebaje de mandrágora con azucarillos y aguardiente. La canción termina diciendo:

Egli è il fior de la Rosina
che l'è morta per amor.

El nombre de mandrágora deriva del griego: «mandras» (establo) y «agrauros» (dañoso), esto es, dañoso a los establos. Circe y otras hechiceras la empleaban muy a menudo para sus artes secretas y non sanctas. Existen dos especies de mandrágoras: la hembra y el macho (Mandragora officinarum y Mandragora vernalis) y, según afirma Plinio, la primera era negra y la segunda, blanca. Los antiguos atribuían maravillosas virtudes, aparte de las diabólicas, a la Panax quinquefolium –otro nombre de la mandrágora–; por ejemplo, hacer fecundas a las mujeres estériles. Los judíos la llamaban «Jabora». Las más prodigiosas de estas raíces eran, según Collin de Plancy, las que habían sido regadas con la orina de un ahorcado, pero no se podían arrancar sin morir. Para evitar este peligro había que obrar con mucha precaución y trazar tres círculos a su alrededor con la punta de una espada. También había otros procedimientos: se ahondaba la tierra en torno a la raíz, se ataba el extremo de una cuerda de cáñamo en ella y el otro extremo al cuello de un perro negro, al cual propinaban unos buenos latigazos para que, al huir, arrancara la raíz de mandrágora. El autor del Diccionario infernal dice que el pobre bicho moría en esta operación; «mientras tanto, el dichoso mortal que poseía esta raíz era dueño de un poderoso talismán, un tesoro inestimable, puesto que con ella lo conseguía todo».



La mandrágora es un poderoso condensador de fuerzas astrales y los brujos chinos emplean esta planta, llamada por ellos «Ging-Seng», para producir la locura o causar terribles sufrimientos. Asimismo, se utiliza en la composición del ungüento de los brujos para asistir al aquelarre. H. P. Blavatsky, en su Glosario teosófico, afirma que en ocultismo es utilizada la mandrágora por los magos negros para varios fines malvados, y algunos «ocultistas de la mano izquierda» hacen homúnculos con ella. Según creencia popular, lanza gritos cuando se la arranca de la tierra. Blavatsky dice que sus raíces no tienen aparentemente tallo, y de su cabeza brotan grandes hojas, como una gigantesca mata de cabello. Presentan alguna semejanza con el hombre cuando se encuentran en España, Italia, Asia Menor o Siria; pero en la isla de Candía y en Caramania, cerca de la ciudad de Adán, tienen forma humana que asombra y son sumamente apreciadas como amuletos.



Según Mynauld, con la mandrágora no sólo se hace el ungüento que usan los brujos para ir al aquelarre volando con una escoba, sino también el que los transforma en animales y poder así correr por los campos. En su composición entran también partes del cuerpo de un sapo, de una serpiente, de un erizo y sangre humana. El consejero d'Eckartshausen, que vivió a finales del siglo XVIII, da la siguiente fórmula para provocar apariciones: cicuta, beleño, azafrán, áloes, apio, mandrágoras, adormidera, asafétida y perejil, todas estas plantas secas y quemadas.

En cuanto a las propiedades eróticas de la mandrágora, copiamos a continuación de un viejo grimorio lo siguiente, referido al arte de seducir:

Manténgase castamente bebiendo licor de mandrágora a lo menos cinco o seis días, y el séptimo, que será viernes, si puede ser, coma y beba alimentos naturalmente calurosos que le exciten al amor, y cuando se sentirá en este estado procure tener una conversación familiar con el objeto de su pasión, y hágala de modo que pueda mirarlo fijamente por el espacio de un Avemaría; pues encontrándose los rayos visuales mutuamente, serán tan poderosos vehículos del amor que penetrarán hasta el corazón, y la más grande presunción y la más grande insensibilidad no les podrán resistir. Es bastante difícil persuadir a una doncella honesta y que tiene pudor de mirar fijamente a un hombre joven durante algún espacio de tiempo, pero se puede obligar a ello diciéndole, chanceando, que se ha descubierto un secreto de adivinar por los ojos si debe casarse dentro de poco, si se vivirá mucho tiempo, si se estará feliz en su matrimonio o alguna otra cosa semejante que lisonjee la curiosidad de la persona y que la determine a mirar fijamente.

La verdad es que esta fórmula está un poco pasada de moda en lo que se refiere al pudor femenino y a la oposición de mirar a los ojos. Nada tiene de particular que hoy una joven mire fijamente a los ojos sin importarle un comino nada, ni que sean las funestas y eróticas consecuencias del licor rebajado de mandrágora.

LA MANDRÁGORA, II

Cuando el coronel Atkinsons, en una brumosa noche londinense de 1870, abrió la puerta de la biblioteca de su mansión, algo debió sorprenderle, pues se detuvo receloso por unos momentos. El coronel, antes de estar en la reserva, había servido en la India, especializándose en los procesos de brujería, y su oído se hallaba acostumbrado a ciertos ruidos y rumores. La verdad es que el ataque fue muy rápido, seguramente después de dejar el quinqué sobre la mesa del despacho, y el coronel dio unos gritos espeluznantes, cada vez más débiles y ahogados. Acudieron precipitadamente Cudworth, el mayordomo, y George, sobrino del coronel, con quien éste había estado jugando una partida de ajedrez después de la cena. El espectáculo que presenciaron los dejó inmovilizados. El coronel yacía en el suelo con la cabeza medio oculta por un extraño follaje que se agitaba pausadamente en torno a su garganta. En realidad, era como una enorme raíz apelotonada que, después de abandonar el cuerpo de su víctima, rodó oscuramente por los rincones y saltó por el gran ventanal que daba al parque. Días después, el jardinero declaró a la policía que una planta desconocida, regalada al coronel por un príncipe hindú, había desaparecido misteriosamente después de los hechos.

La relación de este suceso causó gran estupor a los lectores del Times, y Stanislas de Guaita, el gran ocultista, lo atribuyó a la mandrágora, declarando que el mundo animal y el mundo vegetal son más inseparables aún en la magia que en la Naturaleza. ¿No era natural suponer desde un principio que el primero ha nacido del segundo, que lo nutre? Con el auxilio de la analogía y de la metáfora, todo ser vegetante se ha encontrado dotado de vida; todo ser animado ha recibido una forma y caracteres vegetales. Es más: los aryas de la edad védica conocían la potencia de las raíces. El empleo de éstas daba lugar a las prácticas de un arte mágico llamado «mulakarman» (obra de las raíces); el «mulakrit» era el personaje versado en la ciencia de las raíces. El Athar Veda atribuye este arte y el poder que resulta del mismo a un genio malo llamado Muladeva o dios de las raíces. En el Ramayana’, el Rakshasa, el monstruo, recibe el nombre de «mulavat». De todo ello resulta la existencia de un ser artificial derivado de la mandrágora. Comúnmente, los magos admiten cuatro clases de seres artificiales: los teraphim, los golem, los androides y los homúnculos. Los primeros son pequeños ídolos automáticos, que hablan en determinadas ocasiones, como los que entre nosotros construye el mago y escultor Aulestia; los segundos (hoy popularizados por el cine) son estatuas de

barro, animadas por una inscripción secreta grabada en la frente, cuyo único inconveniente radica en su descomunal y rápido crecimiento, el cual embaraza al mago y lo perturba, pues no sabe dónde meterlo; los androides, a semejanza de los teraphim, son construcciones mecánicas, tal los que poseían Roger Bacon y Alberto Magno, siendo el de este último destruido por santo Tomás de Aquino en un rapto de religioso furor. El homúnculo, por último, es un ser creado no por medios mecánicos, sino por medios enteramente fisiológicos. Pues bien, a estos seres hay que añadir el hombre-raíz de la mandrágora. Han hablado modernamente de este ser, entre otros, Papus y Eliphas Lévi (cuya identidad era, para ser más exactos, la del abbé Alphonse-Louis Constant), y Paracelso, manifestada esplendorosamente en su Libro de los Silfos y otros seres. A tenor de ella, diremos que la mandrágora, una vez arrancada del suelo con la técnica especialísima que en el anterior capítulo expusimos a nuestros lectores, debe ser trasplantada muy ligeramente en «tierra roja», expuesta a los rayos del sol y cotidianamente regada con la sangre de un animal consagrado a Saturno. A partir de este instante, el mago no debe abandonar jamás a la mandrágora, y verá cómo, poco a poco, suspirará y respirará débilmente, aumentando de tamaño y desarrollando su cuerpo. Previamente habrá trazado un círculo mágico en la «tierra roja» para protegerse y quemará perfumes secretos. Al cabo de una semana, la mandrágora tendrá ya completa forma humana y su desarrollo durará cuarenta días, al final de los cuales el pequeño ser se arrancará por sí mismo de la tierra, dotado de fuerza, palabra y razón.

Sin embargo, hay casos en que, por distracción o descuido del mago, un elemental puede introducirse en el cuerpo de la mandrágora en su proceso de crecimiento. Gustave Le Rouge dice que esto es muy peligroso, no sólo para el mago, sino para la sociedad entera. Si no se muestra muy enérgico y, sobre todo, si no ha descubierto, desde el primer momento, «quel genre d’être il a évoqué, il sera victime de l’elemental qui lui est propre». Charles Nodier, que había sido iniciado en el ocultismo y realizado profundos estudios sobre Saint-Martin, Cazotte, Swedenborg, Fabre d’Olivet, etcétera, nos dejó escritos, a propósito de esta terrible situación, los siguientes fatídicos versos:

C’est moi, c’est moi, c’est moi!
Je suis la Mandragore,
la fille des beaux jours qui s’éveille à l’aurore

et qui chance pour toi.

Todo esto es muy desagradable. A pesar de la aurora y de los cantos que salen en estos versos intuimos una risa convulsionada y abominable que arrastra tras de sí la mandrágora. Como en el caso del coronel Atkinsons, mejor será dejarla que salga por los ventanales al aire limpio y fresco de la noche.

EL GHOLÓ

Nunca se hubiese sospechado que los gases producidos por los motores de los automóviles dieran origen al gholó, a no ser por su última víctima, que llevaba una pierna ortopédica. Ello fue el origen de la revelación, y todo comenzó cuando el diputado conservador Malcom Baldwin, que se disponía a cenar en casa de unos amigos, fue a buscar su coche al garaje donde solía cerrarlo, muy cerca de su domicilio, en Randall Street. Excepto el vigilante nocturno, no había nadie en el local, y Malcom se dirigió a su reluciente Bentley, que dormía silenciosamente en un rincón oscuro. Algo se removió cerca del tubo de escape, pero Malcom no prestó atención y se sentó al volante. Cuando puso en marcha el motor, unas vivacísimas y largas cintas de materia transparente surgieron de la oscuridad, arrastrándose por el suelo, y se deslizaron por la ventanilla al asiento posterior, apelotonándose como un ovillo gelatinoso. Malcom, que no se había dado cuenta de nada, hizo avanzar el coche lentamente y, antes de salir a la calle, saludó al empleado de guardia que se hallaba junto a la puerta.

Malcom fue atacado a eso de las ocho, justo después de aparcar en un solitario callejón que desembocaba en Cromwell Square, y en cuya esquina vivían sus amigos. Había atravesado sin novedad las calles comerciales, atascadas por el tráfico y parpadeantes de anuncios luminosos, meditando acerca de su próxima intervención en la Cámara. Cerró con la llave el contacto y se disponía a encender un cigarrillo, cuando sintió su cuello apresado por una fuerza fría y viscosa. Se debatió inútilmente, y fue como una mordaza que le subía por la boca. Notó angustiosamente que le moldeaban el rostro, y el contacto con aquello era repugnante y nauseabundo. Luego perdió el conocimiento.

Al principio nadie notó nada raro en Malcom, si bien un dermatólogo experto hubiese afirmado que su piel no era normal, por lo menos que no era normal desde un punto de vista médico o simplemente humano. Lo cierto es que Malcom adoptó una actitud en franca contradicción con sus ideas anteriores y se vio mezclado en los escándalos frívolos del tristemente célebre doctor Ward y sus chicas modelos. Luego hizo unos discursos que no gustaron en absoluto a sus correligionarios tories y, finalmente, vino la acusación de malversación de fondos públicos. Entonces Malcom se suicidó con una sobredosis de Nembutal, ingresando moribundo en una clínica. Momentos después de fallecer, la enfermera que le atendía chilló aterrorizada. Cuando los médicos entraron en la habitación, vieron como del cadáver se desprendía rápidamente una fina película, brillante y translúcida, que se dividía en largas cintas reptantes. Luego, éstas, no hallando sitio donde ocultarse, se disolvieron en el aire, dejando tras sí un olor de almendras amargas.

Este extraño caso fue encargado al inspector Corridan, de Scotland Yard, el cual estableció su similitud con otros casos parecidos: el de O'Malley, agente de ventas; el de Jim Cole, fontanero; el de Madge Kennie, gogo-girl del Club Azur; el de John Littlejohns, importante y conocido hombre de negocios, y el de Frankie Lonney, cantante y grabador de discos de folk. Todos ellos habían fallecido violentamente o se habían suicidado, dándose la extraña circunstancia de que el cambio de su comportamiento en la vida, muy notorio, les venía al salir de un garaje. Esto hizo pensar mucho al inspector Corridan.

Tras largas noches en vela, buscando una pista de los misteriosos acontecimientos, Corridan se puso en contacto con el doctor Shelton, eminente hombre de ciencia que estaba realizando investigaciones sobre los carburantes. Éste le redactó un informe en el que se decía que «bajo la influencia de un agente de oxidación, como el ácido nítrico concentrado fumante, o una mezcla del mismo ácido ordinario con la mitad de su volumen del sulfúrico concentrado, la bencina se transforma en nitrobencina o nitrobenzol, líquido amarillo de ámbar, casi indisoluble en agua, soluble en alcohol y éter, de sabor azucarado, cuya densidad está representada por 1,209 y que destila a 213º». También se le ha llamado «aceite o esencia de mirbano» y «aceite o esencia artificial de –almendras amargas–», porque, efectivamente, tiene olor muy pronunciado de dicha esencia, y aún la reemplaza muchas veces en las perfumerías para

aromatizar jabones, pomadas, etcétera, pudiendo provocar extraños gérmenes desconocidos. Dicha nitrobencina, que al parecer posee acción tóxica (Casper, Réveil), se ha usado con éxito como desinfectante (Réveil) y en fricciones, bajo la forma de glicerolato, para la sarna (Van den Corput).



Sabido esto, Corridan se orientó hacia los garajes y vigiló estrechamente a un sarnoso lavacoches vietnamita que llevaba una pierna ortopédica y cuya naturaleza melancólica y desvaída se había trocado en jacarandosa y alocada. Corridan quedó muy impresionado cuando el vietnamita, no sabiendo español ni apenas inglés, cantó flamenco andaluz mientras escurría su badana:

San Bartolomé se levantó,
pies y manos se lavó,
por el camino, caminó,
con el Señor se encontró
y estas palabras le habló:
–¿Dónde vas, Bartolomé?
–En busca de Ti, Señor.
–Vuélvete, Bartolomé,
que yo te daré tal don
que en la casa que tú entres
no caiga piedra ni rayo,
ni muera mujer en parto,
ni criatura de espanto.

Un día avisaron a Corridan de que el vietnamita se había arrojado al suelo desde lo alto del Big Ben. Acudió el inspector inmediatamente al hospital, en compañía del doctor Shelton, y presenciaron, como sospechaban, el horrible fenómeno. Sin embargo, la monstruosa materia, en su afán de huida, ocultose atolondradamente en el hueco de la pierna ortopédica, que se hallaba a los pies del lecho, lo que permitió esta vez capturarla con toda clase de precauciones y meterla dentro de una campana de cristal. Esto brindó al doctor Shelton la oportunidad de estudiarla, clasificándola como vegetal creado por la condensación de los gases de los tubos de escape, singularmente en los rincones de los garajes, y con tendencia a convertirse en parásito del hombre, a quien suplanta anulando su voluntad. El doctor Shelton llamó «gholó» a este terrorífico vegetal, sin duda inspirándose en fantásticas leyendas orientales.

De momento, no se sabe gran cosa más sobre los gholós. Parece que los gatos se han convertido –después de un comprensible miedo inicial– en sus encarnizados enemigos, por lo que se recomienda tener gatos en los garajes. También es aconsejable dejar los coches al aire libre. No sabemos nada más. Sin embargo, es seguro que la ciencia dirá algún día su última palabra.

LAS PLANTAS MÁGICAS DE BARCELONA

A finales de siglo existían en la ciudad de Barcelona muchas plantas mágicas cuyo uso, hoy, lamentablemente, se ha perdido. Da testimonio singular de ello el libro La brujería en Barcelona, y su autor, que se ocultaba tras el pseudónimo de fray Gerundio, sin duda por temor a las represalias asimismo ocultas, buscó y rebuscó por todas partes (incluso en los barrios extremos: Gracia, Sant Martí, Poble Nou, Sants, etcétera) las trazas de la magia, no sin cierto peligro personal evidente algunas veces. No sabemos quién fuera, en realidad, fray Gerundio, pero admiramos su valentía y su tesón en el esclarecimiento de unas artes a las que no conviene la publicidad en ningún modo, a no ser que se proceda con espíritu científico.

En el mencionado libro se contiene relación de las plantas mágicas barcelonesas y sus recetas, añadiendo el autor de La brujería en Barcelona que «varias de estas recetas han pasado de la tradición popular a la letra impresa, como hemos podido comprobar; pero es indudable que el vulgo

supersticioso fue su confeccionador anónimo». Nosotros hemos sistematizado un poco esta cuestión, y damos la relación de las plantas por su orden alfabético:

Beleño: Toma esta yerba y júntala con rejalgar y hermodachilos, y enseguida dala a comer junto con algo a un perro rabioso, y morirá al momento. Si echas jugo de esta planta en una taza de plata, la taza se romperá en mil pedazos. Si mezclas dicha yerba con sangre de una liebre chica y la guardas junto con su piel, todas las liebres de alrededor se reunirán en el sitio donde la hayas puesto, hasta que la saques de allí.

Celedonia: Si la llevas encima con el corazón de un topo, serás superior a todos y saldrás victorioso de toda clase de negocios y procesos. Si la pones encima, en la forma dicha sobre la cabeza de un enfermo, si debe morirse cantará en alta voz, y si debe restablecerse, verterá abundante llanto.

Centáurea: Si mezclas esta yerba con sangre de abubilla hembra y la echas en una lámpara de aceite, los que se hallen en la estancia se verán con los pies en el aire y la cabeza en el suelo. Si se echa un puñado de esta yerba en el fuego cuando las estrellas brillan, parecerá que corren unas tras otras y que se tropiezan; y si se aplica a la nariz de alguien, éste huirá y correrá con todas sus fuerzas durante un cuarto de hora.

Cinoglosa: Pon esta yerba en el sitio que quieras, con el corazón y el vientre de una rana chica, y todos los perros de las cercanías se congregarán al momento. Si la llevas bajo el pulgar del pie, impedirás ladrar a los perros. Si la cuelgas del cuello de un perro, éste empezará a dar vueltas hasta caer en síncope, y poco después se levantará.

Girasol: Si se coge en el mes de agosto, mientras el sol está en Leo, y envuelta en una hoja de laurel con un diente de lobo se lleva encima, nadie podrá hablar mal, ni perjudicar al que la lleve; antes al contrario, dirá de él todo el bien que pueda. Puesta debajo de la almohada durante la noche, verá y conocerá a los que intentaban robarle. Y si de esta misma manera se coloca esta hierba donde hubiera mujeres que hayan faltado a sus maridos, no podrán salir de allí, si no se saca la yerba de aquel sitio.

Lengua de víbora: Enterrando dicha yerba con una hoja de trébol, se formarán sierpecillas rojas y verdes, las cuales reducidas a polvo y

echadas en una lámpara encendida harán ver toda la estancia llena de serpientes; y poniendo dicho polvo debajo de la almohada, el que esté acostado no podrá dormir de ningún modo.

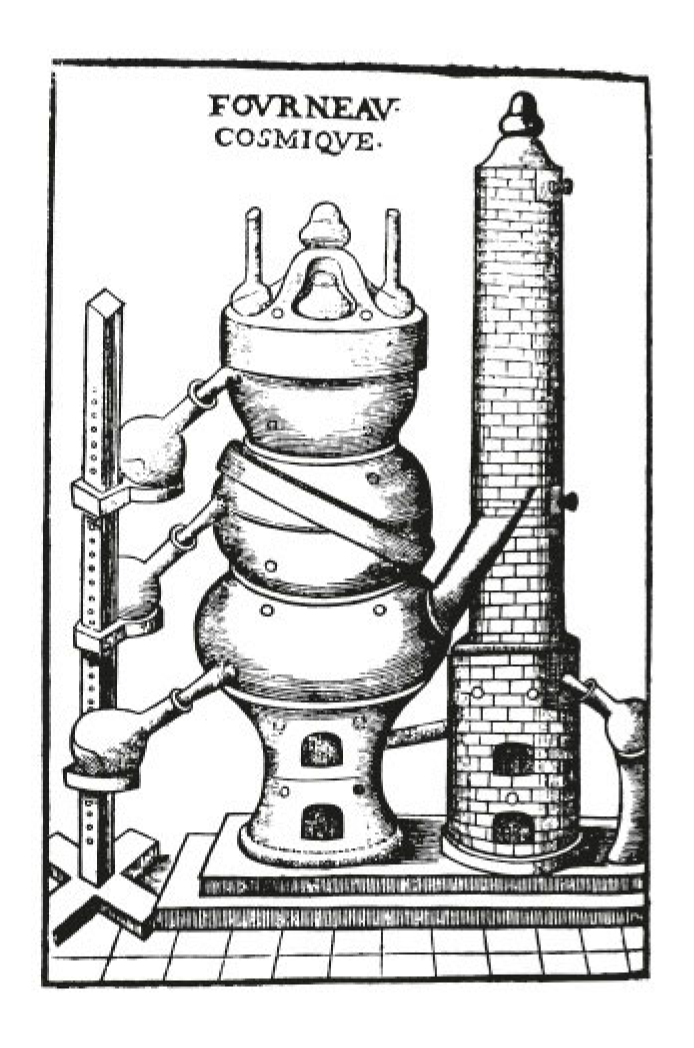
Lirio: Si machacas esta yerba mientras el sol está en Leo y la mezclas con jugo de laurel y enseguida la pones durante algún tiempo debajo del estiércol, se engendrarán gusanos, los cuales, reducidos a polvo y colocados alrededor del cuello o en los vestidos de alguien, le impedirán dormir mientras lleve dichos polvos. Si frotas a alguien con estos gusanos, al momento se verá atacado de fiebre. Si colocas dicha composición en algún vaso donde haya leche de vaca, y enseguida lo cubres con una piel de vaca, todas las vacas de la cercanía perderán su leche.

Melisa: Machacando esta yerba verde y mezclándola con jugo de ciprés de un año, y echando la mezcla en potaje o caldo, parecerá estar lleno de gusanos. Quien la lleve encima será de carácter dulce, afable y superior a sus enemigos. Si se ata un puñado de esta yerba a la cola de un buey, este seguirá a quien se lo ató, y, si se humedece en su zumo mezclado con un poco de sudor de un hombre rojo una correa, ésta se romperá al momento por la mitad.

Muérdago de encina: Crece en los árboles hendidos, y junto con otra yerba llamada Sylpium, abre toda especie de cerradura. Si la suspenden de un árbol con una ala de golondrina, todas las aves de dos leguas y media en contorno se congregarán allí.

Nepta: Si mezclas esta yerba con una piedra que se encuentra en los nidos de las abubillas y con ella frotas el vientre de una bestia, tiene la virtud de hacerla preñada. Si metes una cantidad de ella en la nariz de algún animal, éste caerá en síncope y volverá en sí algún tiempo después; o bien, si frotas con ella el lugar donde permanecen las abejas, no saldrán de allí; si las abejas están ahogadas o casi muertas, basta meterlas en esta composición para que recobren la vida antes de una hora. Lo mismo sucederá con las moscas muertas.

Ortiga: Quien lleve en la mano esta yerba junto con «ciento en rama» no tendrá miedo. Si la mezcla con jugo de «lengua de víbora», y después de haberse frotado con ella las manos se echa el resto en el agua, se tomarán fácilmente con la mano todos los peces que en el agua se encuentren. Si se retira la mano del agua, los peces volverán a los sitios en que antes estaban.



Salvia: Esta yerba dejada corromper dentro de un frasco debajo de estiércol forma cierto gusano o un pájaro que tiene cola de mirlo; si con su sangre se frota el estómago de un perro, perderá el sentido durante media hora. Si se queman estos gusanos y se echan sus cenizas al fuego, se oirá una horrible detonación, y si se echa su ceniza en una lámpara parecerá que toda la estancia está llena de serpientes.

Verbena: Cogida cuando el sol está en Aries y mezclada con granos de peonía de un año, alivia y fortalece a los viejos decrépitos. Si se la pone en tierra grasa durante siete semanas, produce unos gusanos que si se tocan hacen correr. Si se pone una cantidad de dicha yerba en un palomar, todos los palomos de alrededor acudirán. Si se echan unos polvos de esta mezcla en una reunión o entre dos amantes, al poco rato se originará entre ellos una discusión.

Yerba doncella: Reducida a polvo, con gusanos de tierra, da amor a los hombres que la comen mezclada en sus viandas. Y, si se echa este compuesto, con un poco de azufre, en un estanque, todos los peces morirán. Si lo das a comer a un lobo, reventará incontinenti por la mitad.

LA TRIUNFALINA

La victorina, llamada también «la triunfalina», es una planta muy rara y en la actualidad sólo se la encuentra prensada entre las páginas de los libros que son propiedad de los moralistas. Parece que es de color azul celeste con ribetes amarillos en los bordes. Se la ha catalogado como una planta literaria decididamente «de derechas», y su pensamiento reaccionario, aunque cáustico, ha inspirado muchas obras, entre ellas, las Soirées de Saint-Pétersbourg, de Joseph de Maistre. Bajo su dictado, Cánovas del Castillo escribió aquello de que «bien mirado, el socialismo procede, todavía más que del hambre que postra, de la envidia que excita y encoleriza».

Sus hojas se abren a la suave luz del atardecer, y su perfume provoca alucinaciones psicodélicas de carácter retrógrado. Sin embargo, su campo de acción es la moral, por la que siente una infinita afición. Ha desaparecido en la actualidad, o por lo menos se desconoce su existencia, asegurándose de que el presente relajamiento de costumbres no es propicio a las manifestaciones de la victorina o la triunfalina.

Como muestra de su talento, daremos a conocer su Catecismo para las muchachas, publicado en El secretario de los amantes el año 1842, y hoy inhallable. Es seguro que esta pieza literaria influyó grandemente en don Severo Catalina en su obra sobre la mujer.

Catecismo para las muchachas

P.– ¿Qué es lo más necesario para las muchachas?
R.– El matrimonio
P.– ¿A que edad deberán casarse?
R.– Eso depende de su mayor o menor belleza.
P.– ¿A qué edad se deberán casar las más bellas?
R.– Por lo regular se las casa a los dieciséis o dieciocho años.

P.– ¿Y por qué a esa edad?

R.– Para que no peligre por más tiempo su honor.

P.– ¿A qué edad se debe casar a las que son menos hermosas?

R.– En el momento que algún joven pide su mano, para no dejar perder la ocasión.

P.– Cuando una muchacha no tiene ningún amante, ¿qué debe hacer para tenerlo?

R.– Para esto tiene a mano muchos medios.

P.– ¿Cuáles son éstos?

R.– 1.º Debe ser discreta y modesta; 2.º Ser buena para llevar el tren de la casa y aficionada al trabajo; 3.º Ser aseada en sus vestidos y en sus muebles; 4.º Vestir con la decencia que permita su estado, porque el lujo retrae a los amantes.

P.– Cuando una joven tiene un amante a su gusto, ¿qué es lo que debe hacer para no perderlo?

R.– Debe quererlo con un amor puro, evitar con él palabras atrevidas y poco respetuosas, guardarse de escuchar conversaciones deshonestas; estar siempre alegre en su presencia y no causarle celos acogiendo con demasiado agrado a los demás.

P.– ¿Cómo debe comportarse una muchacha con su amante y con la compañía cuando va a paseo?

R.– Debe, primero, tener el permiso de su padre o de su madre o de sus superiores y decir que es para ir a tal o tal parte, comportándose con mucha modestia con los que la acompañen.



P.– Si se come y sólo hay un joven con muchas muchachas, ¿qué deben éstas hacer?

R.– Deben hacer por manera que no tenga aquél que pagar.

P.– ¿Qué debe hacer una muchacha al estar de vuelta del paseo?

R.– Debe regresar a casa para ver si tiene que hacer algo.

P.– ¿Qué debe hacer una joven cuando se la convida a ir de paseo después de cenar?

R.– Excusarse para que no se diga que es muy aficionada a ir de paseo de noche.

P.– ¿Y si la ruegan con mucha instancia?

R.– Debe manifestar que está muy satisfecha del honor que se le hace, y responder que no puede condescender sin permiso de sus padres o de sus superiores.

P.– ¿Qué debe hacer una muchacha cuando un amante la insta para salir solos de paseo?

R.– Debe excusarse con el «¿qué dirán?» y no condescender en ningún caso.

P.– ¿Qué debe hacer una joven cuando el amante viene a visitarla el domingo durante la celebración de los oficios divinos?

R.– Manifestarse modesta, no divertirse ni juguetear con su amante, lo que podría ocasionar funestas consecuencias.

P.– ¿Qué debe hacer una muchacha cuando un joven la pide en matrimonio?

R.– Debe manifestar sorpresa y responder que no puede creer del todo que un joven de tan bellas prendas piense en ella.

P.– ¿Y si el amante persiste haciéndole nuevas propuestas de amistad y diciéndole: «Mi único deseo es poseer la amistad de usted, con la cual me tendrá por el más dichoso de los hombres»?

R.– Debe contestarle diciendo: «Si es verdadera, señor, la amistad que confiesa usted profesarme, puede usted hablar con mis padres cuando guste; pero le aseguro a usted que quedarán muy admirados, porque están lejos de esperar que un joven como usted se digne ser su yerno».

P.– ¿Cómo debe comportarse la joven con sus padres y amante mientras se celebra el contrato?

R.– Debe manifestarse modesta y respetuosa con los padres del amante.

P.– ¿Y al estar de vuelta en su casa?

R.– Debe rogarles con mucha urbanidad que se sienten, hacer preparar el refresco, ayudar ella misma si es necesario, a fin de que queden todos satisfechos.

P.– ¿Qué se debe hacer cuando se retiran los convidados?

R.– Los padres de la joven deben acompañar a los del amante y darles las gracias por el honor que les han hecho.

P.– ¿Qué debe hacer la novia durante la comida de las bodas?

R.– Debe procurar no reír si alguien dice palabras de doble sentido o contrarias al pudor, y hacer por manera de no causar escándalo.

* * *

El éxito de este diálogo fue tal que, para honra de «la victorina», los maestros los adoptaron en sus escuelas haciéndolo recitar a las niñas de carretilla y en voz alta. En Londres, un pianista sordomudo que tocaba en los cafetines de Whitechapel le puso música, incrementando, más tarde, el repertorio de la Salvation Army, que lo cantaba por las esquinas en las frías noches invernales. Pero esta gloria fue efímera, pues, a partir de la invención de la llamada novela naturalista, el mundo cambió, y sigue cambiando, escandalosamente de faz.

LOS AJOS, I

El ajo, cuyo nombre botánico es Allium sativum, pertenece a la familia de las liliáceas, y es una planta bulbosa con sabor y olor penetrante y contumaz, que se repite en el estómago si se usa sin prudencia en los guisos. Por ello no es indicado tomarlo antes del estrecho e íntimo palabreo a que tan aficionados son los amantes, pues muchos lo reputan nauseabundo y destructor del amoroso impulso o élan, como dicen los franceses, y así lo demuestra el siguiente verso:

Ajo, que de Filis bella
la dulce boca infestaste
con tu hedor,
y al ir a acercarme a ella
las ilusiones mataste
de mi amor.

Es fama que el ajo proviene del Asia central, y nuestro Arnau de Vilanova lo llamó, teniendo en cuenta sus propiedades estimulantes, «triaca del campesino», aclarando Alebrando que «li als vaut contre morsure de beste venimeuse et por elsou l'appele on triacle de vilains». Esta doctrina fue recogida por Juan de Aviñón en su libro Sevillana Medicina, puntualizando que los «ajos engendran humor malo, delgado y agudo, que son calientes y secos en tercero grado, y dañan a los coléricos y aprovechan a los flemáticos... Y los que son cocidos en dos aguas son más templados; que el ajo es llamado atriaca de los aldeanos y de los rústicos y es contra las ponzoñas y escalienta la sangre muy fuertemente».

Hay autores que afirman, respecto a la raíz etimológica del ajo, que la pestilencia del mismo la determina, pretendiendo que no es allium sino halium como debe escribirse, pues viene de «halo», equivalente a exhalar, despedir olor. Estos mismos autores opinan que las insoportables emanaciones que de sus tallos, dientes y cabezas se desprenden –muy importantes en magia, como en otro capítulo explicaré–, son la causa del pasaje de Persio, en el que se esclarece que los dioses inmortales huían de entrar en el cuerpo de los humanos, si éstos habían comido tres veces, en ayunas, una cabeza de ajos:

Incussere Deos influntes corpora, si non
praedictum te mane caput gustaveris alli.

También Horacio llamó al ajo tósigo ardiente, mejunje de hierbas, sangre de víboras más letal que la cicuta, contándonos que merced al hedor pestilente y venenoso del ajo pudo Jasón a domar los dos furiosos toros que echaban fuego por boca y narices y vengarse de su rival Creúsa. Asimismo, sabemos que a los caballeros de la Banda les estaba prohibido comer ajos, y el no comerlos recomienda también don Quijote a Sancho para que no sacase por el olor su villanería. Con ello queda demostrado que el ajo es manjar de rústicos, y no conviene a la etiqueta.

Sin embargo, existen opiniones que contradicen las anteriores expuestas, pues Columella, en su Re Rustica, alaba los ajos, asegurándose de que el emperador Vespasiano prefería en sus cortesanos el olor a ajo al de afeminados perfumes. Galeno, en sus Methodus Curativa los defiende, y Herrera, en su Agricultura general, dice que el ajo ha de ser «quemacioso»,

añadiendo que «los ajos tienen muy singulares virtudes y propiedades, aunque mal olor; mas aun aquel olor no es sin provecho, aunque los de palacio y las damas lo aborrezcan, que del olor de los ajos huyen las serpientes y aun aprovecha para las mordeduras ponzoñosas». Lo mismo decía el gran Andrés Laguna en su Dioscórides: «El ajo silvestre o castañuelo tiene virtud corrosiva y mata las anchas lombrices».

Una gran polémica se suscitó a finales del siglo pasado entre un grupo de eruditos al intentar establecer el origen de una palabra malsonante, derivada al parecer del ajo. Dichos eruditos se ocultaban tras pseudónimos pintorescos, tales como «El Bachiller Lugareño», «El Morisco Alfajamín», «El Bachiller Singilia», «Fray Tresefes», «El Menor Pinche de todos», etcétera. Estos eruditos se propusieron investigar científicamente, empezando por desechar todas las etimologías populares, en una de las cuales, por ejemplo, se establecía que caracol se llama así porque, al ser «bautizado», miraba hacia una col, etimología de la que el autor deriva sobre el supuesto de que el animal hubiera mirado hacia un ajo.

Esta etimología se halla contenida en los siguientes versos:

Preguntó san Pedro a Cristo
por qué llamó al caracol
«cara-col»; y dijo Cristo:
Porque cuando lo he criado
miraba para una col,
que si mirara hacia un ajo
le llamaría «car-ajo».

No aceptaban los eruditos que el caracol hubiese podido llamarse de aquel modo y, profundizando en sus estudios, se armaron al cabo un lío fenomenal, pues los unos sostenían que tal reprobable palabra derivaba del griego «karaxos», que era el nombre del hermano de la poetisa Safo y designaba además a un taladro o punzón. Otros suponían, no sé en virtud de qué razones, que, estando en campaña Jaime I el Conquistador, deseó comer ajos, y no habiéndolos más que en el campo enemigo, decidieron varios capitanes ir a cogerlos para así complacer al rey. Algunos murieron en la empresa y, enterado el monarca del suceso, hubo de exclamar en catalán: «Cars, alls!», lo que, vertido al castellano, es: «¡Caros ajos!».

Otros, en fin, fundándose en similitudes italianas, como «cazzo» y «zugo» («Sorta di frittella fatta di pasta»), descubrieron que en España, y probablemente en todo el mundo, los sastres, al tomar medidas de los pantalones, inquieren con el tacto o con la vista si se carga el «zugo» a la izquierda o a la derecha, señalando al parroquiano con el nombre de «alférez» en el primer caso, y de «teniente» en el segundo, y aclarando que «como esto se refiere y trae su origen de los tiempos en que la charretera fue divisa militar en España, conviene decirlo y apuntarlo para excusar dudas y vacilaciones a los futuros historiadores de la sastrería».

También los más jocosos, sin pronunciar la palabra, trajeron a colación un suceso, popular en aquellos días, acaecido en la isla de León, que más parecía chiste que otra cosa; y contaba que iba por la calle del Rosario una cocinera arrebujada en el pañolón con más sal que una salina y, al cruzar ante un gamberro que infringía las ordenanzas municipales, díjole el mozo:

–¿Usted gusta?

–Con salú se la roa a usté un cochino –respondió al punto la chulapa prosiguiendo la marcha como si tal cosa.

Asimismo, para probar lo castizo de la palabra, se exhumó el pasquín que en 1808 apareció en Madrid a propósito de Pepe Botella:

En la plaza hay un cartel
que nos dice en castellano
que José, rey italiano,
roba a España su dosel;
y al leer este papel
dijo una maja a su majo:
Manolo: pon ahí debajo
que me cago en esa ley,
porque acá queremos rey
que sepa decir «carajo».

En lo que respecta a la gastronomía española, el ajo ha logrado divinamente el «allioli», origen cierto de la mayonesa, la «porra» antequerana, el «sobado» del gazpacho, el «ajoblanco», el «ajoarriero», el «refrito» y las estupendas sopas de ajo castellanas. Referente a estas últimas, diré que jamás he comido otras más sabrosas que las que, en

Medina del Campo, compartí, hace años, con amigos muy queridos en una noche luminosa y fría de diciembre.

LOS AJOS, II

El ajo halla un dilatado campo de acción en la magia, pues aparte de sus propiedades gastronómicas y eróticas es, por antonomasia, el elemento antivampírico más eficaz y más temido por los entes de abominación que tradicionalmente conocemos con el nombre de vampiros. Estos, según nos dice Collin de Plancy en su célebre Diccionario infernal, son hombres muertos y sepultados que regresan de sus tumbas para sorber la sangre de los humanos. Para destruirlos es necesario localizar antes su sepultura. También sabemos que aquellos que mueren por causa de vampiros se convierten a su vez en vampiros, y que el mejor medio para ahuyentarlos es empleando enérgicamente los ajos. Para estos horribles seres, su olor resulta pestilencial, y los debilita y enferma.

El vampiro, sirviéndose de sus afilados dientes caninos, practica dos minúsculas incisiones en el cuello de la víctima, que puede ser hombre o mujer, aunque preferentemente escoge a estas últimas, pues siempre hay un oscuro erotismo en lo vampírico, y así lo han descubierto y proclamado recientemente Roland Villeneuve, Tony Faivre y Ornella Volta. La visión de un cuello alabastrino los confunde y obsesiona y, a veces, les hace perder todo sentido de la prudencia, como se colige, por ejemplo, de la carta que el vampiro barón de Mjertovjec escribió a la bella marquesa Iris de Drama, a la que rondaba con aviesos propósitos. La carta en cuestión decía así:

Querida marquesa:

Ni toda su modestia, ni sus escrupulosos cuidados pueden, hermosa Iris, ocultarme los hechizos de su cuello. Por más reservada que sea usted veo el cuello más blanco y más bien torneado que pueda darse. ¿Por qué lo oculta usted? ¿No se deben poner de manifiesto a todos los ojos las maravillas de la Naturaleza? Cuando los suspiros y la respiración hinchan su cuello de alabastro, oh Iris, éste parece que se indigna de que oculte un velo tanto brillo.

¿Quién pudiera describir los encantos que usted disimula cruelmente? Yo los representaría como un jardín florido donde el alma gusta mil placeres. Yo pintaría en él mil manantiales cristalinos, mil sotos amenos

donde tiene el amor su nido. Mas, ¡ay!, lo que oculta Iris debe ser sagrado para mí. Besa su mano,

El barón de Mjertovjec

Ni que decir tiene que, ante tan explícitas intenciones, la marquesa de Drama receló al instante y, convencida de que Mjertovjec era un vampiro, recibiole una noche en su salón embozada en una rica pelerina de armiño. Al descubrirse, mostró al vampiro su cuello de diosa rodeado por una nutrida corona de pestilentes ajos, y fue tal la fetidez nauseabunda de la vaharada que recibió éste que, al instante, tornose lívido, como desmayado y sin sentido, y, vacilando y dando traspiés, batiose en retirada, buscando desesperadamente la puerta. Poco debía servirle, sin embargo, esta tardía decisión, pues tras una cortina, en donde permanecía escondido, salió el capellán de la marquesa empuñando el Manuale Exorcistarum del sabio Cándido Brognolo da Bergamo, mientras recitaba en voz alta la «Quaestio II», que dice: «Respondetur, cum Magi. Malefici, ac Striges constituuntur», etcétera. Precisamente, esta escena inspiró a los señores Wohlbruck y Marschner su ópera Le Vampire, que se estrenó en París el año 1828, haciendo las delicias de las bellas damas del tiempo de Luis Felipe, que reputaban la ópera admirable, seducidas por la romántica frente de réprobo, el ojo de hiena y el teint blafard del héroe:

Soumis au destin qu’il maudit
cet être dont le terme expire
sollicite un nouveau répit.
Nous l’accordons à ce vampire
qu’il reste encore chez les mortels
pour y desservir nos autels.

En cuanto a conjuros mágicos, destructores de vampiros, es curioso citar aquí el que aparece en Las Historias Naturales y que pronunciado por el científico Antoni de Montpalau redujo a la nada al vampiro histórico Onofre de Dip:

El vampir és al llençol.
Un catafal és son bressol.

Hi dorm amb la lluna i el sol.

Sea de ello lo que fuere y, volviendo a la cuestión de los ajos, el gran vampirólogo Emilio de Rosignoli se preguntaba por qué razón el ajo aterra a los vampiros, respondiéndose acertadamente que sólo el CH2 y sus compuestos podían ser la causa. En efecto, el documento tratadista llegó a la conclusión de que había «trovato la splegazione. I vermi intestinali venivano distrutti dall'aglio; si trattava dei più tipici parassiti interni d'ell'uomo. Ma anche il vampiro era un parassita umano!», añadiendo que sagazmente la medicina popular había encontrado, desde los más remotos tiempos, el remedio sin par contra los vampiros: el ajo, la liliácea antiparasitaria por excelencia.

Respecto a otras propiedades que el ajo tiene en Botánica oculta, sabemos que sus bulbos son antihelmínticos, estimulantes, antirreumáticos y expectorantes; corrigen la menstruación; son buenos contra la hidropesía y el mal de piedra. Se emplean también con éxito contra las bronquitis. Aplicados directamente, o sea, sin la gasa que contacta con la piel, son un excelente callicida, y sirven igualmente para combatir la sarna y la tiña. Se recomienda el empleo del ajo para combatir la rabia, y así lo atestigua Paracelso. Asimismo, para preservarse de todo maleficio –al margen del peligro vampírico– se cogen siete ajos a la hora de Saturno, se ensartan en un cordelito de cáñamo y se llevan suspendidos del cuello durante siete sábados, y se quedará libre de hechizos para toda la vida. Para alejar los pájaros de un árbol, basta untar las ramas con ajo. Si se desean ajos inodoros –¡oh, maravilla!– no hay más que plantarlos y cogerlos cuando la luna «no se halla sobre nuestro horizonte».

LA VELOZ

Cuando Livingstone, en sus exploraciones por el África interior, llegó al territorio de los balumbas, muy cerca ya de las misteriosas cataratas del Victoria, oyó a un gran sapo croar desesperado en un cenagal. El sapo se asentaba sobre la cabeza de un hombre que se hundía lentamente en la ciénaga. Livingstone salvó al hombre echándole una cuerda y tirando de ella sus criados, los cuales huyeron al percatarse del pintarrajeado tatuaje del que acababa de salir del barro. Livingstone se vio inmediatamente frotado en su nariz en señal de emocionada gratitud y, habiendo saltado a

tierra firme el sapo, éste se la dirigió educadamente en inglés, diciendo que había salvado a Montubu, jefe de los terribles tokos, que son mudos a causa de que se les mutila ritualmente la lengua al nacer, razón por la cual van siempre en compañía de un sapo políglota que habla por ellos. Añadió que él, además del inglés, dominaba a la perfección el alemán, el francés y el croata, y que durante aquellos últimos días había empezado a aprender el griego y el italiano, por lo que era un sapo muy estimado.

Montubu aprobó con la cabeza, satisfecho. Luego, tomando de la mano a Livingstone, emprendieron el camino que debía llevarles al poblado toko, donde fueron recibidos con gran alegría por los notables, mientras la muchedumbre escuchaba el relato del sapo.

Livingstone permaneció tres semanas entre los tokos como invitado de honor y, al partir, Montubu le regaló, después de abrazarlo, una jaula conteniendo una planta mágica, llamada «la Veloz»; entre otras propiedades tenía la de volar por los aires como un pájaro.

Regresado a Londres, Livingstone se puso en contacto con su amigo, el célebre doctor Doolittle, el cual empezó a estudiar a fondo a la Veloz en el jardín de su casa, en Puddleby, consiguiendo, incluso, hablar con ella. Al igual que los otros animales y plantas que habitaban la casa, la Veloz se encariñó con el doctor y consintió en someterse a un régimen de educación, a partir del cual voló libremente por donde le placía. Cuando Sarah, la hermana de John Doolittle, abandonó Puddleby, harta ya de tantos animales y tantas preocupaciones económicas, fue la Veloz quien dijo:

–Creo que deberíamos cuidar nosotros de las labores de la casa. Es lo menos que podemos hacer. A fin de cuentas, ese hombre se ha quedado solo y es pobre por nuestra culpa.

Hugh Laftin, el biógrafo del gran naturalista, afirma que, a consecuencia de estas palabras, se acordó que el mono Chi-Chi cocinaría y zurciría la ropa; el perro Jip barrería el suelo; el pato Donald quitaría el polvo y haría las camas; el búho Tu-Tu llevaría las cuentas, y el cerdo Joe cuidaría del jardín. Polinesia, el loro, haría de ama de llaves y de lavandera, porque era el más viejo; y la Veloz haría de correo. El perro Jip, además, cantaría en las veladas, para distraer a la sociedad de animales romanzas como ésta:

Caminito de Santiago
iba un alma peregrina,

una noche tan oscura
que ni una estrella lucía;
por donde el alma pasaba,
la tierra se estremecía.

También se recababa la canción favorita del doctor, la que entonaba después de fumar su pipa:

San Marcial y san Marcelino
van juntos por un camino;
san Marcial le dice a san Marcelino:
Fuego vemos,
¿con qué lo apagaremos?
Con unto de puerco
y tierra de Guía,
apáguelo Dios
y santa María.

Cuando murió el doctor Doolittle, los animales se dispersaron, y la Veloz desapareció por el momento. Sin embargo, parece ser que, educada científicamente por el doctor Doolittle, la Veloz halló un objetivo en su vida, y fue el de sentar las bases de la navegación aérea. Dejando atrás las primitivas y bastante groseras teorías de Leonardo da Vinci, Newton, Montgolfier y Zeppelin, la Veloz se pronunció con gran clarividencia hacia el artefacto llamado aeroplano e inspiró a Ader Wilbur Wright, Santos Dumont y Blériot en sus primeros vuelos. La veloz definió, por propia experiencia, los elementos científicos de la aviación, que son:

Las alas del avión atacan el aire con un ángulo pequeño y, por el movimiento descendente que imponen a este aire, determinan una reacción que tiene dos componentes: una, la «sustentación», en vertical, y la otra, el «arrastre» (contra la resistencia al avance), es horizontal. Ambas son proporcionales a la densidad de la atmósfera y al cuadrado de la velocidad. La forma del perfil del ala tiene mucha importancia. Las alas ahuecadas dan más sustentación, y las alas bien perfiladas dan tanto menos arrastre cuanto más delgadas son, pero entonces aumenta su peso de construcción.

La Veloz, sentimentalmente, era monárquica, y fue muy amiga de Elisabeth, emperatriz de Austria-Hungría, y la sirvió en todos sus lances amorosos. Indiscreta por naturaleza, fue ella –y así está consignado en el Gotha– quien reveló al mundo que la estancia de Elisabeth en el castillo de Sassetôt (Francia) fue para dar a luz discretamente a quien, con el tiempo, sería la madre de Elisa Landi, una de las estrellas del cine mudo.

Asimismo, la Veloz fue la confidente de nuestra reina Isabel II, y la correveidile de los apuestos oficiales de la guardia. Su indiscreción llegó al máximo cuando, en una carta al viejo duque de Baviera, dijo que Isabel II, ávida de carne fresca, declaró en francés a un joven músico: «J'adore votre musique, mais je suis un peu sourde; approchez-vous, là, plus, près de ma cuisse...».

EL SASAFRÁS

El rumor de las hojas del sasafrás es maligno y obsesivo, y produce alucinaciones a quien lo oye. Bajo el sasafrás, y por entre sus ramas roñosas, se cobijan y ocultan los gatos asesinos de la pradera americana, tal como se refiere en una comedia del francés René de Obaldía, que hace unos días vi, por casualidad, en Madrid. El sasafrás es un árbol muy misterioso, y bosques de sasafrás aparecen y desaparecen como por encanto, dejando turulatos y extraviados a los caminantes agobiados por la sed. Algo de eso le ocurrió al general Custer, el que murió con las botas puestas, cuando en un ataque a la bayoneta vio desaparecer al enemigo junto a un bosquecillo de sasafrás. Nunca se lo pudo explicar el general, y este enigma le roía el alma y la confianza en sí mismo. Dejó de mascar tabaco y enfermó de melancolía y tristeza. Poco después, en progresiva turbación de la mente, fue derrotado y muerto, sin tener tiempo de quitarse las botas.

El sasafrás ofrece un aspecto repulsivo y parece que fue conocido por nuestros cronistas de Indias y por otros experimentados viajeros. Gonzalo Hernández de Oviedo dice, seguramente refiriéndose al sasafrás:

Unos árboles hay que, al parecer, ningún árbol ni planta se podría ver de más salvajez ni tan feo y, según la manera de ellos, yo no me sabría determinar ni decir si son árboles o plantas. Hacen unas ramas llenas de unas pencas anchas y disformes, o de muy mal parecer, las cuales ramas primero fue cada una una penca como las otras, y de aquéllas,

endureciéndose y alongándose, salen las otras pencas. Finalmente, es de manera que es dificultoso describir su forma, y para darse a entender sería necesario pintarse, para que por medio de la vista se comprendiese lo que la lengua falta en esta parte.

Los eruditos discuten en la actualidad si fue bajo una ceiba o un sasafrás donde lloró Hernán Cortés en la Noche Triste, después de la retirada de México.

Los indios no quieren oír hablar de tales excrecencias arbóreas y proscriben su nombre, salvo los brujos, que lo utilizan para la adivinación. Manuel Fernández y González, autor de la Historia de un hombre contada por un esqueleto, narra las aventuras del gran Miantucatuc, y dice de los indios que «cuando desean saber si habrá guerra u otra cosa, uno de los jefes entra en la casa consagrada a los cemis [ídolos], donde el brujo le prepara una bebida compuesta de sasafrás, que se absorbe por la nariz, después de lo cual se pone furioso. La casa parece que se viene abajo, a los hombres se les antoja que andan con los pies arriba, tanta es la potencia de esta bebida que quita todo conocimiento. Después de haberla digerido algo, el jefe se sienta en el suelo, con la cabeza baja, las manos alrededor de las rodillas, y después de haber permanecido algún tiempo en esta posición levanta los ojos como si despertara de un largo sueño, mira al cielo y murmura entre dientes palabras ininteligibles».

Los magos de Ámsterdam descubrieron los primeros, durante el siglo XVIII, las propiedades ocultas del sasafrás, cuyo polvo bien molido embotellaban y exportaban a París y Roma bajo el nombre de «Divina Olfana». Una de las fórmulas de dichos magos se aplicaba así, explicando ellos que, como pudiera suceder que la mujer se disgustara del hombre si no estuviese robusto en la acción de Venus, debería él prevenirse no solamente mediante buenos alimentos, más aún por secretos que los pesquisidores antiguos como modernos de las maravillas de la naturaleza han probado. Es menester, dicen, componer un bálsamo de sasafrás, con aceite de corazoncillo y de algalia y untar con él el dedo grande del pie izquierdo y los lomos una hora antes de entrar en el combate, y se saldrán con honor y satisfacción de su compañera. Hay también una fórmula para «anudar el maleficio», que copio textualmente a continuación:

Procure tener las partes vergonzosas de un lobo recientemente matado y, hallándose cerca de la puerta de quien quiera anudar, le llamará por su propio nombre, y tan luego que haya contestado, anudará las referidas partes vergonzosas del lobo con una bolsita de sasafrás, y se quedará tan impotente para el acto de Venus que no lo sería más si estuviese castrado. Buenas experiencias han hecho conocer que para remediar y aún para impedir esta especie de encantamiento no se necesita más que llevar un anillo en el cual sea engarzado el ojo derecho de una comadreja.

Dentro de esta esfera de conocimientos, sir James George Frazer oyó, en una tribu iroquesa y de labios de un viejo borrachón, la siguiente canción:

Árboles del bosque quiero;
no quiero leche agria,
sino cerveza y vino,
sasafrás en el bosque
siniestro y pervertido.

No se sabe a ciencia cierta si el sasafrás todavía existe, por lo menos con este nombre. Se aseguraba, eso sí, que jamás lo meneaba el aire, y el rumor de sus hojas se hacía por propia voluntad y discernimiento. Por ello era un árbol maldito y terrorífico, aunque a veces útil por sacarse aceite y por las propiedades que anteriormente hemos descrito. Era, o sigue siendo, un árbol solitario, con la sola compañía de los gatos que maúllan, desesperados y hambrientos, en las heladas y siniestras noches de las praderas.

LA APAMARGA

Nunca podrá alabarse lo suficiente el valor de madame Blavatsky en sus continuos ejercicios de desambulación astral, así como el de su secretaria y compañera, la simpática miss Rose Mundford, cuya personalidad ha sido poco conocida hasta ahora por los iniciados en el ocultismo teosófico. Miss Rose Mundford tenía la tez pálida, ojos de mirada profunda y, aunque anglohindú, peinaba el azabache de sus cabellos con el perfumado orientalismo de un aire de Rimsky-Korsakov. Esto se debía, sin

duda, a la influencia de madame Blavatsky y al viaje que hicieron juntas a San Petersburgo para arreglar los asuntos de una testamentaría complicada, pues el señor Blavatsky había fallecido de repente cuando invocaba, tocando sutilmente la balalaika, a uno de los misteriosos y todopoderosos señores del Karma. Fue algo terrible.

Sin embargo, como los asuntos legales se dilataban, madame Blavatsky (de soltera Helena Hahn) y su secretaria recorrieron las estepas rusas e hicieron pícnics a orillas del Volga en compañía de caballeros a quienes no dejaba indiferente la exótica belleza de la miss. En un baile que, en su honor, organizó el príncipe Yukunoff, y cuando ya los violines atacaban las notas de un vals, los invitados vieron a la señorita Rose Mundford reflejarse bailando en los grandes espejos de marcos dorados, llevando tras sí, inexplicablemente y a un palmo de su sien derecha, un ramillete de extrañas flores rojas, muy brillantes. Se hizo un gran silencio en el salón, pues las flores sólo aparecían en los espejos cuando pasaba ante ellos la cortejada beldad, y como flotando en el aire. Advertida por ello y a punto de desmayarse por el susto, miss Mundford interrogó con la mirada a madame Blavatsky. Ésta acudió en socorro de su amiga y, estrechándole fuertemente la mano, le murmuró al oído que no temiera, pues aquel fenómeno era una señal de elección por parte de los Adeptos. Luego declaró con gran autoridad a la estupefacta concurrencia que aquellas flores eran de apamarga.

Cuando regresaron a la India, madame Blavatsky fundó la Sociedad Teosófica, poniendo de presidente al coronel Ascott y de secretario a míster Sinett, el cual se haría posteriormente famoso por su libro El mundo oculto. Sólo entonces consideró oportuno madame Blavatsky hablar del apamarga, cuyo nombre botánico era Achyrantes aspera. Apamarga Honsa –contó– se llamaba en la India a un rito sacrificial consistente en ofrecerle a un dios, al rayar el alba, un puñado de apamarga. Según una leyenda del Iagur Veda, Indra había matado a Uritra y a otros espíritus maléficos cuando encontró al demonio Manuci y luchó con él; venciole el Manuci e hizo Indra las paces, aceptando la condición de que en lo sucesivo no podría utilizar contra Manuci cuerpo sólido ni cuerpo líquido, y esto ni de día ni de noche. Entonces Indra recogió espuma, que no es sólida ni líquida; fue durante la aurora cuando la noche ha partido y no ha llegado aún el día, y enseguida hirió al monstruo Manuci, que se quejó de tal traición. Nació entonces de la cabeza de Manuci la apamarga, y con el auxilio de esta planta venció

inmediatamente Indra a todos los monstruos. «Es natural –añadió madame Blavatsky– que semejante planta sea poderoso talismán, y así la utilizan los iniciados, teniendo con ella poder para conjurar a todos los diablos, brujos y monstruos de ambos sexos del infierno, siendo buena también contra las maldiciones y excelente para la esterilidad».

Sopló entonces un viento helado por los rincones. Sopló cuando la imponente teósofa dejaba caer sus palabras de sofocante plomo fundido y, atravesando el despacho, se filtró por las rendijas de las puertas, galopó por los largos pasillos, llegó al portal y desapareció tras la tapia del jardín, después de que se le crispara lúgubremente sobre la cabeza la peluca a Roberto, el conserje. Todo esto aconteció justo en el momento en que la autora de Isis al desnudo se disponía a comentar, a propósito del apamarga, la estancia V del libro Dyzan:



–Cuatro Ruedas Aladas en cada ángulo... para los Cuatro Santos y sus huestes. Son los Cuatro Maharajás o Reyes de los Dhyan-Chohans, los Devarajás que presiden los cuatro puntos cardinales... Estos seres también están relacionados con el karma, que necesita agentes físicos y materiales, como el apamarga, para el cumplimiento de sus decretos.

Miss Rose Mundford avanzó mucho en la ciencia teosófica y, con la ayuda de los Adeptos, de la apamarga y de madame Blavatsky, logró al igual que ésta viajar en cuerpo astral por lejanos países, llegando incluso hasta Londres, donde visitó a un tío suyo que era notario y levantó acta del suceso. Acompañó a su amiga y maestra al Himalaya y al Tíbet, recogiendo la enseñanza oral y secreta de los Adeptos, cuyas sentencias y oráculos

anotaba escrupulosamente por el procedimiento, recién divulgado, de la taquigrafía. Gracias a esta técnica poseemos hoy la receta contra la rabia, que es la siguiente:

Como la mordedura de un perro rabioso es infinitamente peligrosa, es bueno de tener remedios pronto para preservarse de las consecuencias funestas de semejante maligna mordedura. Machacará pues semillas de coles con apamarga y buen vinagre, de lo que hará un emplasto y le pondrá encima de la llaga, que antes deberá ser untada con aceite de hierbabuena. La raíz fresca de escaramujo, que tiene buen olor, estando machacada y aplicada, es, según el parecer del Mahatma K. H., un remedio pronto contra las mismas mordeduras... Buenos autores naturalistas aseguran que, tomando pelos de la bestia rabiosa y quemándolos y bebiendo la ceniza con buen vino, procurará la curación... Quemando cangrejos de río y apamarga durante los días caniculares el decimocuarto de la Luna, cuando el Sol entra en el signo del Leo, y reducidos en polvos, se dará al paciente media libra en un caldo por la mañana y por la tarde durante quince días, y sanará.

Cuando la Saturday Review comenzó la difamatoria campaña contra madame Blavatsky, miss Mundford salió en su defensa con un brío y una acometividad admirables. Ayudada por el coronel Ascott y por míster Sinett, organizó públicos desagravios y realizó ante la gente materializaciones increíbles, asistida siempre por su ramito de apamarga.

No obstante, pronto terminaron tales demostraciones, ya que, enamorada del teniente Francis Graham, uno de los célebres «tres lanceros bengalíes», se casó con él y se fue a vivir a Dublín, ciudad a donde fue trasladado su marido. Quince hijos fueron el bendecido fruto de ese matrimonio, puesto bajo el tutelaje de la apamarga.

Nunca olvidó Rose las enseñanzas de su maestra y amiga, la gran madame Blavatsky. Como su perpetua gravidez no le permitía la práctica teosófica, transmitió ésta, sin embargo, a una señorita de la vecindad llamada Annie Besant, que continuó la obra de los Adeptos.

Como todo el mundo sabe, Annie Besant se convirtió en una auténtica gloria del ocultismo femenino, y sus escritos, hoy difíciles de hallar, prolongan la línea del iluminado y arrebatado pensamiento de madame Blavatsky.

LA ROSA

La rosa es la reina de las flores, y no existe poeta en el mundo que se estime que no haya escrito un poema sobre las rosas más o menos cursi y evanescente. Desde tiempo inmemorial se ha tendido, en galante homenaje metafórico, a identificar la rosa con la mujer, y el inefable Florencio Jazmín, autor del asimismo inefable libro El lenguaje de las flores, asevera tiernamente que «la mujer es la miniatura de la creación, fresca, delicada, fragante y pulida; formada de rosas y adornada con oro, seda, gasa y encajes; de frente virginal, ojos celestiales, pie delicado, seno de alabastro, rosados labios y arrebatantes contornos». La técnica del piropo desarrollada por Florencio Jazmín es más acumulativa que sintética, como es claro de ver, y demuestra la identidad anunciada del binomio rosa y flor. También a otros y dispares entes ha sido asimilada la feminidad, y así el poeta, en un arrebatado y apasionado lirismo, ha podido decir:

Rosas, palomas, sol, lirios,
todo esto quiero yo;
mas ahora yo no lo quiero
que eres tú mi solo amor;
eres la rosa y el lirio
y la paloma y el sol.

El origen mitológico de la rosa deriva de la sangre que se hizo Venus, la diosa de los escarceos amorosos, al pincharse en un pie. Enseguida, su maravilloso color fue aprovechado por Homero, el cual dice de la aurora que tenía «los dedos de rosa». M. Lenormant, en el Diccionario de las antigüedades griegas y romanas afirma que la rosa pertenece tanto al dominio de Dionisos como al de Afrodita, como lo prueba el hecho de que Píndaro invita a coronarse de rosas en honor de tal dios. Asimismo, una de las principales fiestas de las Tiasas dionisíacas, en la región de Pangeo, se llamaba precisamente «Rosalía». En el mismo sitio, según la leyenda, existían los jardines de rosas de Midas (hoy, rosas de Bulgaria), y la rosa aparecía siempre en las monedas de la ciudad de Trasilo.

El maridaje de la rosa con Afrodita y Baco lo expresó modernamente Victoriano Parny, que, aunque poeta mediocre, supo en esta ocasión estar un poco a la altura de las circunstancias:

Cuando Venus saliendo de los mares
vio a los dioses con lúbrica sonrisa,
una rosada luz, suave, indecisa,
por la atmósfera azul se derramó.
Llena de majestad, la frente erguida,
señora del jardín se alzó la rosa.
Baco exprimió la uva voluptuosa
y en su mágico zumo la bañó.

También la ha cantado Anacreonte, pero con una inspiración alta que luego tradujo nuestro dulce Villegas. En la Edad Media fue famoso Le Roman de la Rose, compendio y código del amor cortés en 22 000 versos hilvanados en la langue d'oui:

Ce est li Romanz de la Rose,
ou l'Art d'Amour est toute enclose.

En la India fue célebre el estanque de Bakawali, que estaba lleno de agua de rosas. Cuéntase que Nurmahal, la sultana bienamada de Jehangir, se bañaba en él y, dando el sol en la oleosa agua de rosas en la que la bella sultana se bañaba, se condensó bajo la acción de sus rayos, y así se formó la verdadera esencia de rosas, que bien pronto trataron de imitar artificialmente los perfumistas, sobre todo los árabes, que contaban con las fabulosas rosas de Chiraz. Hoy en día, el paraíso de las rosas está en el valle de Karanlik, en Rumelia, al sur de los Balcanes, y es curioso saber que para obtener treinta gramos, o sea, una onza de esencia, son necesarios veintiséis kilos de rosas, esto es, 130 000 flores.



En ocultismo, la rosa está en la base de la secta denominada los «Rosacruces», que fue fundada en 1425 por el caballero alemán Christian Rosenkreutz. Este caballero viajó por Arabia, India y Persia, y aprendió de los sabios la magia y la cábala, fundando a su regreso La Rosacruz, sin que se sospechara su existencia hasta dos siglos después. Se dice que Rosenkreutz vivió ciento veinte años sin haber estado nunca enfermo, muriendo en 1484. Sólo en 1610 empezaron a cundir rumores de la existencia de Los Hermanos de la Rosacruz, misteriosa sociedad que fue inmediatamente atacada por las autoridades civiles y religiosas. El enigmático autor, cuya personalidad se esconde bajo el pseudónimo de «Magus incognito», escribe que, si bien es exacta la opinión general de que los rosacruces se dedican a la alquimia, no es menos cierto que dicha alquimia no es la que se ocupa de la transmutación de la materia. «La alquimia –añade– a que los rosacruces dedican mucho tiempo y atención es la alquimia mental y espiritual que, aunque por completo distinta de la material, tiene alguna analogía con ella, en virtud de la ley de correspondencia, recopilada en el aforismo hermético: como es arriba es abajo.»

Como integrante del herbario mágico, la rosa (Rosa vulgaris) tiene diversas aplicaciones. Avicena, en su Opera medica arabica, dice: «En jarabe o en infuso, facilita la concepción, siempre que las flores sean rojas (Rosae rubrae). El agua destilada de flores blancas (Rosae albae) es excelente para las enfermedades venéreas y para las inflamaciones de ojos. La rosa es emblema del amor, de la paciencia, del martirio, de la Virgen (Rosa mística)». Planetas: Venus y Júpiter. Signo zodiacal: Tauro. En cuanto a la rosa de Jericó (Rosa hiericontea), diremos que crece en los desiertos de Arabia y en las riberas del mar Rojo, pero nunca en Jericó. J. B. Thiers, en su Traité des Superstitions, anota lo siguiente: «Está muy extendida en tierras de Provenza la creencia de que si una mujer embarazada coloca una de estas flores en un vaso lleno de lluvia, y la flor se despliega con ufanía, será señal certísima de tener un parto feliz». Planeta: Saturno. Signo zodiacal: Cáncer.

EL CH'I

Cuando Chung-ting, décimo rey de la dinastía Shang, decidió estabilizar su monarquía, lo primero que hizo fue construir su capital en los bellos parajes del Honan, llamándola Ao. En su palacio de Ao, Chung-ting se sintió feliz, revelándose, en sus momentos de ocio, como gran poeta, pintor y pirotécnico, y en virtud de ello su figura legendaria no ha hecho más que agrandarse en China, sobre todo después de que los arqueólogos descubrieran, en unas excavaciones, los poemas del rey. Uno de ellos, dice:

No me preocupa la pobreza de mi gente,
sólo me preocupa que no surja desigualdad;
no me preocupa que sean pocos,
sólo me preocupa que haya paz.

Bertrand Russell ha comentado agudamente estos versos, y ya los fenomenólogos alemanes afirmaron que, en verdad, cuando todo está distribuido por igual, nadie es pobre; donde hay armonía no faltan hombres; y Werner Speiser, en su obra Kunst der Welt China (Holle Verlag, Baden-Baden, 1959) afirma que «si luego los que están lejos no quieren someterse, hay que atraerlos con educación y virtud, y cuando llegan hay que darles la paz, y donde hay paz no hay revoluciones». En esencia, ésta es la misma

doctrina del neocapitalismo americano que preconizó machaconamente, desde su columna regular, el célebre Walter Lippmann.



Como pirotécnico, Chung-ting hizo maravillas, pues con sus fuegos creaba ilusoriamente lo que quería: casas, estanques, bosques, jardines, etcétera. La gente caía de rodillas ante tales visiones, y acudían desde los más alejados lugares para contemplarlas. Chung-ting puso un día bajo su trono dos cohetes de su invención y, pegando fuego a la mecha, desapareció en el cielo durante cuatro días, tras los cuales aterrizó en el jardín de su palacio con el rostro iluminado por la sabiduría. Esta hazaña lo ha convertido en el precursor de la ciencia-ficción, como así lo puntualiza G. Diffloth, aunque equivocándose en el nombre del rey.

Sin embargo, fue en la pintura donde Chung-ting rayó en lo sublime, inaugurando el ciclo, después tradicional en la pintura china, de las flores y los pájaros: lotos con aguzanieves, el bambú con el gorrión, las peonías con los pavos reales... Se ponía a pintar a la amanecida, cuando las cosas tienen un color irreal y fragante. Luego se bañaba y almorzaba pequeñas mandarinas en compota, tomándolas delicadamente entre el pulgar y el índice, de una fuente de porcelana, mientras contemplaba con ojo crítico la pintura recién hecha.

En una ocasión, cansado de su repertorio de temas vegetales, inventó una planta, a la que llamó «Ch'i», pintándola con unos faisanes; y la pintó y la repintó tan lamidamente y con tal veracidad que, al cabo, parecía real y viva. Más tarde, cuando salió del baño para almorzar sus mandarinas, en vez de éstas halló en la fuente los faisanes, guisados divinamente por Ch'i, que había salido de la pintura, sin explicación pausible, llevándose los volátiles y asándolos en un fuego de sarmientos secos. Ch'i hizo una reverencia y dijo:

–Los he asado para vos, señor. Probadlos.

Chung-ting, todavía estupefacto, lo miró de reojo, cató los faisanes, luego los devoró ávidamente y eructó por tres veces seguidas. A continuación firmó un decreto nombrando a Ch'i cocinero de palacio. Ch'i hizo las delicias de la corte, y es fama que sentó las bases de la cocina china, que es una cocina ingrávida y casi inmaterial, inventando la salsa de soja, la sopa de nidos de golondrina y el cerdo agridulce. También teorizó sobre el papel, y escribió, con maravillosa caligrafía, varios libros, uno de los cuales fue subastado en Southby el año pasado a precio exorbitante.

Cuando Marco Polo visitó la China, la cosa que le produjo mayor impresión –aparte del papel moneda que, como comerciante, lo dejó turulato–, fue Ch'i, del cual existían ya varios ejemplares celosamente guardados, pero no tanto que no pudiera hacerse con uno de ellos. En Europa se mantuvo en secreto su existencia, pero se sabe que Ruperto de Nola, el cocinero de Alfonso el Magnánimo, poseía un Ch'i que hablaba el catalán. Eso hace sospechar que buena parte del Libre del Coch esté escrito bajo la inspiración directa de Ch'i, que se había adaptado ya a los gustos y sabores de Occidente. Luis Antonio de Vega ha presentado pruebas irrefutables de la intervención de Ch'i en lo que respecta a la siguiente receta del Libro de guisados o Llibre del Coch:

Potaje de culantro llamado celiandrate segundo

Tomar culantro seco en grano y limpiarlo y molerlo bien en un mortero, y después tomar almendras bien paradas, y majarlas bien con el culantro, y desque sea todo bien majado, poner con ello todas estas salsas molidas: canela, ginjibre y clavos; y desque sea bien molido destemplar la salsa con zumo de naranjas agras y uvas dulces y blancas, porque no sea muy agro; y ponlo al fuego a cocer y catarlo de sabor que ha de ser entre

agro y dulce; y el color de la salsa ha de ser como color de gris, y esta salsa es buena para perdices y pollos asados, y sobre la salsa, azúcar y canela.

Parece que Vatel, Carême, Napoleón Bonaparte y Charles Monselet seguían en todo los consejos de un Ch'i que ocultaban dentro de un armario. El de Monselet, que sin duda era vegetariano, escribió el gran elogio de la sopa Julienne:

Julienne! Un nom de femme,
un doux nom composé,
un nom qui dans mon âme
s'est impatronisé.
Julienne! Un assemblage
de légumes coquets,
un vif bariolage,
mosaïque, bouquets!

En la actualidad, pese al secreto predominante en esta cuestión, nos consta la existencia de un Ch'i en casa de Néstor Luján. Es inútil preguntárselo. Pero algunas veces, tomando juntos café en su gabinete de trabajo, he oído el rumor de las hojas del Ch'i y he sentido su enervante perfume. Es entonces cuando sorprendo las inquietas miradas de Néstor Luján hacia la puerta, y yo me río por lo bajo.

LA MEJORANA

Belarmino de Arriaza fue un mago atormentado por los conjuros de las brujas, a las que odiaba con furor vesánico y terrible. Era tartamudo. Vecino de Medina del Campo y propietario de vastas heredades en Nava del Rey, en su juventud estudió sin ahogo, primero en Salamanca, y luego en la ciudad italiana de Bolonia, donde se doctoró en ambos derechos. Acabados sus estudios, viajó por toda Europa, especialmente por el sur de Francia, investigando los pormenores de la llamada Astrología judiciaria. En Pau, enamorose de una dama de singular belleza pero de pocos dineros, la cual, viendo lo rumboso que era Arriaza respecto a su persona, proyectó lo de siempre y lo sometió a bebedizos y filtros mágicos que acabaron con la fortuna de nuestro hombre. Un día, cuando asistía a un aquelarre disfrazado

de macho cabrío, vio llegar por los aires, cabalgando una escoba, a su amada Margueritte, que éste era el nombre de la dama, por lo que dedujo que era bruja, y aun de las principales por el modo familiar con que trataba al Príncipe de las Tinieblas. Éste se levantó de su sitial para recibirla muy galante y bailó con ella una contradanza larga y descarada.

A Belarmino esto le sentó como un tiro y, desengañado del amor, se marchó a Bayona, instalándose en una casa de campo, donde descubrió las propiedades de las siguientes plantas diabólicas: «Mordedura del diablo» (escabiosa); «ojo del diablo» (beleño); «burla del diablo» (belladona); «leche del diablo» (euforbio); «perejil del diablo» (cicuta); «raíz del diablo» (acónito); «garra del diablo» (licopodio). Con ellas hizo grandes conjuros hasta que, por fin, una gran carcajada hizo retumbar toda la mansión. En aquel preciso instante, a la bella bruja Margueritte, que estaba en su casa de Pau mirándose en el espejo, se le caían el pelo y las cejas y quedaba enteramente calva. Este maleficio lo transcribió luego Belarmino en su libro Manual de hechicerías.

Sin embargo, lo que le hizo famoso verdaderamente fue descubrir las propiedades de la mejorana en orden a la invisibilidad. Sólo la mejorana puede tornar invisible al hombre, siempre que se observen las reglas. Como es sabido, la mejorana pertenece a la distinguida familia de las labiadas, como lo son la menta, el hisopo, la melisa, el romero y la salvia. Son aromáticas, tónicas y excitantes, provistas de alcanfor, pero de ellas, según se dice, se apartan cuidadosamente los bueyes. La mejorana, en particular, se emplea como un excelente estornutatorio.

El Manual de hechicerías dice que para hacerse invisible hay que observar la siguiente fórmula:

Róbese un gato negro y cómprese un puchero nuevo, un espejo, un eslabón, una piedra amatites, yesca, carbón y un plato de loza fina. Cuando tengáis lo dicho, idos a un paraje retirado, donde haya mucha mejorana, y cercano a una fuente, con cuya agua llenaréis el puchero a la medianoche en punto. Enseguida encended lumbre, colocad el puchero en ella y echad el gato dentro, teniéndolo tapado con la mano izquierda y la vista fija en él, sin moveros por más ruido que oigáis. Cuando habrá hervido por espacio de veinticuatro horas, echáis todo lo que contiene el puchero en el plato; enseguida tirad la carne por encima del hombro izquierdo diciendo las palabras que siguen: «Acipe quad tibido, et nihil amplius». Luego,

poniéndoos enfrente del espejo y al lado de la mejorana iréis tomando los huesos del gato uno por uno y los apretaréis entre las muelas del lado izquierdo, hasta que encontréis uno que al tiempo de hacer la operación no os veáis en el espejo que éste será el bueno. Todos los que no sirvan los iréis tirando también por encima del hombro izquierdo, pronunciando las mismas palabras.

Con esta fórmula, a base de la mejorana, Belarmino de Arriaza logró ser el primer hombre invisible del mundo e influyó grandemente en los ministros de Carlos III, en especial en el conde de Aranda y en Floridablanca, a los que, dada su invisibilidad, manejaba a su antojo e impunemente, asegurándose que fue Arriaza el inspirador de la política de expulsión de los jesuitas y quizá de la muerte de Clemente XIV. Lo que es seguro es que inventó el cuadro diabólico

8 3 4
1 5 9
6 7 2

cuyas filas horizontales, verticales y diagonales suman todas quince. También es autor de un libro de versos –Mejorana Hermosa–, el cual, imitando a Quevedo, empieza:

Cuando el cuervo siniestro te graznare,
la sal se derramare,
el espejo que miras se rompiere
o temeroso sueño te afligiere,
armaraste severo
contra las amenazas del agüero.

A Belarmino de Arriaza le ocurrió un accidente cuando invocaba a Licífugo Rofocale, ministro de Lucifer. Irritado porque éste no acudía a su invocación, ahuecando la voz terriblemente, dijo:

–Venite. Venite. Submiritillar Lucifugo Rofocale, o vas a ser duramente atormentado por el poder de esta fulminante vara. In subito.

Al acabar de pronunciar esta última palabra, y con la agitación de su enfado, saliose con su vara un poco del círculo mágico, lo que fue

aprovechado inmediatamente por Rofocale, que le dio un batacazo tan descomunal que el pobre Belarmino quedó entre la vida y la muerte y con seis vértebras desviadas hacia la izquierda. Con ello, Belarmino se vio forzado a poner punto final a sus notables experiencias mágicas.

LA MARIFASA

La marifasa es una planta que florece por la noche en las heladas estepas del Cáucaso, y sus propiedades mágicas fueron descubiertas y estudiadas en 1840 por el profesor alemán Herman Werner, que se había especializado en licantropía. Werner estaba muy enamorado de la gentil señorita Úrsula Hertzel, con quien pensaba contraer matrimonio después de las fiestas de Navidad, en la capilla del siniestro castillo de Mannhardt, propiedad de la familia Werner, en la Alta Silesia. Un atardecer, después de inspeccionar las obras de reparación que se realizaban en la capilla con motivo de la próxima boda, Werner fue atacado inopinada y furiosamente por un extraño y peludo ser que le mordió en un brazo. Afortunadamente, el joven profesor llevaba consigo un elegante bastón-estoque y con él pudo repeler la agresión, hiriendo al atacante en pleno rostro. Werner no dijo nada, pero le pareció reconocer, bajo la figura del monstruo, a uno de sus pacientes licántropos, al opulento y hasta entonces pacífico señor Julio Vogel, que era, al mismo tiempo, su casero en Berlín.

Días después, Werner halló la confirmación de sus sospechas, pues visitó a Vogel y vio que llevaba el rostro vendado enteramente. Vogel lo recibió de pie, junto a un gran fonógrafo de trompa y, no pudiendo hablar a causa del vendaje, colocó un disco que tenía preparado y puso en marcha el aparato después de darle cuerda con la manija. Una voz de ultratumba surgió de las profundidades del fonógrafo y, con un fondo de acompañamiento musical, entonó la Schwarze Melancholie y unos versos tristes:

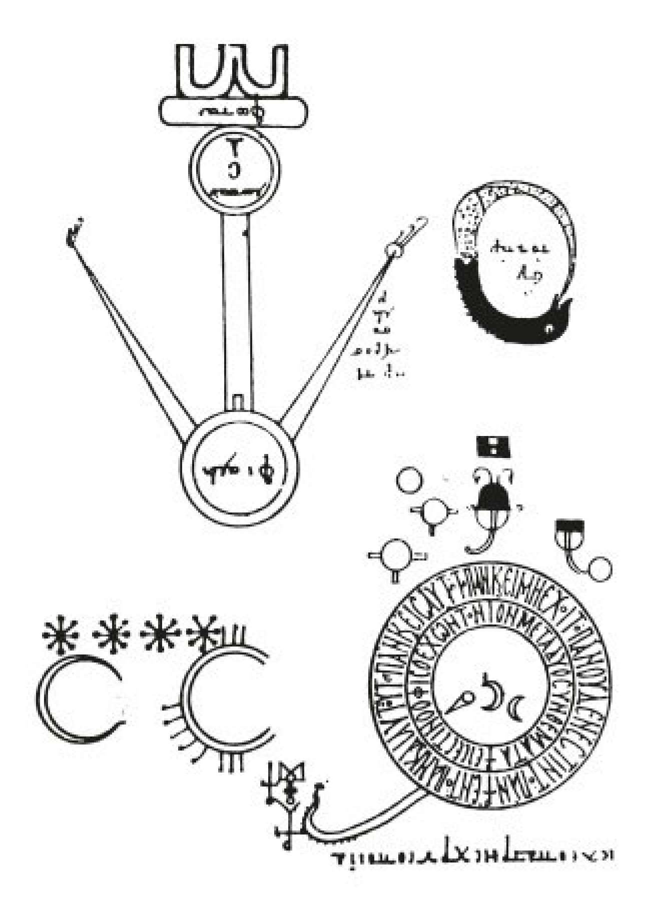
Ich fühle des Todes
Verjüngende Flut,
Zu Balsam un Aether
verwandelt mein Blut.

Tras unos ruidos chirriantes, se paró el fonógrafo. Luego, Vogel entregó a Werner un documento en el que le condonaba todos los recibos de alquiler atrasados y le regalaba graciosamente, en donación inter vivos, la casa en que vivía. Hecho esto se arrodilló ante su víctima implorando, con signos vehementes, el perdón, el cual, efectivamente, le fue concedido.

El señor Vogel, entonces, se incorporó de un salto, mientras una rápida transformación se operaba en su cuerpo hasta convertirlo con toda evidencia en un hombre-lobo. Aulló horriblemente con todas sus fuerzas y, arrancándose de un manotazo las vendas que le cubrían el rostro, se precipitó a través de la ventana al patio, para hallar así la muerte, estrellado contra el suelo.

El doctor Werner quedó muy afectado por el suceso y no quiso recibir a nadie durante una semana, ni siquiera a su amada, la señorita Hertzel, que estaba deshecha en llanto y muy desmejorada por la inexplicable decisión de su prometido, anunciada por carta, de aplazar sine die la boda. En una posdata, Werner misteriosamente le decía que un hombre-lobo no era otra cosa que el cuerpo sideral de un hombre, para quien el lobo representa los instintos salvajes y sanguinarios, y que, mientras su fantasma se pasea así por los campos, su cuerpo duerme penosamente en su cama y sueña ser un verdadero lobo. Las heridas recibidas por un hombre-lobo hieren realmente a la persona dormida, ya sea por congelación ódica y simpática a la luz astral, ya sea por correspondencia del cuerpo inmaterial con el cuerpo material.

Sucedió a todo ello un período febricitante de intenso estudio durante el cual, preocupado por el mordisco que Vogel le diera, mandó Werner colocar rejas en todas las ventanas de la casa, prohibiendo a los criados que entraran en su gabinete –siempre cerrado con llave– por más aullidos que oyeran dentro. Los libros que consultó fueron, entre otros, los siguientes: Monstruorum historia cum paralipomenis historia omnium animalium, de Ulyses Aldrovandus; Discours de la Lycanthropie ou de la transmutation des hommes en loups, de Lesieur de Beauvois de Chauvincourt; Recherches sur la Lycanthropie, de Félix Bouquelot; De artibus magicis, de Bernardus Basin; De Lycanthropia, de Niphanius; De transformatione hominum in bruta, de Thomasius; Der Werwolf, de Wilhelm Hertz, etcétera.



Un día el doctor Werner partió de improviso para el Cáucaso, donde permaneció más de seis meses viviendo en pequeñas aldeas y despoblados, hasta que logró encontrar la marifasa, llamada también «palatina», flor blanca que se abría en los plenilunios. Con ella obtuvo Werner su curación y regresó a Berlín con un voluminoso cargamento de esencia de marifasa destinado a sus pacientes licántropos. Lo primero que hizo fue postrarse a los pies de la señorita Hertzel, su prometida, con quien entabló el siguiente diálogo:

–Sé que ha durado demasiado nuestra separación, puesto que a los verdaderos amantes los días les parecen años y las horas meses. Pero suplico a usted que me excuse tanto más cuanto ha sido a pesar mío y para mi desgracia.

–Me alegro mucho de verle a usted tan bueno –replicó Úrsula, todavía ofendida–; el color de su semblante me da a conocer que ha estado usted enfermo y ha sanado finalmente, por lo que me regocijo mucho; por lo que toca al retardo, son inútiles las excusas, pues creo que no hay nada que nos dé prisa.

–¡Perdón, Úrsula mía! Ahora podemos casarnos; así pues, le ruego que si aún me cree digno de usted pronuncie pronto la dulce conformidad que tanto apetezco.

–He oído decir muchísimas veces, caballero, que es muy peligroso el prometer demasiado; por lo tanto ruego que me excuse si no lo hago. Sin embargo, para tranquilizarlo, no le negaré a usted un beso dado con todo honor y respeto.

–Yo me siento morir, querida mía, y mi corazón está embriagado de alegría.

–¡Tate!, ¡tate!, caballero; esto es demasiado. Repórtese usted. Accedo a sus requerimientos por lo sinceros. Nos casaremos en mayo.

El doctor Werner y la señorita Hertzel se casaron, por fin, felizmente, durante la primera quincena del mes indicado. Antes, sin embargo, el joven y sabio profesor redactó una larga memoria destinada a la Real Academia de Ciencias, que causó un verdadero revuelo. Puede decirse que, desde entonces, apenas si ha existido en Europa caso alguno de licantropía.

LA DULCE AMIGA

La Dulce Amiga es una planta antropomorfa, oriunda de Arabia, que puede adoptar, indistintamente, la forma de hombre o mujer –aunque lo más corriente es que se presente ostentando los encantos femeninos–, estando especialmente dotada para el espionaje y la aventura de altos vuelos. Le han gustado siempre los vestidos caros, las sedas y las joyas, y su perfume favorito es una sabia combinación de la civeta y la esencia concentrada de las rosas de Chiraz. Fue amante del califa Harún-Al-Raschild, a quien fue cedida por su antiguo propietario, el joven y atolondrado Alí-Nur. Cuenta esta historia la famosa Scherezade en las Alf Lailah Oua Lailah (Las mil y una noches), añadiendo respecto de Dulce Amiga que «su boca era una flor, su saliva jarabe, y sus labios nuez moscada, y su cuerpo fino y flexible como una tierna rama de sauce».

En palacio, Dulce Amiga se aficionó a las intrigas de toda clase, y circulaba por los largos pasillos en busca de noticias que luego contaba a su señor. Habiendo sospechado la traición en el gran visir Giafar-Al-Barmaki, un día cambió de sexo y adoptó la figura de Ibrahim, el barbero del visir, después de haberlo atado y amordazado en las pestilentes letrinas del harén. Luego, presentose ante Giafar, que conspiraba con los oficiales y, mientras

lo afeitaba, enterose de todo el plan de la aviesa conspiración. Esto fue fatídico para el gran visir, pues Harún-Al-Raschild, el califa, lo hizo decapitar inmediatamente por Massrur, el portaalfanje, ejecutor de su justicia.

Dulce Amiga fue cantada delicadamente por los poetas, los cuales le dedicaron los más inspirados poemas, y así el gran Abu-Nowas, gloria del Islam, escribió:

Tan suave es tu cuerpo sobrenatural, que el aire, encantado, se aromatiza al tocarlo; y si la brisa curiosa penetrase debajo de tu túnica en ella se eternizaría.

Tan bella es tu cintura, ¡oh hurí!, que el collar de tu garganta desnuda se queja de no ser tu cinturón. Pero tus piernas sutiles, cuyos tobillos están cercados de cascabeles, hacen crujir de envidia a las pulseras de tus muñecas.

Como todas las plantas mágicas, Dulce Amiga desapareció sin dejar rastro, pero reapareció más tarde en la figura del caballero d'Eon, en pleno siglo XVIII. En realidad el verdadero caballero d'Eon fue un pacífico ciudadano cuya vida transcurrió enteramente en las cárceles del rey por razones de Estado, siendo su personalidad suplantada por Dulce Amiga, a la sazón amante secreta de Luis XV y rival de la Pompadour. Ello explica el carácter andrógino del caballero d'Eon, pues tan pronto la Historia nos lo presenta como a un hombre que como mujer. Bajo el primer aspecto fue amante de la emperatriz de Rusia y bajo el segundo lo fue del rey de Inglaterra, después de serlo de la reina. Dulce Amiga colmó los deseos del secret de Luis XV, pues bien pronto la temida alianza entre Inglaterra y Rusia fue satisfactoriamente descartada, y los negocios públicos marcharon viento en popa. En Inglaterra las cosas tomaron mal cariz dándose principio a un confusionismo delirante, en virtud del cual se hacían apuestas públicas sobre el verdadero sexo de la planta-espía. El Estado intervino en la persona del rey, y obligose a Dulce Amiga a firmar una transaction en la que se le reconocía la Croix de Saint-Louis y el dinero suficiente para adquirir un precioso trousseau de fille. La humillante cláusula inicial decía así:

Yo, C. G. L. A. A. T. d'Eon de Beaumont, me someto a las condiciones arriba mencionadas en nombre del rey, y únicamente para dar a

Su Majestad la más grande prueba de mi amor, respeto y sumisión, aun cuando habría sido más aceptable que se hubiera dignado a emplearme en sus ejércitos o en la política, como yo humildemente solicité..., declaro públicamente mi sexo y no dejo ninguna duda acerca de mi verdadera condición, y me comprometo a vestir ropas de mujer, a menos que, teniendo en cuenta mi costumbre de utilizar mi uniforme militar, consienta Su Majestad en que así lo haga, en el caso de que me resulte difícil tolerar los inconvenientes de mi otra vestimenta, después de intentar acostumbrarme a ella residiendo en la Abbaye Royale des Dames Bernardines de Saint-Antoine-des-Champs, en París, o en algún otro convento que puede elegir para retirarse en los primeros meses de mi regreso a Francia.

Esta declaración provocó el estupor y el triste desengaño de muchas mujeres, y una de ellas, la condesa de Rochefort, se suicidó, envenenándose con arsénico.

En la guerra europea de 1914-1918 reapareció Dulce Amiga en su país de origen, y de ello da constancia T. E. Lawrence en Seven Pillars of Wisdom, contándonos la historia del repugnante y abominable bey Nahi que sodomizaba a los prisioneros. Dulce Amiga dio buena cuenta de este bey colgándolo por los pulgares del techo de la estación de ferrocarril de Deraa, y sacándole información suficiente para derrotar a todo el ejército turco, cosa que efectivamente acaeció. También existen unas cartas misteriosas halladas en poder de la célebre Mata-Hari, que dan mucho que pensar. La última noticia que tenemos de Dulce Amiga se la debemos al profesor checoslovaco Jiri Vaculik (recién exiliado en Roma), que ha divulgado sensacionalmente entre el mundo erudito –con la explícita reserva de don Ramón Menéndez Pidal– que la Cava, amante del último rey godo y causa psicológica de la invasión sarracena, no era la Cava sino Dulce Amiga, propicia en aquellos tiempos (siglo VIII) a hacernos una faena a los españoles en aras a sus inflamados ideales imperialistas proislámicos.

LA PLANTA DE LOS BARCOS

Abordamos ahora el tema de una de las plantas mágicas más fantásticas, de una realidad más inverosímil, y muchos son los que, aun después del Memorándum del capitán Damiâo Mascarenhas, se resisten a admitir su existencia. Con ello no hacen otra cosa que contribuir al

empeoramiento de la salud de este bravo marino, gloria de la navegación portuguesa, el cual desde 1938 se halla recluido tristemente en un sanatorio mental del Estado. El sanatorio se encuentra emplazado entre jardines, y cuando llueve el agua se encharca en el barro de los paseos y la furia del viento mueve las ramas de los árboles. Entonces, el capitán Damiâo Mascarenhas, tras los empañados cristales de su habitación, alza la voz, alucinado, y empieza a hablar en malgache, que es una lengua ininteligible pero poética, como después veremos. Constituye un espectáculo deprimente, desde luego, y un día el ministro de Marina, que había ido a visitar al paciente durante una tormenta, fue presa de una angustia vital muy acusada y tuvo que guardar cama de la impresión que le hizo.

Ésta podía haber sido más triste todavía si se hubiese considerado que el capitán Mascarenhas fue, en sus tiempos, un hombre dotado para el estudio, que se había hecho célebre, al salir de la Escuela Naval, por sus investigaciones sobre Magallanes, Colón y Vasco da Gama. A él se le debe, mucho antes que a Leroi Gourhan, la aseveración de que «el descubridor, considerado aisladamente como individuo escogido, no revela en suma sino el desarrollo excepcional de las cualidades fundamentales del hombre de acción. Salvo en algunos casos en que actúa por orden y realiza su viaje como si hubiera tomado parte en una batalla o tratado un negocio, se encuentra en él la huella del ensueño de evasión: es hijo de un marino o sobrino de un oficial, ha leído con predilección relatos de conquistas o sencillamente ha soñado ante el mar, o ante una barraca de feria». Publicó asimismo Mascarenhas un Tratado de Náutica y Consideraciones sobre el estado actual de los calamares gigantes, libro este último en el que negaba la existencia y viabilidad de tales cefalópodos monstruosos.



Cansado un día de su vida de estudio, sintió la llamada del mar. Se resistió al principio, procurando distraerse con una cantante de fados que actuaba en el cabaret O Século, bellísima y melosa, que le cocinaba platos estimulantes de las Indias orientales, hasta que, ocasionalmente, en un restaurante de Lisboa, se enteró, por el maître, de que tales platos servían directamente para inducir al matrimonio, por lo que, desengañado, riñó con la bella. Ésta, en su última noche, le contó un fado nostálgico, con mucha intención:

Quando fordes namorado,
vireis a ser mais profundo
mais discreto e mais sutil,
porque o mundo namorado
he lá, senhor, outro mundo.
O meu mundo verdadeiro!
O minha justa batalha!
Mundo do meu doce engano!

De nada sirvieron estos versos de la canción, y Mascarenhas embarcose finalmente al servicio de una compañía naviera que mantenía líneas regulares con las colonias. Viajó por las Antillas, por el océano Índico y por el mar de la China, haciendo un descubrimiento que causó sensación en el mundo científico y lo acreditó aún más en la estimación

general. Descubrió el pelapauto, pez casi pétreo, evidente pervivencia de los tiempos prehistóricos. Lo describró como «uno de los eslabones que nos faltaba en la historia de la evolución de las especies».

Años más tarde, cuando cumplió los cuarenta años, y sintiéndose en la plena posesión de sus facultades intelectuales, le ocurrieron los extraños sucesos objeto de nuestro relato. Comenzó con una furiosa galerna en el canal de Mozambique, que le hizo perder el rumbo y ocasionó desperfectos en la nave. Para repararlos, fondeó Damiâo Mascarenhas en la ensenada de una isla desconocida cuyas aguas estaban cubiertas de putrefactos líquenes, y nada ocurrió de particular durante el tiempo empleado para las reparaciones, de modo que volvió el buque a zarpar nuevamente hacia mar abierto.

Sin embargo, los marineros observaron que de los costados del buque empezaban a brotar las ramitas de un vegetal desconocido. No se dio a ello más importancia que la que merecía un vulgar e inoportuno parásito, pero las ramitas fueron creciendo aceleradamente y, lo que es más extraño todavía, parecían dotadas de movimiento prensil. El capitán Mascarenhas ordenó que se cortaran los asquerosos apéndices, y por unos días el buque se vio libre de los mismos. No obstante, una mañana, la tripulación, al levantarse, contempló con horror el buque nuevamente ocupado por los pedúnculos de la planta, que había invadido los pasillos, las bodegas y la sala de máquinas. Su presencia era monstruosa, pues ahora parecía un amasijo de patas de pulpos gigantescos moviéndose de un lado para otro. El horror subió de punto cuando se comprobó que los oficiales y la marinería que se hallaban de guardia por la noche habían perecido, estrangulados por el monstruoso vegetal. Se entabló entonces una lucha a muerte entre la tripulación, conducida por Mascarenhas, y la terrorífica planta, que crecía sin cesar hasta que, exterminados por entero los hombres del capitán, éste optó por salvarse echándose al agua con un salvavidas.

Mecido por el vaivén de las olas, Damiâo Mascarenhas pudo contemplar, momentos más tarde, cómo del buque salían triunfantes las gigantescas patas que le daban la apariencia de un arácnido o de un cefalópodo. Aquella aberración de la mente empezó a moverse por la superficie del mar y, tras unos instantes de vacilación, desapareció rauda en el horizonte.

Medio moribundo, fue Mascarenhas rescatado por un pesquero francés que lo condujo a un puerto del sur de la isla de Madagascar. Trasladado a

Tananarive, entró en una larga convalecencia, aprendió el malgache y tradujo unos poemas indígenas que luego fueron publicados en Francia por el escritor, recientemente fallecido, Jean Paulhan. Por cierto que, en una obra de este autor, Les Fleurs de Tarbes, hay una referencia concreta a Mascarenhas.

Regresado éste a Lisboa, redactó un Memorándum, que mandó a todas las sociedades científicas del mundo demostrando que el llamado «calamar gigante» no es otra cosa que una planta parásita, de naturaleza mágica, que ataca a los buques, y proponiendo que tal extraordinaria planta fuese llamada en lo sucesivo el «cefalópodo vegetal».

Nada sucedió de inmediato, pero al cabo de unos días se presentaron en el domicilio de Damiâo Mascarenhas un médico y dos loqueros. Fueron vanas las protestas de Damiâo. Lo cogieron respetuosamente por debajo de los sobacos e, izándolo en el aire, lo sacaron fuera y lo metieron en una ambulancia que aguardaba en la esquina. Lo demás, lo sabe ya el lector.

LA DAMA DEL VELO NEGRO

Nos cuenta don Víctor Balaguer, en sus Memorias de un constituyente, los avatares de su viaje a Italia a bordo de la fragata Numancia que, junto con el Victoria y el Villa de Madrid, constituían nuestra escuálida flota de guerra del Mediterráneo. El viaje tenía por objeto ofrecer al duque de Aosta la corona de España, y don Víctor formaba parte de la comisión que, presidida por Ruiz Zorrilla, había nombrado el Congreso de Diputados. Como la comisión era numerosa, pues además de los veintiocho diputados, incluyendo en este número el presidente y los tres secretarios del Congreso, había que contar con los taquígrafos, los maceros y ujieres de las Cortes y la servidumbre, se convino en que se repartieran los distintos elementos de la comisión entre los tres buques, designando la suerte el que cada uno debía ocupar.

Cuando don Víctor, antes de embarcar, se despedía del general Prim, éste le estrechó cordialmente la mano y le dijo en catalán, que era la lengua que usaban siempre que estaban a solas:

–Cuando el rey venga, se acabó todo. Aquí no habrá más grito que el de «¡Viva el rey!». Ya haremos entrar en caja a todos estos insensatos que

sueñan con planes liberticidas y que confunden la palabra progreso con la palabra desorden, y la libertad con la licencia.

Don Víctor asintió para pasar luego a contarnos, día por día, los sucesos del viaje por mar, el desembarco en Génova, la llegada a Florencia, el discurso de Ruiz Zorrilla, la ceremonia en el palacio Pitti, y la aceptación de Amadeo, el nuevo rey. También nos cuenta que se alojó en el Albergo della Città y que, más tarde, en Milán, fue con don Juan Valera a visitar al gran poeta Manzoni, que no se hallaba en casa, por lo que tuvieron que contentarse con dejar sus respectivas tarjetas.

En Turín se hospedaron en el motel Trombetta y allí conocieron a un joven, elegante y de tez palidísima, llamado Giancarlo Nicoleti, que decía ser maestro de esgrima. Iba siempre acompañado de una dama, de porte majestuoso, que velaba su rostro con un velo negro y sus manos, con unos guantes del mismo fúnebre color. Nicoleti les dijo a los españoles que estaba rebosante de felicidad, pues iba a contraer matrimonio con la dama en cuestión, después de vencer su tenaz resistencia basada en una diferencia de edad notable. Había vencido esta resistencia, dijo, gracias a la brillante dialéctica de su estilo epistolar; y, al decir esto, el joven Nicoleti sacose del bolsillo un pequeño libro copiador de cartas, y les leyó las últimas cruzadas, a las que atribuía su triunfo. Decían así:

Mi idolatrada amiga:

Al manifestar, señorita, mis sentimientos, al jurarle que sólo usted puede hacerme feliz, nada le diré sin duda que sus ojos no lo hayan leído cien veces en los míos. Sé que va a objetarme mi juventud, a hacer en cierto modo un crimen de la desgracia que tuve de nacer algunos años después que usted; pero, ¿qué es lo que tiene de común esta corta diferencia de edad con mi amor? ¿Qué es lo que amo en usted sino a usted misma? Al ser más joven, tal vez la hubiese mirado con indiferencia; quizá sólo hubiera encontrado en usted una amable ligereza, y algunas gracias resultado de su candorosa ignorancia, en vez de este talento sólido y brillante, cuya facundia admiro más y más cada día, y de esta amena erudición con que adorna sus discursos. Sepa usted que, a pesar de mi poca edad, no busco en el bello sexo esas flores pasajeras que constituyen uno de sus adornos; quiero encontrar un amigo de talento en la que sea mi esposa, y, si me honra con él don de su amor y su mano, encuentro con usted sólo cuanto deseo.

Ya sé que me opondrá usted, como lo ha hecho ya tantas veces, todos los lugares comunes que se ponen en boga en estos casos: mis veinte años, me repetirá usted, son un obstáculo a mi desgracia; le harían temer a cada instante la poca duración de mi constancia, haría comparaciones nada favorables a mi esposa, entre ella y otras bellezas más jóvenes, etcétera, etcétera; mas y prescindo de estos sofismas, ni sacrificaré a ellos la felicidad de toda mi vida. Dígnese usted, pues, señora, no retardar más nuestro enlace: soy libre, rico, y hasta su mamá, a quien no conozco, desaprobaría sus dilaciones; ¿qué más se necesita? ¿Todos estos días eternos pasados en un cruel celibato no son otros tantos hurtos hechos al amor y al himeneo? Una respuesta favorable devolverá la felicidad y la esperanza al más apasionado de los amantes. Suyo, etcétera.

La respuesta era la siguiente:

Caballero:

Me rindo, querido Nicoleti. Si no me hubiese convencido usted con la razón me habría desarmado por el sentimiento; mas no me quejo de un triunfo en el cual me lisonjeo de encontrar algún día la felicidad. Quiera Dios que al renunciar a mis opiniones, y a la idea de que la igualdad de edades es una de las bases indispensables de la felicidad de los esposos, no tenga lugar de arrepentirme de haber concedido mi mano a un joven a quien acabase por pesarle en el fondo del corazón de haber contraído un empeño desgraciado. Por otra parte, si los talentos que se dignan concederme mis amigos y mis más tiernos cuidados puedan satisfacerle más que los encantos de la juventud, ¿qué esposo será más feliz que usted? Soy, etcétera.

Los españoles quedaron estupefactos, y no sabían qué decir. Pero, en aquel momento, se abrió una puerta disimulada en la pared y apareció, muy rígida, la dama enlutada con su velo. No dijo nada, pero Nicoleti se alzó demudado del diván, mientras la misteriosa dama cerraba rápida y furiosamente la puerta. Víctor Balaguer y Juan Valera hubiesen jurado que un ruido extraño e infrahumano se dejó oír detrás del tupido velo.

El testimonio de Antonio Labrada, secretario político de Romero Robledo (y de quien se acaba de descubrir su diario íntimo) es esencial en este punto, pues nos dice que los señores Valera y Balaguer quedaron muy

preocupados por estos hechos. Transcurrieron unos días, y Nicoleti, cada vez más pálido, se puso enfermo con evidentes trastornos intestinales. Acudió su padre desde Bolonia y, tras encerrarse con su hijo en la habitación, salió gritando que una planta en forma de mujer había dado muerte a Giancarlo, comiéndole las entrañas y el bazo. Momentos más tarde, se vio salir a la dama del velo negro y, montando en un carruaje, desapareció calle arriba, no sin dejar en el vestíbulo del hotel el pequeño fragmento de un desconocido arbusto lleno de púas que se contraían rítmicamente en el suelo. Alguien afirmó que se trataba de una planta mágica, oriunda de Tasmania, de naturaleza antropomorfa y de aparente sexo femenino (al igual que Dulce Amiga, la planta espía), dotada de una cruel voracidad, a la que los nativos llamaban «la Dama». Se habían visto también ejemplares en Cuba, vestidos de blanco en sus mecedoras, coqueteando con los gobernadores militares y fumando puros de Vuelta Abajo.

Lo curioso es que, años más tarde, se vio en Madrid al tal Antonio Labrada paseando por el Retiro, llevando del brazo a la dama del velo negro. Estaba pálido y ojeroso. Se dijo que se había casado con una viuda mayor que él, y muy rica. Un día lo hallaron muerto en su cama, vacío como un pellejo y sin rastro alguno de su mujer. Por más indagaciones que hizo la policía, jamás volvió a saberse nada de la dama misteriosa del velo negro.

LA BELLA TRAPECISTA

Nadie hubiese adivinado que miss Jane Barckley, trapecista de fama mundial, fuese en realidad una planta mágica, a no ser por el accidente que sufrió en el circo Ringling Bros-Barnum and Bailey, de Filadelfia, y que inspiró a Cecil B. de Mille su película El mayor espectáculo del mundo. A la hermosísima miss Jane se le rompió, en aquella ocasión, una cuerda de su trapecio, mientras ejecutaba el famosísimo «salto de la muerte en el vacío», y ciertamente la muerte hubiese llegado con su guadaña a segar la vida de miss Jane, a no ser que ésta, en su mortal caída, diera muestras de hallarse más liviana que el aire, descendiendo ingrávidamente transformada en un extraño vegetal que agitaba continuamente, a modo de alas pajariles, sus anchas y robustas hojas. El público, verdaderamente emocionado, no esperó a que miss Jane se posara dulcemente sobre el suelo, sino que demostró

unas urgentes e inexplicables ansias de salir al exterior del recinto, objetivo que fue alcanzado atropelladamente y sin tino, a costa de que murieran en el tumulto más de trescientos espectadores. Los periódicos, al día siguiente, hablaron de psicosis colectiva y de los miedos infundados e irracionales de las masas.

El hecho de que miss Jane Barckley apareciera nuevamente a los ojos de sus compañeros como tal miss Jane, y no como una planta mágica, indujo a éstos al error, y el desafío de su rosada y mórbida carne, evidentemente femenina, exhibida ahora hasta cierto punto con descaro, les hizo creer que, tal como afirmaban los periódicos, habían sido víctimas de una alucinación provocada por la espectacular caída de miss Jane. Es más: días más tarde, Joe Pitelli, el domador de elefantes, confirmó esta tesis tranquilizadora al divulgar –poco caballerosamente, por cierto– los favores que la otra noche había recibido de miss Jane en su camerino. Al decirlo, ponía los ojos en blanco y parecía sumido en la más exquisita rêverie.



Lo cierto era que miss Jane Barckley siempre había suscitado las más apasionadas admiraciones y ya desde muy jovencita, cuando trabajaba en el circo Medrano, de París, había sido la modelo preferida de Degas y de Toulouse-Lautrec, los cuales la pintaron como una diosa, ceñida en sus mallas, arrastrando una gran capa de terciopelo negro y con una blanca gardenia luciendo en el peinado. Muchos caballeros se enamoraron de miss Jane, y algunos se suicidaron en un rapto de locura, pero los más se contentaban con besar la fina punta de sus dedos y, en las grandes y fastuosas ocasiones, con beber el champán en sus dorados chapines de raso.

El propio príncipe de Gales la hizo objeto de su admiración y acudía, fumando gruesos cigarros puros, a la pista del circo para contemplar las aéreas evoluciones de miss Jane, a la que aplaudía con entusiasmo. Entonces, miss Jane hacía una graciosa reverencia y salía corriendo de puntillas, mientras la orquesta del circo lanzaba alegremente las primeras notas de un vals. Cuando regresaba al camerino, lo hacía siempre con la seguridad de encontrar un gran ramo de flores puesto ante el espejo y una gran caja de chocolatinas con las orillas del Támesis pintadas en la tapa. Miss Jane cerraba los ojos, ladeaba su adorable cabecita y valsaba, canturreando por lo bajo:

Ote-nous
mon coeur doux
d'émoi
viens à moi
m'amour
ce beau jour.

Lo raro era que miss Jane Barckley no envejecía nunca, presentando un aspecto perpetuamente primaveral a sus admiradores, algunos de los cuales ya chocheaban. Conoció y trató por supuesto a muchas celebridades circenses, en particular al célebre ëcuyer Wluf, que la invitaba a pasear a caballo; también trabó amistad con los Kludsky, familia de domadores checos que la obsequiaban con grandes y sabrosas tortas de ciruela. El año 1952 fue un año aciago para el circo y para miss Jane, pues durante el mismo murieron de accidente sus colegas Raymond Weyland, Peter Kurmapates, Jacqueline Theeters y Stefan Clerans, por lo que vistió de luto riguroso durante un año y se prohibió a sí misma toda aventura galante. Comentando estos hechos, el director del circo Sarrasani afirmaba que algo diabólico había en todo ello. Pero luego caía en un mutismo insondable, y nadie era capaz de hacerlo hablar.

En 1958, le ocurrió a miss Jane Barckley algo que pudo revelar al mundo su verdadera naturaleza. Después de ejecutar, por cuarenta veces seguidas, el «salto mortal en el vacío», y cuando recogía las ovaciones delirantes del público, a miss Jane, mientras saludaba emocionada, se le rompieron las mallas, empezando a salírsele por los desgarros unos troncos y unas hojas que estuvieron a punto de provocar otra catástrofe en el circo.

Impidió que tal cosa se produjera la solícita diligencia del director (que estaba enamorado de la trapecista), el cual, rápidamente, acudió con la capa a cubrir el cuerpo de miss Jane. Sin embargo, dos días después se volvió loco, falleciendo con temblores y aspavientos inauditos. Miss Jane, desde la puerta, lo contemplaba y lo miraba fija y enigmáticamente a los ojos.

Luego, aunque la gente se resiste a admitir la existencia de lo maravilloso, reduciendo lo inexplicable a hipótesis racionales, y aun cuando en este caso la intervención del infeliz y desgraciado director fuera decisiva para la reputación de miss Jane, ésta creyó prudente desaparecer por algún tiempo de las pistas de los circos, dedicándose, según afirma el prestigioso Henri Thétard, a labores de ganchillo de extraordinaria perfección.

Sin embargo, no era este régimen de vida el apropiado para miss Jane, y hace unos años corrió el rumor de que se había incorporado, más bella y joven que nunca, a un circo ambulante que recorría España de punta a punta. Sin pretender negarlo del todo, éste es un hecho que no obstante pone en duda el gran tratadista y particular amigo mío Sebastián Gasch, quien precisamente por estos años acompañaba al Circo Americano en una tournée por Andalucía al objeto de escribir su apasionante libro El circo por dentro.

Rendidos a la evidencia, diremos que lo cierto es que no sabemos dónde puede hallarse miss Jane Barckley. Por ello, si alguno de ustedes por casualidad lo averiguara, no deje de comunicármelo a vuelta de correo. Es un favor que agradecería muy particularmente.

FOLLETINESCA Y VEGETAL HISTORIA DEL COMERCIANTE ALBERTO LUDUEÑA

Vamos a describir una de las más insospechadas plantas mágicas. Su inverosimilitud turba la mente, y la visión de su verdadera naturaleza produce desarreglos graves en el sistema nervioso, como le aconteció a la joven y bella Matilde cuando le fue dado contemplar en la cripta de una antigua iglesia andaluza, construida en los tiempos de los primeros virreyes cristianos que sucedieron al débil y afeminado Boabdil. Todo ello lo cuenta muy bien el distinguido escritor G. Pérez de Miranda en una obra reveladora y profunda, escrita en 1832, antecedente directo de las investigaciones del admirable ocultista español, de prosapia asturiana, Rosso de Luna.

Ahora, para relacionar los hechos, el lector tendrá la bondad de trasladarse con el memorialista a una hermosa quinta del reino de Granada, donde vivía, a principios del siglo pasado, una familia acomodada y virtuosa. Don Alberto Ludueña se había enriquecido en el comercio, y todo su conato, desde que perdió a una esposa querida, fue el dar culta educación a Matilde, única hija suya, en quien brillaban las dotes del ingenio y las gracias de la hermosura. La casa de campo de que hablamos anunciaba por todas partes la riqueza y el buen gusto de su dueño. Verjas, escalinatas, columnas, estanques y jardines formaban un magnífico conjunto, excitando la admiración del peregrino y la curiosidad de los viajeros. Las salas interiores correspondían a esta grandeza exterior, lo mismo que los suntuosos muebles que las engalanaban. Sobre todo una de ellas de forma ovalada, con puerta al fondo correspondiendo al jardín, y otras dos colaterales que llevaban a varios aposentos, tenían tal elegancia en las líneas, tan buen gusto en los adornos, que era el sitio predilecto de la familia y la pieza que regularmente preferían cuantos visitaban la quinta.

Allí se hallaba, en el momento de que hablamos, Matilde, la hija de don Alberto, enteramente absorta en retocar y pulir cierto dibujo que iba trazando. Un ama de gobierno, mujer antigua en la casa, frisando a la sazón los cincuenta años de edad, entraba por una de las puertas que hemos dicho, y cariñosamente preguntole por qué en vez de ir a la cacería había preferido atender a su dibujo.

–Porque no tengo mayor inclinación a esos tumultuosos recreos –respondió Matilde.

–¡Pues qué! –insistió el ama–. ¿Ignora usted que la de hoy es más completa y bien combinada que otras veces?

–No lo ignoro, y aun he visto desde la torre la magnífica cabalgada. Pero tratándose de una señorita, a estos esparcimientos les falta el decoro y les sobra el peligro.

Vista la pudibundez y prudencia que esta escena nos revela en la bellísima hija de don Alberto, diremos ahora que la vida transcurría plácidamente en la quinta; placidez sólo truncada por los gorjeos y trinos de Matilde, aficionada a la ópera italiana, la cual, con el beneplácito de su amado padre, daba así la expresión cabal de su recatada alegría, pues desde hacía pocos meses se hallaba prometida con su primo Luis, conde de Almanza y brigadier de los reales ejércitos. Por todo ello, el futuro parecía sonreír encarecidamente a la gentil Matilde.

Sin embargo, una tarde, paseando la joven por el jardín, encaminose por una senda que la condujo al reducido templo de que ya hemos hablado al principio y que servía de oratorio a los habitantes de la quinta. Oscurecía. Cuando entró, Matilde vio cerca del portal a tres gitanas, brujas al decir de la gente, en animada conversación. No pudiendo reprimir su curiosidad, la joven parose a escuchar en la sombra.

–Digo –decía una de ellas– que no andas fuera de tino por lo que respecta a esta pobre niña que tan devotamente ha entrado en la iglesia. Yo sé su desgracia, pero me la callo. Sólo os diré que la otra noche, cuando me dirigía al lugar donde bamboleaba, colgado en la horca, el inmundo cadáver de Talega, el bandolero, y al levantar la luz para tomarle alcance de su rostro desencajado y lívido y ver su hediondo gesto y la asperísima cabellera, me cogió una alferecía, y empecé a dar diente con diente cual si fuese llegada mi última hora.

–¡Qué horror! –exclamaron a un tiempo las otras viejas, arrimándose mucho.

–Pues no fue esto lo más terrible, comadres, sino que me pareció como si aquel sucio espantajo abriese los ojos para mirarme, menease los labios para reprenderme, levantase los brazos para herirme y...

–¿Y no echaste a correr?

–¿Qué es correr? Allí me mantuve más arraigada que la Giralda de Sevilla, hasta que recobrando la serenidad y hostigada por el cebo de la maldita ganancia, arrojeme furiosa al cadáver fétido, y cual si luchase con él a puros bocados le desgarré los vestidos, y arranquele los dientes y los cabellos, y un pedazo de la pringada soga. Confieso que en medio de esta operación infernal salió de entre los árboles un tristísimo suspiro, y arrojaron las nubes tan inesperado trueno que, a pesar de toda mi audacia y sangre fría, desliceme bonitamente por las estiradas piernas del ahorcado, y en cuanto puse la punta de los pies en la tierra empecé a correr de tal modo que no me alcanzara el más ágil podenco de todo el reino. Volví la cabeza y vi que, de entre la maleza, salía una gran planta que, cual persona humana, caminaba, e iba vestida de caballero elegante. No sé lo que sería, pero algo me hizo pensar en nuestro vecino don Alberto Ludueña.

Turbada por esta horrible conversación, Matilde se arrodilló ante el altar. En esto hacíase de noche, y la capilla, únicamente alumbrada por dos lámparas semicirculares que colgaban de la bóveda, estaba ya sumergida en las más densas tinieblas. Asustose de verse sola en aquel sombrío recinto y,

al levantarse para volver a la casa, la detuvieron unos tristísimos ayes que detrás del altar mayor se percibían. Una puerta había en aquel lado, pero sólo para los habitantes de la quinta, en razón a que facilitaba el paso a las escaleras de caracol que conducían a la tribuna. Extrañó, por consiguiente, que alguno se hubiese introducido por ella, puesto que sólo don Alberto tenía la llave; y en la sospecha de si fuese individuo de la familia, anduvo vacilando entre huir o quedarse, a tiempo que la sorprendieron varias exclamaciones en cuyo eco reconoció al momento el metal de voz de su padre. Sin hacer el menor ruido, deslizose por entre las columnas y bajó a la cripta. Allí vio, con contornos humanos, a una especie de árbol, vestido con las ropas de su padre que, lamentándose amargamente, se iba bebiendo el aceite de las lámparas. Matilde debió de hacer ruido, pues la planta humana volviose de inmediato y quedose parada ante ella.

–¡Hija mía! –exclamó la delirante abominación–. Has descubierto mi secreto. Efectivamente, soy una planta mágica antropomorfa que, de vez en cuando, debe recobrar su aspecto primitivo.

Matilde no pudo resistir lo atroz de la situación y, lanzando un débil quejido, desplomóse al suelo mientras la planta, después de mesarse las hojas que a guisa de cabellos le surgían en la parte superior del tronco, huía desesperada y despavorida escaleras arriba.

Tres semanas estuvo entre la vida y la muerte la dulce Matilde. Al cabo de dos meses se casó con el conde de Almanza, que solícitamente la consolaba y que, dentro de lo que cabe, la hizo feliz. Nunca más se supo de don Alberto Ludueña, pero su recuerdo horroriza a los habitantes del reino de Granada.

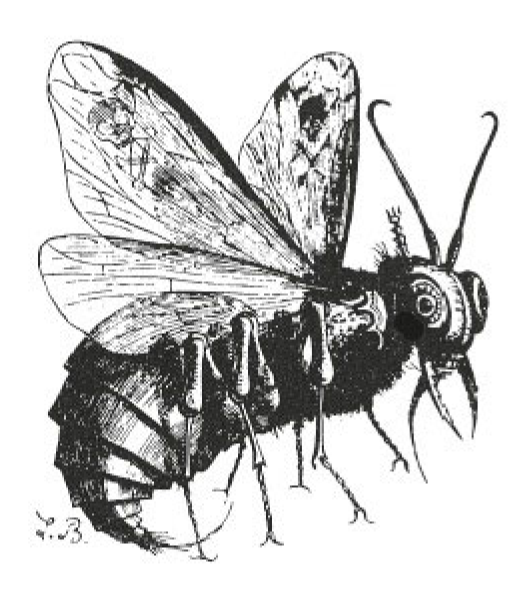
LA TIERNA HISTORIA DE LA PLANTA BEBÉ

Los hechos acaecieron en 1912, tres años después de que la señorita Ursula van Eeden se casara con Olaf Kloos, el mejor tallista de diamantes de todo Ámsterdam. Después de la boda, los Kloos se fueron a vivir a un piso muy bonito, cuyas ventanas se abrían sobre las aguas de uno de los múltiples canales que cruzaban la ciudad, y el bienestar del feliz matrimonio sólo fue turbado, de vez en cuando, por el relente putrefacto que les subía de las aguas encharcadas. Como era de esperar, dada la imperturbable felicidad conyugal que reinaba en la casa, la señora Kloos pronto estuvo dispuesta a recibir la visita de la cigüeña, cosa que,

efectivamente, ocurrió en circunstancias muy favorables. La señora Kloos fue madre de un precioso niño, al que bautizaron con el nombre de Johannes, asegurando el médico que era un niño normalmente constituido, en posesión del reflejo del abrazo o de Moro, el reflejo de succión y deglución, del reflejo de prensión y demás reflejos exigidos en estos casos. El pequeño Johannes sonreía feliz hacia su destino de honrado ciudadano holandés, todo ello bajo un cielo sin nubes y pese al relente pestilencial de las oleosas y negras aguas de los canales.

Una noche, aprovechando la relativa oscuridad y la total ausencia de transeúntes, algo cruzó la calle, dejando tras de sí un rastro húmedo, y empezó a reptar por la fachada de la casa de los Kloos, subiendo lentamente en dirección a la ventana del cuarto en que dormía el pequeño Johannes. Si alguien hubiese contemplado la penosa y desconcertante subida se hubiese dicho a sí mismo que un arbusto, llevado por el viento, había quedado prendido en un hierro u otro saliente de la fachada, y en parte no se hubiese equivocado, porque, efectivamente, de un arbusto se trataba, aunque dotado de movimiento e iniciativa propios en su totalidad.

El extraño vegetal, de unos tres palmos de longitud, para avanzar y sostenerse utilizaba sus hojas a modo de ventosas de gran fuerza adhesiva y, al llegar a la ventana, rastreó el alféizar y saltó dentro de la habitación muy sigilosamente. Llegose entonces hasta la cuna e, incorporándose, miró al niño dormido, largo rato, con embeleso. Luego, como el señor Kloos, desde la contigua alcoba conyugal, hiciera un inesperado y abrupto conato de ronquido, el vegetal azarose y, tras una rápida vacilación, se escondió en la leñera de la chimenea. En aquel momento, un pintado reloj de cuco tocó las cuatro de la madrugada y el sonido del pájaro mecánico retumbó lúgubremente en el silencio de la casa.



Tres días estuvo la planta mágica refugiada en la leñera, espiando el menor movimiento de Johannes, así como las operaciones a que se libraba su mamá cuando le cambiaba los pañales o lo alimentaba; también observó las reacciones de aquél en tales circunstancias. Al final del tercer día, cuando los padres del bebé se retiraron a dormir, la planta salió de la leñera y, cogiendo silenciosa y delicadamente al niño entre sus hojas-ventosas, lo encerró en un armario que había en un cuarto trastero, al otro lado del piso. Luego, suplantando la personalidad de Johannes, se envolvió en sus pañales color de rosa y voluptuosamente se durmió en la cuna.

La señora Kloos se despertó al oír llorar al niño. Levantose de la cama y después de preparar el biberón se lo dio, medio dormida, al falso Johannes. Este, inmediatamente, emitió el reflejo del abrazo o de Moro, extendiendo bajo las sábanas su follaje; luego, al rozarle la tetina de goma, puso en práctica el reflejo de succión y deglución, tragándose, muy satisfecho, la tibia leche malteada. Cuando terminó, hipó unos segundos en espera de soltar el eructo bienhechor. La señora Kloos le cantó por lo bajo una nana de efectos somníferos, cuyo equivalente castellano era, según Francisco Rodríguez Marín, el siguiente:

Duerme, niño chiquito,
que viene el Coco
y se lleva a los niños
que duermen poco.

Al niño que no duerme
lo coge el Coco,
y se lo va comiendo
poquito a poco,
etcétera.

Antes de dormirse, el falso Johannes intentó, agradecido, manifestarse con el reflejo de prensión, y agarró un dedo a la señora Kloos con una de sus hojas-ventosa. Con ello quería significar su tierno cariño y adhesión filial a la simpática y soñolienta figura que lo cuidaba.

La señora Kloos abrió desmesuradamente los ojos y luego, al ver aquel horroroso amasijo de hojas y tallos vistiendo los pañales de Johannes, pegó un grito desgarrador cayendo, desmayada, pesadamente al suelo.

El grito despertó al señor Kloos, el cual, al levantarse, vio a su esposa tendida sobre la alfombra. Los cabellos se le pusieron de punta al darse cuenta de que su hijo, como enloquecido por el pánico y pegando saltos de un lado para otro, se había transformado en un ser terrorífico. El señor Kloos enloqueció asimismo y, en camisa, huyó despavorido escaleras abajo, gritando y pidiendo auxilio con vehemente energía, hasta que salió la portera en gorro de dormir y los vecinos se asomaron al rellano. El señor Kloos apenas podía contar lo ocurrido y, prudentemente, ante la gravedad de la situación, se acordó esperar a la llegada de la policía.

Cuando llegó ésta, se tomó declaración al señor Kloos, y luego un sargento con tres de sus hombres subieron al piso de referencia, se dominó en el acto a la planta mágica (que no ofreció resistencia alguna), se asistió a la señora Kloos y se sacó de su encierro al pequeño Johannes, que parecía muy divertido.

La planta fue llevada inmediatamente al Gabinete Municipal de Historia Natural, y el sabio profesor Skjoeldborg dictaminó que se trataba de la llorona, también llamada «la planta bebé», vegetal mágico e inofensivo, hasta aquel momento localizada en Sumatra, cuyo máximo anhelo era la ternura maternal y el subrogarse en la personalidad de los recién nacidos.

Se supuso entonces que esta planta había llegado en algún barco de las colonias, y la municipalidad de Ámsterdam, siguiendo las consignas del sabio Skjoeldborg, desinfectó los canales a base de un potente veneno mezclado con harina malteada. Así se puso remedio a una situación que, de

proliferar y prolongarse, no sabemos ciertamente adónde hubiese desembocado.

APÉNDICE

Damos, a continuación, un pequeño diccionario de plantas mágicas, siguiendo las directrices del formidable ocultista Rodolfo Putz, sabio alemán, y basándonos en las enseñanzas de Agrippa, Alberto Magno, Dioscórides y el Divino Paracelso.

Abrótano (Abrotanum): Planta estomacal, estimulante y antihelmíntica, muy adecuada para provocar el flujo menstrual y facilitar los partos. La condesa de Pardo Bazán escribió una novela con este título que no llegó a publicarse y que, luego, lamentablemente, se ha perdido.

Acacia (Acacia): Sagrado árbol de los egipcios. Su imagen, en la francmasonería, simboliza la inmortalidad. En la secta Rosacruz, a cada momento se nos dice que la cruz en que murió Jesucristo era de madera de acacia. Es asimismo un árbol muy prestigiado por el Romanticismo y, desde entonces, los jardines se llenaron de acacias. Sirve para hacer talismanes.

Acanto (Acanthus mollis): Planta aperitiva y mágica cuyas propiedades están controvertidas.

Acedera (Rumex acetosa): Depurativa y refrescante. Se emplea en magia para provocar carcajadas incesantes. Su uso exagerado conduce a la muerte.

Acónito (Aconitum nopellas): Los griegos afirmaban que esta planta había nacido de la espuma de Cerbero cuando Hércules lo sacó de los infiernos. Tiene la virtud de hacer renacer el pelo, pero los profanos no deben hacer uso de esta planta, pues es gravemente peligrosa.

Achicoria (Chicorium intibus): Es laxante. Puestos de rodillas ante esta planta, el día de san Juan Bautista, antes de salir el sol, se arranca poco a poco, pronunciando en voz baja, por tres veces, la palabra sagrada «tetragrámmaton». Se la lleva uno a casa y se tiene guardada, bien envuelta en paños blancos y limpios. Con esto se obtiene un poderoso amuleto contra todas las acechanzas diabólicas. De esta bienhechora influencia participarán todos cuantos habiten la casa en donde se guarde dicho amuleto.

Agnocasto (Agnus castus): Según Putz, Paracelso llamó a esta planta «zatanea», y empleaba sus granos en infusión para «curar los ardores de la carne». Sus propiedades anafrodisíacas eran ya conocidas de los atenienses, los cuales ponían esta planta en sus lechos para conservar la continencia. Con ayuda del agnocasto, pudo Antoine Houdar de Lamotte (1672-1731) escribir estos versos:

Et l'honneur de passer pour chaste
me résolut à l'être en effet.

Agrimonia (Agrimonia eupatoria): Las hojas de esta planta, colocadas sobre la cabeza de una persona dormida, privan su despertar. De esta manera robaron a Aladino su lámpara maravillosa y al marqués de Mondéjar el manuscrito de su discurso sobre el Origen de la Era española y su diferencia con los años de Cristo que tenía guardado en una alacena. Esto último, don Gregorio Mayans y Siscar lo explica con mucho comedimiento en una comunicación a la Academia Valenciana fechada en 1744.



Ajenjo (Artemisa absinthym): Apta para provocar alucinaciones terroríficas, es receptáculo del astral inferior. Sus flores quemadas se emplean como poderoso perfume de las invocaciones infernales. Pero en este caso, como dice intencionadamente Lope de Vega en Las flores de don Juan, acto III, escena IV:

Mal le val del natural
quien de olor artificial
baña el cuerpo y el vestido.

En licorería, el ajenjo lo impusieron elegantemente los poètes maudits: Baudelaire, Rimbaud, Verlaine, etcétera.

Alcachofa (Scolynus): Es afrodisíaca. Excelente comestible.

Aliso (Betula nigra): El envés de sus hojas se blanquea cuando va a llover. El brujo Belarmino de Arriaza usaba el carbón de su madera para trazar los círculos mágicos en las invocaciones diabólicas.

Áloes (Alos socotrina): Liliácea. Cura el mal de san Vito y las verrugas obstinadas. Purgante.

Angélica (Archangelica officinalis): También se la llama hierba del Espíritu Santo, ya que puesta en el cuello de los niños los preserva de

los embrujamientos. Dícese que Chateaubriand la llevó hasta los catorce años, momento en que se le despertó la pubertad al enamorarse de la marquesa de Beauvilliers. Algo de esto se deja entrever al comienzo de su Vie de Rance, que forma parte de los Mélanges historiques et politiques.

Anís verde (Pimpinella anisum): Es diurética y atemperante; mejora la vista. En fragmentos introducidos en las fosas nasales, cura las úlceras de la nariz. En la calle de Carretas, en el Madrid de Mesonero Romanos, un herbolario la vendía en saquitos de tela a precios moderados, y fue tal su éxito que se enriqueció en poco tiempo, comprándose una finca a orillas del Manzanares. Esto suscitó la codicia de unos desalmados que, una noche, dieron muerte al herbolario y a su familia y, no hallando el dinero por ninguna parte, abrieron las bolsas de anís verde por ver si estaba oculto allí. Esto fue su perdición, pues el acre polvillo que levantaron invadió sus fosas nasales y los ahogó en medio de horribles sufrimientos. Este crimen está contado en el romance de ciego titulado Horroroso crimen del Manzanares o el castigo del Anís Verde.

Apio (Apio graveleones): Indicado contra el flato. Retira la leche de las madres. Muy usado en cocina.

Aristoloquia (Aristolochia): Planta muy buena para la expulsión de las secundinas. Cura también la sarna y desata el «nudo de la agujeta», como así se conoce el hechizo que impide al hombre realizar el acto sexual con su mujer.

Árnica (Arnica montana): Para los atontamientos transitorios y las retenciones de orina por parálisis de vejiga. Buena también para los golpes. Sus poderes mágicos son controvertidos.

Artemia (Artemisa vulgaris): Muy mágica. Se coge en la noche de San Juan. En Bohemia y en Alemania del sur hacen coronas de esta planta que preserva de hechizos todo el año.

Atanasia (Tanacetum vulgare): Corrige las ventosidades pestilentes. Dosis: diez gramos al día.

Avellano (Hamamelis virginica): Favorita de los zahoríes. El padre Kircher dice así: «Se coge un renuevo de avellano (no exige que sea silvestre) bien derecho y sin nudos, se corta en dos pedazos iguales, se agujerea el extremo de uno de ellos, formando un pequeño hueco, y se corta el extremo del otro en forma de punta, de modo que el extremo del uno penetre en el del otro. Se lleva en esta posición hacia delante, sosteniéndolo entre los dedos índices. Cuando se pasa por encima de hilos de agua o de venas metálicas, la varita oscila marcadamente».

Beleño negro (Hyosciamus niger): Sirve para hacer, con otros ingredientes, el ungüento de las brujas. Planta fatídica. La utilizó la bruja La Voisin en la misa negra a favor de la Montespan. Ha quedado constancia de la súplica que pronunció ésta:

Yo, Francisca Atenaida de Montenart, marquesa de Montespan, solicito y pido gozar de la amistad del rey y del delfín, y que ésta sea constante; que la reina sea estéril; que por mí y los míos abandone el rey su lecho y su mesa; que mis servidores y domésticos gocen de su simpatía; que, amada y respetada por los grandes señores de la Corte, pueda yo asistir a los Consejos de la Corona y saber lo que en ellos sucede; que, aumentando esta amistad más que en el pasado, el rey abandone y no mire más a Fontangnes y que, repudiando a la reina, pueda yo ser su esposa.

Belladona (Atropa belladona): De propiedades parecidas a la anterior. Interviene también en la pomada de las brujas para asistir a los aquelarres. En los de Bretaña, las brujas decían:

Par sur baies et buchons,
faut que je trouve les autres où qu'ils sont.

Las de Portugal, canturreaban:

Vea, vea,
por cima de toda a felha.

En España, principalmente las de Sevilla, entonaban:

Por encima de peñas,
por encima de matos,
a Sevilla con todos los diablos.

Y en los aquelarres de Cerneula, cerca de Burgos, las brujas salmodiaban:

Sin Dios y sin santa María
por la chimenea arriba.

Betónica (Betonica officinalis): Utilizándola interiormente, produce abundantes evacuaciones. La tomaba cada mañana, antes del desayuno, el caballero Casanova de Seingalt, gran libertino. Sobre sus increíbles propiedades, escribió estos versos:

Forse era ver, ma non pero credibile
a chi del senso suo fosse signore.

Bistorta (Poligonum bistorta): Se emplea su raíz como poderoso astringente, para combatir las diarreas crónicas. La utilizó asimismo el caballero Casanova de Seingalt cuando fue perseguido por la policía y encerrado en los Plomos. Las dosis se las daban con precaución, por lo que el caballero clamaba a grandes voces: «Un'altra, un'altra, gran Dio!, ma più forte!».

Brionia (Bryonia alba): La imaginación popular ha bautizado inexplicablemente a esta planta con los nombres de «nabo galante», «nabo diabólico», «muerte del diablo» y otras varias. Columela afirmó que ahuyentaba a los rayos.

Camelia (Camelli): Fue traída de la China por el sabio jesuita Camelli, del cual ha tomado el nombre. Produce aceite de gran valor mágico, pero que no es prudente divulgar.

Caña (Arundo donax): Excelente para hacer retirar la leche de las nodrizas. Sirve para el conjuro del dolor de muelas. Los mejores brujos para tal conjuro viven disimulados en Amposta desde los tiempos en que el racionalista Carlos III quiso construir San Carlos de la Rápita, ciudad a la que estos brujos acechaban con envidia. Misteriosamente, la ciudad dejó de construirse a raíz de un fuerte dolor de muelas del rey.

Cáñamo indio (Cannabis indica): Veneno activísimo. En pequeñas dosis produce alucinaciones extáticas. Lo usan los faquires en sus peligrosos viajes astrales.

Cebolla (Allium cepa): Emoliente. En la ciudad de Gandesa la usan para suavizar el vino demasiado fuerte, según una fórmula del gran Laguno. En el siglo xix, un notario de esta ciudad, llamado Julio Lacambra, muy perito en ciencias químicas, aisló, por primera vez en el mundo, el gas lacrimógeno que contiene la cebolla, ofreciéndolo a S. M. la reina Isabel II para combatir a las fuerzas del pretendiente. Julio Lacambra, hombre de parvo apetito, pasó sin embargo a la Historia por el guiso que le preparaba su cocinera, llamado «salmonetes en caldo», muy rico en virtudes expectorantes.

Cicuta (Conium maculatum): Veneno activísimo que se tomó Sócrates al objeto de no desobedecer las leyes. No produce ningún efecto tóxico en las cabras y carneros, siendo venenosa para los conejos, bueyes y caballos. Preparada en vino produce un sueño letárgico a los pájaros.

Ciprés (Cupressus sempervirens): En magia sirve para hacer las mesas triangulares de «los responsos al revés». El famoso libro de brujería titulado Pactum es el único que da a conocer extensamente los «responsos al revés». Sin embargo, en Los secretos del Infierno o el emperador Lucifer y su ministro Lucifugo Rofocale, se dice que pocas personas habrán oído hablar de los «responsos al revés» y de sus espantables efectos, y muchos menos serán los que poseen el libro que da a conocer las terribles imprecaciones y las fórmulas del ritual de que son acompañados. Según este libro, los «responsos al revés» tienen por

objeto castigar a las personas que nos han hecho algún daño o nos han causado un perjuicio injustamente. Si alguien, impulsado por el odio y sin justo motivo, dice los responsos para perjudicar a una persona, sus efectos son contraproducentes; es decir, que se favorece a la persona odiada en vez de perjudicarla, y en cambio el mal que se le desea se vuelve contra quien lo solicita.

Los «responsos al revés» tienen la rara virtud de castigar al que nos hace daño, aunque no sepamos quién es el que se ocupa en perjudicarnos. Por esto, están indicados en los casos de robo, embrujamiento y calumnia, por ser sus autores, casi siempre, desconocidos.

El ceremonial es el siguiente: quien recite los responsos, se encierra en un cuarto; en él no habrá más muebles que una mesa triangular de madera de ciprés; ésta debe estar cubierta por completo con un paño negro. En la mesa se colocan dos candelabros de barro barnizado, llevándose una distancia de tres palmos uno de otro. Cada candelabro tendrá su cirio de cera pura, de color verde. En medio de los candelabros se coloca un vaso de cristal, lleno de agua clara. El día de la ceremonia debe ser un viernes y a la hora de ponerse el sol. El invocador extiende los brazos de manera que sus manos se toquen por la punta de los pulgares y que vengan a parar encima del vaso, sin tocarlo. Mientras se reciten los responsos se tendrán los ojos fijos en el vaso de agua. Los responsos empiezan así:

1. Panem caelestem accipiat sit nomen Domine invocabis. Amén.
2. Espíritu del Bien o del Mal, sea el que fuere quien ayudarme ha. ¡Yo te invoco!
3. Y quiero que te presentes aquí mismo y ahora mismo.
4. Y quiero que te presentes invisible para mí y para los demás.
5. Y quiero que no hagas ruido de ninguna clase, ni muestres señal alguna visible ni invisible.
6. Y quiero que no turbes la paz de este lugar.
7. Y quiero que así sea. Amén.

Los siete párrafos que anteceden constituyen la invocación. Esta fórmula es invariable en todas las peticiones. Luego, se dicen los responsos apropiados para cada caso.

Clavillos (Eugenia cariphyla): Vienen de Cayena y de las Molucas, y sirven para aumentar la fuerza de los hipnotizadores, si éstos se los ponen en la boca. Dícese que, entonces, su mirada adquiere un fulgor rojizo, vagamente infernal.

Coca (Eritroxylum coca): Se la llama también «coca del Perú», y de ella se extrae la cocaína. La mastican los indios y combate la obesidad. Según Stanislas de Guaita, sirve para hacer el pacto con los seres del Astral. Pero sin coca también se hicieron pactos, y el más antiguo que se conoce, referido al diablo, es el de Teófilo, ecónomo de la iglesia de Adava, hacia el año 538. Gaultier de Coinsy hizo en el siglo xiii un poema dialogado, titulado «Le Miracle de Théophile», sacado de la historia griega de Eutychianus. Otro poema sobre el tema es el de Rutebeuf, al cual pertenece este diálogo:

Les diables

Or joing
Tes mains, et si devien mes hom:
Je t'aideral autre reson.

Theophiles

Vez-ci que je vous fez hommage
Mès que je r'aie mon domage
Biaus sire, dès or en avant.



Actualmente la coca se emplea para bebidas refrescantes, altamente industrializadas, como la Coca-Cola y la Pepsi.

Coclaria (Coclearia officinalis): Es antiescorbútica. Sus propiedades mágicas, ciertamente eficaces, son desconocidas.

Col (Brassica oleracea): Antiguamente se la consideraba como el remedio universal. El entusiasmo de la gente ante la col llegó a ser tan acusado que se afirmaba que la orina de los que se alimentaban con coles curaba las fístulas, los herpes y el cáncer. Pedro el Grande y Catalina de Rusia eran muy aficionados a las coles, y las comían crudas, cortadas muy finas, con una salsa a base de huevos, mantequilla, mostaza, vinagre y leche fresca. Este plato, altamente afrodisíaco, fue divulgado por los herederos de uno de los amantes de Catalina, caído en desgracia, y más tarde incorporado por un emigrante a la cocina típica del Canadá con el nombre de «Cola Sla», figurando así en todos los recetarios culinarios. La col fermentada se llama choucroute (en alemán Sauer-Kraut) y Grimod de la Reynière (el gastrónomo que tenía los dedos de la mano unidos por una membrana, como un pato) decía: «C'est le mets par excellence des Allemands qui en raffolent; aussi est-il passé en proverbe qu'un moyen certain de se faire assommer, c'est: en Italie, de ne pas trouver les femmes jolies; en Angleterre, de chicaner le peuple sur le degré de liberté dont il jout; et en Allemagne, de ne pas croire que la choucroute est un mets des dieux».

Trocitos de col quemados con enebro y retales de uñas de un enemigo acarrea a éste acidez crónica de estómago.

Consuelda (Symphitum officinale): Se la conoce también por los siguientes nombres: «oreja de asno», «oreja de vaca», «lengua de vaca», «hierba de las cortaduras», «hierba de los cardenales», «sinfito mayor», «sinfito de perro», «consolida» y «suelda con suelda». El doctor Sorapán de Rieros (el Cisne del Dauro), afirmaba:

Más mató Consuelda
que sanó Avicena

refiriéndose a la utilización de esta planta por vulgares curanderos. Sin embargo, Vicente Pérez, que era médico titular de Pozoblanco de las Pedrochas en 1737 y que alcanzó el sobrenombre de «Médico del Agua» (porque todo lo curaba con agua) alaba la consuelda. Pero no es de fiar, y ya Aguilar, escribió:

Llama al «Médico del Agua», que te ofrezco
que has de morir con más gusto y con más fresco,
porque, al menos, ese médico procura
que aunque mueras, mueras con frescura.

Corregüela (Calystegia sipium): Crece en los cañaverales. En otoño, cuando soplan los primeros vientos, la raíz de esta planta penetra en las casas y cruza rápidamente las paredes, para reposar luego en los rincones. Muchos, sin fijarse, la confunden con la araña común o doméstica. Es, no obstante, inofensiva, afirmándose que le dio un gran susto a Kant cuando escribía la Crítica de la razón pura, pues halló una corregüela debajo de la almohada de su cama (fenómeno que no pudo explicarse filosóficamente y que lo hundió en la melancolía).

Culantrillo (Adianthum capillus): Se conoce también con el nombre de «culantrillo de pozo», porque es un helecho que crece en el interior de los pozos oscuros y húmedos. Como la anterior, puede transformarse mágicamente, pero sólo en el caso de que una persona dé

una gran voz en la boca del pozo, cosa que se suele hacer muchas veces sin saber las consecuencias de tal acto. Entonces el culantrillo se transforma en una especie de serpiente y busca inmediatamente el calor de los braseros y de las cocinas, dando espantos de muerte a las cocineras, doncellas y amas de casa. Esto es lo que le aconteció a la esposa de Maximiliano José, rey de Baviera, cuando por primera vez vio un culantrillo convertido en serpiente junto a la chimenea de la alcoba. Cayó enferma y no se recuperó jamás. Ello dio motivo a la célebre canción francesa, un poco libertina, llamada Le roi de Bavière:

Il était naguère
un roi de Bavière
toujours suivi
d'un long ennui
que rien ne pouvait distraire...
un soir, sous l'ombrage.
soul avec son page.
Il entendit dans la foret
une voix qui chantait,
etcétera.

Damiana (Turnera aphrodisiaca): Es afrodisíaca, como su nombre erudito indica, y tratada mágicamente provoca pasiones arrebatadas y sin remedio posible. En la antigüedad, Helena de Troya y Marco Antonio fueron trabajados por la damiana, que los condujo a sus tristes destinos. Abelardo y Eloísa, también. Y asimismo, Pablo y Virginia, que la ingirieron por equivocación. Testimonios literarios nos han quedado muchos, como el de Ausiàs March (asimismo víctima de la damiana):

Plena de seny, donau-me una crosta
del vostre amor, que em leve l'amargor.
De tot menjar m'ha pres gran desabor
sino d'aquell que molta amor me costa.

O el de Garcilaso:

¡Oh, dulces prendas por mí mal halladas,
dulces y alegres quando Dios quería!
Juntas seáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.

Y, modernamente, d'Annunzio, en una bellísima carta de amor:

Cara anima,

Ti scrissi pochi giorni or sono e già parmi che de secoli non ti abbia rivolto le parole ardenti che sgorgano spontanee del cuore appasionato, ch'io non ti abbi assicurata del continuo palpito della mia anima tenera, del pensiero costante, della mia mente che evoca senz tregua la tua Imagine serena e palpitante nei miei sogni d'amore. Il mio cuore t'invoca continuamente da lontano e una dolce malinconia m'avvolge quando penso alla dolcezza ineffabile dei tuoi occhi profondi, indefinibili e subisco allora il fascino irresistibile, m'invade la tenerezga infinita il dolce fascino ch'io provava nel leggere nelle tue pupille che m'ispiravano amore, nelle tue pupille dolci e tenere che mi rapivano in un'estasi non mai conosciuta...

Dictamo blanco (Dictamus albus): Llamada también por el pueblo «fresnillo», es planta perenne que, tomada en infusión, regulariza el flujo menstrual.

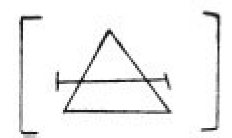
Diente de león (Taraxacum dens leonis): Si se troncha un tallo de la planta, ésta segrega un jugo lechoso y amargo. Muy apropiada para curar la llamada «locura del león», que es la enfermedad que sufren los que se creen leones. Para ello, basta atar al paciente en su lecho y, teniendo delante un crucifijo, suministrarle cada tres horas un pocillo de esta leche amarga. Si el enfermo resiste la cura, sanará.

Elébero negro (Helleborus niger): Se le llama también «rosa de fuego», «hierba de invierno» o «hierba de Navidad». Los templarios la usaban en París para sus sortilegios sodomíticos y para hacer hablar a la «cabeza parlante», que les revelaba muchos secretos. Pero, así y todo, como es sabido, sus enormes riquezas y su codicia los perdieron. En Cataluña, precisamente en el castillo de Miravet (que era propiedad de

los templarios) existe, grabado en la piedra, un largo poema sobre el Helleborus niger.

Encina (Quercus suber): Se recomienda contra la tisis pulmonar. Se lleva, en un saquito, bajo la axila izquierda.

Enebro (Juniperus communis): Sus bayas, empleadas en cocimiento, hacen orinar. Se utiliza, en magia, para hacer huir a las serpientes, llevando, como lleva, el signo exotérico de la Trinidad. Es la planta preferida de Scheva, el único demonio-hembra de toda la corte infernal (y que ciertos demonólogos llaman «Pititis».) En el ejército infernal desempeña el cargo de cantinera y concubina, invocándosela únicamente en los casos de perfidia, amor mendaz, vanidad, estafa y robo. Su signatura diabólica es la siguiente:



Con el enebro se hace la ginebra, licor muy celebrado por los aficionados.

Enula campana (Inula Helenium): En Los secretos del pequeño Alberto, dícese lo siguiente:

En la noche de San Juan, al dar las doce, cógese la hierba llamada Enula Campana, hágase secar y redúzcase a polvo, añadiéndole una pequeña cantidad de ámbar gris. Métase todo en una bolsita de seda verde y llévese encima del corazón durante nueve días. Pónganse luego estos polvos en contacto con la piel de la persona que se ama (sin que ella lo advierta) y se despertará en ella un amor irresistible hacia quien ha hecho la operación descrita.

Escabiosa (Succina pratensis): Planta que provoca la exudación. Dícese que a Felipe el Hermoso en realidad lo mataron dándole escabiosa. Provocó en él un sudor tan largo y copioso que, al cabo,

terminó por desecarse completamente, soldándose las vísceras unas con otras por falta de agua. Dijo sus últimas palabras en alemán.

Espino cerval (Rhammus catharticus): Planta de olor nauseabundo. Se desconocen sus verdaderas propiedades mágicas.

Estramonio (Datura stramonium): Maloliente, como la anterior. Los franceses la llaman hierba du diable porque el príncipe de Condé exclamó «diable!» ante el ofensivo olor de un pomo de estramonio que una doncella llevaba en el pecho por temor a ser violada por los soldados del príncipe.

Fresera (Fragaria vesca): Produce las fresas. Planta predilecta de los silfos y los gnomos, todos ellos de natural muy goloso.

Gatuña (Ononis campestris): Se llama gatuña porque sus espinas arañan como un gato. Debido a unos arañazos de esta planta, cuando cultivaba su jardín, el padre Osuna escribió el Tercer Abecedario. Son falsas las demás razones que aduce Marcel Bataillon para justificar el erasmismo de este autor.

Genciana (Gentiana lutea): Además de mágica es una planta poética, cantada por Shakespeare y también por Marlowe.

Gordolobo (Verboscum thapsus): Tiene alguna relación oculta con los lobos, pero hasta ahora no se ha podido descubrir. Por la noche, aúlla lo mismo que este fiero animal.

Haya (Fagus sylvatica): Con ella se hace el conjuro que hace ver a las muchachas y viudas, durante la noche, el marido que tendrán. Es el siguiente: las que desean hacer esta prueba, tomarán una ramita de haya, a la cual atarán sus medias con una cinta de hilo blanco, y lo pondrán todo debajo de la almohada, y al acostarse se untarán las sienes con un poco de sangre de abubilla, pronunciando la siguiente oración: «Kirios clementissime, qui Abraham servo tuo dedisti uxorem; Saram et filio ejus obedientissimo, per admirabilem signum, indicasti

Rebecam uxorem; indica mihi ancillae tuae, quem sim nuptura virum, per ministerium tourum spirituum Balideth, Abumalit. Amén».

Al día siguiente, al despertarse, procurarán acordarse de lo que habrán visto en sueños durante la noche; y, si no han tenido ninguna aparición de hombre, repetirán la operación en las noches de los tres viernes siguientes; y, si en estas tres noches no han obtenido tampoco ninguna visión de hombre durante el sueño, pueden estar ciertas de que no se casarán nunca.

Las viudas pueden hacer esta prueba lo mismo que las doncellas, con la única diferencia que deberán acostarse al revés, esto es, colocando la almohada a los pies de la cama.

Helecho macho (Polysticum filix suos): Su semilla tiene virtud contra todo espíritu maligno. J. B. Thiers, en su Traité des Superstitions, consigna la manera de obtenerla:

En la verbena de San Juan, al dar las primeras campanadas de las doce, colocaréis un mantel nuevo de lienzo o cáñamo, que no haya servido, debajo de una mata de helecho que ya debéis de haber elegido de antemano y bendecido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para que el demonio no ponga obstáculos a vuestra empresa. Al empezar la operación, trazaréis un círculo mágico alrededor de la planta, colocándose dentro de él las personas que asistan a la ceremonia, el número de las cuales ha de ser uno o tres. Una vez dentro de dicho círculo, debe recitarse la letanía de los ángeles, en voz alta, para obligar al demonio a que se retire; el cual, no obstante, pretenderá asustar a los oficiantes para que no consigan su propósito, pero al escuchar la letanía, ipso facto las entidades infernales se retirarán de aquel lugar. Terminada la letanía angélica, se recogerá la simiente y se procederá, con toda equidad, a su reparto, procurando no haya disputas ni se produzca el descontento, pues de no ser así, la simiente del helecho perdería gran parte de sus virtudes.

Heliotropo (Helios, de sol; Tropos, de girar): Va siguiendo el curso del sol. Ayuda a interpretar los sueños. Se usa también en perfumería galante.

Hierba gatera (Nepeta cataria): Sirve para hacer el famoso conjuro de la «gallina negra», que es el siguiente. Tomad una gallina negra que no haya puesto todavía y esté virgen de gallo. Haced de modo que al cogerla no grite; para ello iréis a las once de la noche, cuando duerma. Dirigíos después a un camino real, donde se crucen dos sendas, y allí, a medianoche, trazad un círculo, con un ramito de hierba gatera; colocaos en el centro del círculo y cortad en dos partes el cuerpo de la gallina, pronunciando tres veces estas palabras: «Eloim, Essaim, trugativi et appellavi». Volved enseguida la faz hacia Oriente, arrodillaos y recitad la oración evocatoria. Entonces se os aparecerá el Espíritu vestido con frac de escarlata galoneado, con chaleco amarillo y unos calzones verdes. Su cabeza se parecerá a la de un perro, con orejas de asno y coronada con dos cuernos; sus piernas serán como de buey. Os pedirá vuestras órdenes; dádselas como tengáis a bien, porque no podrá negarse a obedeceros, y así podréis haceros el más rico y poderoso y, por consiguiente, el más feliz de todos los hombres.

Hinojo (Foeniculum vulgare): En catalán, fonoll. El gran Arnau de Vilanova recomienda el cocimiento de hinojo para curar las almorranas, diciendo que tales cocimientos son «escalfadors mol·lificatius, los quals saument, e que no se'n sent hom, desimflen la sobrefluïtat de la sanch escamptant-la per diverses parts de dins. Aquests escalfadors se fan de dues maneres: la una és que medicines cuytes en aygua sien posades sotas una cela foradada, e, seén en la cela raeba la babor per les parts jusanes; l'altra manera és que les medicines, ab l'aygua en què aurant cuyt, sien posades en el guavadal ho en una conqua, e sigua aquí lo malaut, ho meta aquí una sponga a puys sia premuda e sigua desús. Mas la primera manera e la seguona és de major vertut a obrar».

Hisopo (Hyssopus officinalis): Sirve para activar el pulso, operación esencial en Medicina. El abate don Lorenzo Hervás y Panduro, inspirándose en los médicos chinos, afirma en su Historia de la vida del hombre (1789) que «si se pulsa una mujer en la extremidad del hueso cúbito, y su pulso siempre es resbaladizo, se podrá asegurar que está embarazada; de hembra, si el pulso de su mano derecha es regurgitante; y de varón, si es regurgitante el pulso de su mano

izquierda. Quien toma el pulso, debe tener tranquilidad corporal y espiritual; estar con suma atención sin distraerse; y el movimiento de sístole y diástole en su pulso debe ser regular».

Iris (Iris, Iride): Los niños y niñas vírgenes de la sociedad burguesa de Londres dormían, durante la época victoriana, con un ramito de iris bajo la almohada, lo que les permitía soñar con el futuro. Muchas operaciones bancarias de los Rothschild, felizmente terminadas, se basaron en los sueños de dos hermanitos, llamados Ernest y Polly Maggoo, cuyos sueños podían ser dirigidos a instigación de preguntas formuladas.

Jacinto (Hyacinthus orientalis): En el libro Secreti di Don Alessio Piemontesen (siglo XVI) se informa de que «el jugo de la raíz del jacinto impide el desarrollo del sistema piloso, hace retrasar la pubertad y cura los tumores de los testículos». Dice Putz que, para obtener jacintos en invierno, «desde septiembre a noviembre se llenan de agua unas botellas que deberán ser proporcionadas al tamaño de los bulbos de la planta. Estos bulbos se colocan de modo que la corona, o sea el punto por donde salen las raíces, toque al nivel del agua, la que se renovará cada veinte días, y echándole un poco de sal de amoníaco para que no se corrompa. Este cultivo ofrece un agradable entretenimiento, pues los jacintos constituyen una agradable sorpresa para quienes ignoran la manera de obtenerlos, y cuyo cultivo se reduce a lo dicho y a darles luz y aire de vez en cuando».

Lirio (Lilium crynostetes): Símbolo de la castidad. Lo usaban mucho los prerrafaelistas como elemento decorativo y evanescente, singularmente Dante Gabriel Rosetti que, incluso, estampaba su imagen en la cubierta de sus libros. En magia, colgado del cuello, reconcilia a los amantes que han roto sus relaciones amorosas.

Lúpulo (Húmulus lupulus): Combate las poluciones nocturnas. Sirve también para hacer cerveza. En magia, quemando esta planta en un pebetero y salmodiando secretos conjuros, se invoca a los espíritus. Los hay de elementales, que fueron los que conturbaron una noche a Zorrilla, obligándole a decir:

¡Huid, fantasmas de la noche umbría,
de negros sueños multitud liviana!

Y más adelante:

La niebla oscura
vuestro contorno sin color me vela,
ni sé quién sois, ni vuestra faz impura
el más leve recuerdo me revela.

Otras veces aparecen espíritus selectos, como Molière, que se apareció a Remy de Gourmont la noche del 14 de febrero de 1891, haciéndole revelaciones sensacionales. Transcribimos el emocionante diálogo:

–Soy Molière. Hay manuscritos míos en casa del duque de Choisseul. Éste únicamente sabe en qué sitio se encuentran. Buscad en la biblioteca. Luis XIV era un gran hombre y un egoísta sin corazón. Gran valor personal e independencia de sus ministros. El crítico que más he querido ha sido Voltaire. Mi primera producción, La perle des filles, fue puesta en escena en 1666 en Abbéville. Era un manuscrito de mi puño en 18, el cual está en la biblioteca del duque. Molière es el nombre de una mujer que yo he amado mucho y que murió en mis brazos a los dieciséis años de edad. Mi primer amor, Zenaida, florista, calle de Jean-de-Bel.

–¿La amabas más que a Armanda?
–No era el mismo amor. Yo tenía diecinueve años, era un amor puro y resistía al deseo. Murió de un sobresalto a la salida de una fiesta, donde había bailado mucho, y de la cual había sido nombrada reina; ésta era la fiesta de las floristas. Yo tenía un amigo de confianza, Justin Quacillart; era muy alegre, y yo, muy taciturno. Yo hablaba con él sobre mis proyectos futuros, y pensaba ya en L'École des Femmes y en el Mariage forcé. La idea del Misanthrope no se me ocurrió hasta que tuve experiencia de los trabajos y de las personas. Yo quería que mi Zenaida fuese actriz, ya habíamos ensayado muchas piezas que yo componía, y su padre, que era un buen cómico, se alegraba también.
–¿Qué argumento escogerías en nuestra época para una comedia?

–El argumento lo da el título: L'homme à la mode.

Manzano (Pyrus malus): Artemidoro de Daldia, en su tratado De somniorum interpretatione, refirió al manzano como elemento de interpretación de los sueños. Pero su doctrina es falsa y, consiguientemente, no la ponemos aquí.

Manzanilla (Anthemis nobilis): Se la llama también «camamila». Es antiespasmódica y antihistérica. Su polvillo, no obstante, mezclado con azufre y aspirado produce un temblor mortal de necesidad. A tal temblor fue sometida Camilla Rucelai, pitonisa en Florencia, por los enemigos de Savonarola. Walter Pater ha sido el primero en señalar que la siguiente expresión, atribuida a Bacon, era en realidad de Pico della Mirandola y escrita precisamente en ocasión de la muerte de Camilla: «Tritum est in scholis esse hominem minorem mundum, in quo mixtum ex elementis corpus et spiritus coelestis et plantarum anima vegetalis et frutorum sensus et ratio et angelica meus et Dei similitudo conspicitur».

Marrubio (Marrubium vulgare): Estimula el sueño. El poeta Scève escribió, agradecido:

Tout le repos, «Marrubium», tu me dois,
avec le temps mon penser le dévore:
Et l'Horloge est compter dessus mes doigts
depuis le soir jusqu'à la blanche Aurore.

Melisa (Melysse officinalis): Para inspirarse, las sibilas de Cumas y de Delfos tomaban melisa en infusión, una tacita cada dos horas. Se la llama también «toronjil», y Gabriel García Márquez, en Cien años de soledad, nos describe las propiedades mágicas de esta planta, utilizadas en el pueblo de Macondo.

Mercurial (Mercurialis annua): Cura los efluvios pestilentes de los pies.

Mescal (Anhalomium levinii): Planta que produce alucinaciones superfantásticas. El poeta contemporáneo Henri Michaux se sometió voluntariamente, con espíritu investigador, a los efectos de esta planta. Hubo momentos en que su razón peligró al borde de los infiernos de la locura. Lo cuenta en páginas literarias admirables.

Mirto (Myrtus communis): Se emplea en magia erótica.

Mirra (Myrrha comyfora abyssinica): Con ella se produce un eficaz perfume mágico, cuya fórmula damos a continuación: mirra, 150 gr. estoranque, 100 gr. benjuí, 100 gr. incienso, 100 gr. cascarilla, 50 gr. Se quema en un pebetero, rociando la mezcla con alcohol de 90 grados.

Muérdago (Viscum album): Gran afrodisíaco que usaba el marqués de Sade para sus experimentos lujuriosos; de otro modo no se comprenden sus excesos. Es en vista de ellos que el pensamiento profundo de Michelet pudo inspirarse con reprobación filosófica:

Manger, boire sans soif, s'accoupler en tout temps;
pour sa bouche et son sexe abrutir ses instants:
Voilà ce qui distinge l'homme de la bête
dont il se dit le roi... Triste roi! Folle tête!...

Nabo (Brassica napus): Un nabo pelado, según el estado de la Luna, cura el dolor de muelas. Debe aplicarse detrás de la oreja. Comido con polvo de hormigas y arañas machacadas produce la extraña enfermedad del «salto para atrás», en la que el paciente no sosiega, ni de día ni de noche, saltando de espaldas. Ésta fue, precisamente, la enfermedad que contrajo el trompetista de color Joe Oliver, llamado «King», fundador de la famosa orquesta de jazz Creole Jazz Band, allá por los años veinte. Adquirió esta dolencia comiendo del guiso que le diera otro trompetista, celoso de sus éxitos, cuyo nombre callamos.

Narciso (Narcissus pseudonarcissus): En loción, endurece los senos.

Nogal (Juglans regia): Indispensable para que se muevan las mesas sin ayuda de nadie, salvo la presencia del médium. Allan Kardec exige que las mesas sean de nogal, y el médium, honrado. Para estos últimos redactó la siguiente oración:

Dios todopoderoso, permitid a los buenos espíritus que me asistan en la comunicación que solicito. Preservadme de la presunción de creerme al abrigo de los malos espíritus; del orgullo que pudiera ofuscarme sobre el valor de lo que obtenga; de todo sentimiento contrario a la caridad con respecto a los otros médiums. Si soy inducido al error, inspirad a alguno el pensamiento de que me lo advierta, y a mí la humildad que me hará aceptar la crítica con reconocimiento, y tomar para mí mismo y no para los otros los consejos que se servirán darme los buenos espíritus. Si por cualquier concepto intentase abusar o envanecerme de la facultad que habéis tenido a bien concederme, os ruego que me la retiréis, antes de permitir que la desvíe de su objeto providencial, que es el bien de todos y mi propio adelantamiento moral.

La primera vez que se movieron las mesas fue en 1874, y lo cuenta míster Babinet, en un artículo que, parcialmente, transcribimos:

En América, en el pueblo de Hydesville, cerca de la ciudad de Arcadia, condado de Wayne, estado de Nueva York, en una casa, primeramente habitada por Miguel Weekman, y después por la familia Fox, que procedía de Rochester, fue donde se verificaron las primeras manifestaciones. Este suceso tuvo lugar el 11 de diciembre de 1847, y hasta fin de marzo de 1848 no comenzaron a manifestarse los prodigios, que después han hecho tanto ruido en los dos mundos.

Algunos hacen subir las primeras manifestaciones americanas al año 1847, y aún al de 1846, porque una noche, cuya fecha no se sabe bien, míster Weekman, que durante dos años ocupó la casa de Hydesville, oyó llamar a la puerta de la calle y, habiendo ido a abrirla, no encontró a nadie. Otra vez se produjo la llamada y dio el mismo resultado; pero la astucia de míster Weekman, aguzado por segunda vez, le sugirió la idea de tener cogida la puerta, para en el momento en que oyese llamar la tercera vez abrirla súbitamente; pero no vio tampoco a ninguna persona. Esta anécdota vino al pensamiento de míster Weekman, después de las sorprendentes

manifestaciones de los espíritus, que hicieron más tarde tan célebre la familia Fox, que lo había reemplazado en Hydesville. Por lo demás, esto no tiene nada de maravilloso, y no se puede establecer para esta casa el título de una localidad «concurrida por los espíritus malignos», porque es muy sencillo y probable admitir que el pilluelo que llamaba a la puerta del buen ciudadano, quizá por medio de una bala de plomo unida a una guita, hubiese previsto que míster Weekman estaba en emboscada y, si él no oía las risotadas de la calle, es por la diferencia que existe entre el muchacho trasatlántico y el francés, el cual siempre está provisto de un «humor» que el autor de Atala ha definido admirablemente con la expresión de «alegría melancólica».

El 19 de marzo de 1848 por la noche comenzaron en la casa de Hydesville los «ruidos» extraños que persistieron después tan obstinadamente. La familia Fox oyó un rumor que salía de las alcobas, y que parecían golpes dados sobre el techo, o el que producirían sillas que se dejasen caer. Cuatro o cinco individuos de la familia estaban presentes, y todos fueron a reconocer dónde se originaba tal estruendo. Se registró toda la casa y nada se pudo describir. Se sentía únicamente un ligero estremecimiento al poner las manos en la madera de las mesas, sobre las sillas, o también estando en pie sobre el pavimento. El ruido se oyó toda aquella noche mientras hubo alguno despierto. La noche del siguiente día, estos sonidos también se oyeron, y hasta el tercer día, es decir, el 21 de marzo de 1848, por la noche, los vecinos no fueron llamados para ser testigos.

Olivo (Olea europea): Árbol consagrado a Minerva. Es el emblema de la paz. Lo cantaron muchos poetas en exaltadas historias que, salvo las de Boyardo, Pulci, Ariosto y el Ciego de Ferrara, son todas falsas. Así lo afirma Jerónimo Folengo en estos versos:

Apocrife son tutte, e lo riprovo,
come nemighe d'ogni veritate:
Boiardo, l'Ariosto, Pulci, e'l Cieco.
Autenticati sono: ed io con seco.

Olmo (Ulmus campestris): Su follaje lo menea el aire con delicado fragor. Cantado por los poetas líricos. Una pata de golondrina atada a

una rama de este árbol atrae a los pájaros de dos leguas a la redonda.

Ortiga (Urtica diaica): Emblema de la lujuria. Tratada mágicamente, la ortiga se convierte en un arma de ataque formidable, pues sus espinas, una vez volatilizadas, se materializan clavadas en el cuerpo de quien se quiera atacar.

Orchilla (Usnea plantarum): Es un liquen fosforescente. Paracelso lo recogía del cráneo de los cadáveres en putrefacción. Se aplica a las esferas luminosas de los relojes de pulsera.

Palmera (Phaenix datilifera): Maimónides y Avicena recomendaban el ungüento de palmera a las huríes de andares cimbreantes. Un vestigio de todo ello pasó al occidente cristiano con la equívoca y lasciva frase «tener un talle de palmera».

Peyote (Echinocactus villianosii): Alucinógena. La mascaban los indios y hoy la mascan los miembros de una secta llamados los hippies. Estimula la inspiración para la música folk y también para el happening.

Pino (Pinus sylvestris): Revela el número místico de una persona y cura la impotencia. El mago Papus (cuyo verdadero nombre era el de doctor Gérard Encausse), autor del extraordinario tratado El embrujamiento, poseía una casa de campo en Arcachon, en cuyo jardín plantó un pino. A la sombra del mismo, se comía Papus en verano seis docenas de ostras cada día para almorzar, mientras leía la correspondencia. Esta costumbre desencadenó la envidia del vecindario, y de ahí nació la frase sarcástica «en tu puerta planta un pino».

Ricino (Ricinus communis): Su aceite es purgante. El primer farmacéutico que lo industrializó tuvo la humorada de llamarlo «goloso». En realidad, es intragable, y la Inquisición se lo daba a sus víctimas, que lo tomaban con grandes ascos y pataletas vehementes. También así se arrancó la confesión de muchos secretos de Estado,

como lo prueba el libro que Antonio Pérez publicó en Ginebra el año 1564.



Romero (Rosmarinus officinalis): Se usa, en lavativas, para curar el dolor del vientre provocado por los empachos, y sus propiedades vienen ya estudiadas en el Libro de los Remedios, de fray Anselmo. Recientemente, el astrónomo danés Radmunsen ha declarado que es la única planta terrestre que no existe en el planeta Marte, razón que explicaría la proliferación de los ovnis (vulgarmente llamados «platillos volantes»), en un afán de localizar tal planta y hacerse con ella. Parece que los americanos son gente dura de mollera y acabarán por conseguir su propósito si la ONU no pone remedio. Ésta es la opinión de Radmunsen.

Ruda (Ruta graveolens): De efectos paralizantes, es planta de aspecto antipático. Sin embargo, fray Ambrosio Montesino la coloca entre las plantas nobles en Las dignidades del Monte Calvario:

El nardo y flores de lis,
comparados a tus flores,
son basura y ámbar gris,
ni el bálsamo de Engadís
no se llega a tus olores.

Ricas glebas de Temán,
do nascen perlas redondas,
iguales no te serán,
ni los nácares de Irán
a tus ondas.
Otros montes dan laureles,
ruda, plátanos e acebos,
otros llevan pimenteles,
otros dan cedros donceles,
otros canelares nuevos.
Más ventaja conocida
llevas tú, Calvario, y tanta
que en ti sólo dio vida
la pomposa Cruz florida
sacrosanta.

Saúco (Sambucus nigra): Dada en cocimiento, instiga a los celos incurables. A Otelo, por ejemplo, le habían dado saúco y por eso mató a Desdémona. Lo mismo le ocurrió a Perico Buendía, un personaje del padre Coloma, y a Pascual Duarte, que lo inventó Camilo José Cela. Y, pues que entre literatos estamos, añadiremos que, a mayor abundamiento, Lamartine había definido ya los celos:

Chercher à lui donner un nom, une figure,
la créer cent fois, l'effacer à mesure,
ne la retrouver qu'en songe, et pleurer au réveil
cet idéal amant qui dissipe un soleil...!

Serpentaria (Aristolochia serpentaria): Se llama así porque es enemiga mortal de áspides, culebras, alacranes, etcétera. Si se la mete en pastelón de hojaldre y se pone al horno recitando el primer verso del Orlando Furioso, al servicio a la mesa se verá que, dentro del pastelón, hay una hermosa lamprea. Esta fórmula mágico-gastronómica la inventó José María Castroviejo, que es «guarda mayor de Pesca Fluvial y Caza del Reino de Galicia y Sierra de Ancares».

Sésamo (Sesamum orientale): El aceite de esta planta, muy usada en la India, sirve para engordar indefinidamente.

Tamarindo (Tamarindus indica): La pulpa del tamarindo, muy rica, puesta en infusión con vino generoso, la bebían los francmasones de París entonando, copa en mano, este himno:

Frères et Compagnons
de la Maçonnerie
sans chagrin jouissons
des plaisirs de la vie!
munis d'un rouge-bord
que par trois fois le signal de nos verres
soit una preuve que, d'accord,
nous buvons à nos frères.

Té de la china (Thea chinensis): Lo usaban los mandarines de la China para sus prácticas mágico-equilibristas.

Trébol (Trifolium pratense): Planta preferida del doctor Guillotin, que conservaba misteriosamente en un tiesto un trébol de cuatro hojas que halló en su juventud, en un prado, cerca de Vincennes. A la excelente influencia de este trébol atribuía, el bueno del doctor, su invento humanitario, que mataba sin dolor. El pueblo lo reconoció así en multitud de canciones, una de las cuales decía:

Guillotin,
médecin,
politique,
imagine un beau matin
que pendre est inhumain
et peu patriotique.
aussitôt
il lui faut
un supplice
qui sans corde ni poteau
supprime du bourreau

l’office,
etcétera.



Esta obra también es muy sugestiva:

Monsieur Guillotin
ce grand médecin
que l’amour du prochain
occupe sans fin
un papier en main
prend la parole enfin
et d’un air bénin
il propose,
etcétera.

Trigo (Triticum vulgare): Se toman nueve granos de trigo cogidos a la hora de Mercurio; se colocan en la mano izquierda, mientras que con la derecha se lanzan sobre ellos efluvios magnéticos. Se pronuncia el siguiente conjuro:

¡Oh luciente grano de trigo!
En ti la abundancia se encierra,
y eres lo más sagrado que hay
sobre la tierra.

Por eso te bendigo,
en nombre de Adonay,
dorado trigo.

Luego, se arrojan al aire los granos de la gramínea, y se espera a que ocurra algo. Algunas veces no ocurre nada.

Valeriana (Valleriana officinalis): Si se da a oler a un sujeto afeminado, éste se pone de cuatro patas y empieza a berrear como una bestia. Esto es lo que les sucedía a los mignons de Enrique III de Francia cuando se encontraban con las damas de la corte y éstas les daban a oler la valeriana. En su furor, se vengaron asesinando al duque de Guisa.

Verbena (Verbena officinalis): Sus flores, mezcladas con semillas de peonía, curan la debilidad senil. Alberto Magno dice que «cinco hojas mezcladas con vino y derramado luego en una sala donde se celebre un festín, hará nacer al instante una alegría loca entre los comensales». Naturalmente, el sabio habla con eufemismos púdicos.

Verónica (Veronica officinalis): Tiene nombre de protagonista femenino de novela inglesa. Aumenta la orina y facilita la expectoración.

Vincapervinca (Vinca minor): Tiene la virtud de mantener la fidelidad conyugal. Muy vilipendiada en las novelas de Felipe Trigo, Joaquín Belda, Hoyos y Vinent y Álvaro Retana, que la odiaban.

Yedra (Hedera helix): Si se quema yedra con mescalina, aparece enseguida un monstruo feroz, del que ya se ocupó «el Cartujano»:

En medio del pozo, según parecía
vimos de bruzas estar aleando
una muy fea visión, trabajando
por levantarse maguer no podía.
Las manos e cola de grado tenía,
y más las espaldas atán escamadas

como las sierpes de Libia conchadas;
y como la yedra su cuello tendía,
con siete gargantas y lenguas sacadas.

Esta visión horrible la aprovechan ahora los directores de cine japoneses para darnos sus múltiples y corruscantes cintas de ciencia-ficción.

Zaragatona (Plantago psillyum): El mago Eliphas Levi (cuya verdadera personalidad era la del abate Alphonse-Louis Constant, antiguo diácono de Saint-Sulpice), utilizaba la zaragatona para andar por el techo cabeza abajo. Se exhibía así, mientras pronunciaba sus exhortaciones y discursos, constituyendo la maravilla de la secta. Tuvo que dejarlo porque se le subían (en este caso, bajaban) las sangres a la cabeza con harto perjuicio de su salud.

Zarzaparrilla (Smilax medica): Hay el conjuro siguiente:

Soy la hierba de Noé,
que ni plantada ni sembrada fue.

Esta tontería sólo la dicen los ignorantes. Sólo diremos que la zarzaparrilla es diaforética y depurativa. Sus propiedades mágicas están controvertidas.